



LUCINDA GRAY

*Estrictamente  
escandaloso*

zafiro<sup>♥</sup>

# ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

CITA

PRÓLOGO

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

BIOGRAFÍA

CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# SINOPSIS

El actual conde de Hastings se ha ganado el apodo de «lord Estricto» debido a su severidad en cuanto a lo que debe considerarse una buena conducta. Cuando encuentra en un escandaloso baile a la mujer que ha decidido convertir en su esposa, monta en cólera y provoca una lamentable escena.

Marianne, nieta del prestigioso duque de Rosewood, ha sido apodada «lady Escándalo» a causa del desaire del que ha sido objeto por parte del conde de Hastings. Pero ella no puede hacer nada por evitar ser tachada de descarada, ya que actúa en misión secreta para el Ministerio.

En realidad, entre ambos existe un amor intenso que procede del pasado y que nunca ha llegado a materializarse, por lo que sus sonados enfrentamientos son debidos, en parte, a ese deseo insatisfecho de poseer al otro.

Sin embargo, algo los atrae irremediamente, obligándolos a encontrarse y afrontar juntos los peligros que se ciernen sobre ellos.

¿Conseguirán salvar sus diferencias y luchar por lo que verdaderamente importa, su amor?

**ESTRICTAMENTE  
ESCANDALOSO**

**Lucinda Gray**

LORD ILLINGWORTH:

No se debe nunca aconsejar eso. Al instante se volverían todas honradas. La mujer es un sexo encantadoramente voluntarioso. Toda mujer es una rebelde y casi siempre en furiosa contradicción contra sí misma.

OSCAR WILDE

Acto Tercero de la obra *Una mujer sin importancia*

# PRÓLOGO

*Londres, 1848. Posada La viuda alegre*

Cuando sir Howard Melbourne decidía que tenía un deber que cumplir, no había nadie en la Tierra capaz de hacerlo desistir de su misión, por lo que era mejor dejarle hacer y seguirle la corriente si no se quería ser el centro de su insidioso ingenio, lo cual podía llegar a provocar más de un dolor de cabeza y alguna que otra mirada reprobatoria, en el mejor de los casos, o un altercado muy parecido a los protagonizados en las tabernas que rodeaban el puerto de Londres, en el peor. Violet Graham era muy consciente de ello, por lo que no tenía intención de contradecir lo que bien tuviera a disponer respecto a ella ese autoritario caballero, que para complicarlo aún más era su jefe, teniendo en cuenta su delicado estado de salud.

Melbourne entró en el dormitorio que ocupaba la joven con toda familiaridad, como si los uniera algún tipo de relación más allá de la estrictamente profesional, hecho este que molestó a la mujer, aunque tuvo la prudencia de no mencionarlo hasta conocer el motivo de aquella nada agradable visita. Melbourne la miró desde su altura con semblante serio e intimidatorio, como era habitual en alguien que se considera de condición superior a un sirviente, para, a continuación, comunicarle qué era lo que por fin había decidido hacer con ella en vista de los últimos acontecimientos. Después de todo, Violet no había hecho otra cosa que salvarle la vida disparándole a lady Lamarck, quien, al igual que ellos, trabajaba para el

ministerio en misiones cuyo conocimiento era estrictamente confidencial, y que resultó ser una traidora confabulada con el tío del conde de Hastings, otro miembro del servicio secreto de Su Majestad, para desestabilizar el Imperio.

—Estimada compañera —se dirigió a la independiente mujer que lo miraba desde la enorme cama con dosel que ocupaba debido a sus heridas—, no puedo negar que tanto lord Hastings, como lord Aberry, e incluido yo mismo, como representante del ministerio, estamos en deuda con usted y le agradecemos su ayuda en la resolución, de forma plenamente satisfactoria, del engorroso asunto que tanto nos preocupaba.

Violet lo miraba sin dejarse engañar por aquella superficial amabilidad. Desde muy joven aprendió a desconfiar de los hombres, sobre todo de alguien como sir Howard Melbourne, con un sentimiento patriótico tan arraigado que lo convertía sin duda en un ídola intolerante con los que no lo eran, por ende, en un ser muy peligroso.

«Mi padre también resultaba temible en su fanática visión de la fe.»

—Sólo hice mi trabajo, señor. —Apenas podía hablar debido al intento de estrangulamiento del que había sido objeto por parte del tío de lord Hastings, el *honorable* Rodolfo Saxonhurst, un hombre sin escrúpulos y peligroso que, afortunadamente para todos, murió a causa de sus heridas, después de casi haberla matado de una paliza con una barra de hierro.

—Por supuesto, querida —le dirigió una afable sonrisa que no significó nada para ella—. Sin embargo, no puede hacerse cargo usted misma de sus propias necesidades en estos terribles momentos, y tampoco podemos permitir que permanezca por más tiempo en este lugar. Ya sabe —se rascó la barbilla mientras le dirigía una fría mirada—, las murmuraciones. Como sabrá, el conde odia que su título se relacione con cualquier chisme malintencionado. De igual forma, debemos mantener lo ocurrido en el más estricto secreto. Por el bien de todos.

Violet contuvo el aliento. Era cierto que Hastings odiaba que su nombre se relacionara con ningún escándalo de la forma que fuera, pero ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar para cerrarle la boca? Después de todo llevaba años trabajando para el ministerio como agente secreto. Aguantó la respiración recordando cómo el poder solía hacer desaparecer los inconvenientes.

¿Supondría su vida uno?

Aquello no le sonó bien, nada bien, e intuyó que algo muy desagradable empezaba a cernirse sobre ella.

«Ahora es cuando intentan deshacerse de mí.»

—Los lugareños ya empiezan a preguntarse sobre la misteriosa mujer que se encuentra refugiada en esta habitación sanando de graves heridas, mientras es mantenida por un enigmático caballero.

Al decir esto último, una expresión de hastío se adueñó del rostro del hombre, por lo que la actitud de superioridad de éste se acentuó aun cuando ni siquiera lo hubiese pretendido.

—Entiendo que ocuparse de mis necesidades les cause un perjuicio imperdonable —le costaba tanto esfuerzo hablar que estaba al borde del llanto—, pero le prometo que en cuanto pueda moverme... Le juro por todo lo que me es sagrado que yo...

Estaba verdaderamente asustada y el corazón se le desbocó.

Melbourne la miró contrariado.

—Tiene mi palabra de que no causaré problemas —suplicó—. Convenza a lord Hastings de que seré muy discreta, nunca más oirá hablar de mí. Ninguno de ustedes lo hará. —Sonó desesperada—. Nadie nos relacionará. Ni siquiera usé mi verdadero nombre cuando entré a trabajar en casa del tío del conde. Incluso lady Marianne me conoce como Amalia, y la señorita Rebeca... —tosió—, quise decir lady Aberry, jamás me haría daño.

Melbourne la cortó de inmediato y alzó ambas manos en señal de protesta por la conclusión a la que parecía estar llegando la mujer.

¡Diantres!

¿De verdad estaba pensando que querían asesinarla?

Mujeres.

—No me insulte, señorita Graham. Es más, no se atreva a insultarnos con sus desvaríos. No es nuestro nombre lo que nos preocupa en estos momentos, sino su seguridad.

Después de varios segundos, Violet asintió.

Fingió sentirse avergonzada por sus anteriores palabras, pero ¡recórcholis!, no lo estaba. A los hombres de la clase de sir Melbourne sólo

parecía preocuparles su buen nombre y que éste no se viera empañado por nada ni por nadie. Harían cualquier cosa por conservar su immaculado honor intacto, mucho más lord Hastings; el conde le daba mucha importancia a su título y al hecho de que no fuese vinculado con ningún escándalo. Ella conocía a ese tipo de nobles; serían incluso capaces de abandonar a su familia más vulnerable y de la forma más ruin, condenándolos a pasar penalidades, si no que se lo dijese a ella y a su hermana Frances.

—Lo que nos preocupa es su seguridad, no olvide que mató a lady Lamarck y no sabemos si por el momento alguien de su entorno piensa tomar alguna represalia contra usted. —La miró frunciendo el cejo—. Nos vemos en la obligación, por el momento, de esperar acontecimientos. Y, por supuesto, protegerla.

Violet tuvo ganas de aclararle que si mató a esa mujer lo hizo para salvarle la vida a él, hecho que parecía que el hombre había relegado de sus recuerdos convenientemente.

«Acaba de llamarme asesina con toda la naturalidad del mundo.»

—Incluimos en nuestra preocupación la de su bienestar, por lo que hemos considerado que se recuperará en mejores condiciones en la casa que lord Hastings posee en Crawley, la cual ha puesto a su disposición generosamente. —Cuando ella hizo el intento de protestar, el hombre prosiguió—: Por supuesto, estará asistida por personal adecuado para atender sus heridas y en un entorno que no llame demasiado la atención.

Violet era consciente de que en sus condiciones actuales no podía hacer nada en contra de lo que aquellos hombres decidieran hacer con ella, pero iba a luchar con uñas y dientes por no someterse tan fácilmente a sus caprichos. En cuanto sir Melbourne se marchara, intentaría ponerse en pie y conseguir la ayuda de la posadera, una viuda de trato fácil y agradable, con el fin de salir de allí y llegar hasta el lugar donde se encontraba su hermana.

—Entiendo que todo esto puede parecerle demasiado, pero así es como nos gusta tratar a nuestros agentes heridos en una misión. —Se pasó la mano por el cabello oscuro mientras hablaba—: Nosotros los cuidamos. De modo que descanse, querida, le hará falta, puesto que mañana partirá hacia su nuevo destino, donde permanecerá por tiempo indefinido hasta que esté totalmente

recuperada y pueda servir de nuevo a su país.

—Transmítale mi agradecimiento al conde. —Eso último no le había gustado oírlo.

¿Acababa de decirle que iba a estar custodiada? O, mejor expresado, retenida.

—Por supuesto, ahora debo irme.

Al decirle esto le dirigió una leve sonrisa que a la mujer lo único que le provocó fue un estremecimiento que no hizo sino afianzar su decisión de marcharse cuanto antes y en el más completo anonimato, puesto que el hombre no se movió de su lugar, sino que la observó muy serio.

Por su parte, ella no se fiaba en absoluto de él. Lo miró intentando parecer agradecida, hasta que sir Melbourne, por fin, apartó su mirada de la de Violet para encaminarse hacia la puerta.

Ella fingió sentirse cansada hasta que lo vio coger el pomo. No obstante, antes de girarlo, Melbourne se dirigió nuevamente a ella.

—Por cierto, estimada señorita Graham, no debe preocuparse de la comodidad de su hermana durante el tiempo que dure su convalecencia. Desde luego, nos encargaremos de los gastos de su mantenimiento en ese internado para jovencitas donde se encuentra, así como de hacerle llegar una carta escrita de su puño y letra en la que le explicará que está de viaje por el continente.

Ella abrió los ojos de par en par ante la amenaza.

Ahora sí que estaba aterrorizada. Frances era lo único por lo que sería capaz de todo.

—Según convinimos cuando entré a trabajar para ustedes —intentó parecer serena, aunque estaba segura de que era improbable que lo consiguiera—, mi hermana quedaría al margen de todo esto.

Su contrincante sonrió de forma neutra.

—Y lo está, créame —la miró con aquel astuto gesto suyo—, se lo aseguro; es sólo por su propio bien por lo que no queremos que su adorable hermanita se preocupe y empiece a hacer indiscretas preguntas sobre su paradero y el motivo de su delicado estado de salud.

—Le juro que no lo haré. —Ese hombre no tenía por qué saber que

Frances conocía mucho más de sus actividades de lo que él hubiera deseado.

—Te creo, Violet —la tranquilizó, tuteándola, mientras abría la desvencijada puerta—. Por supuesto que te creo.

Dicho lo cual, se marchó no sin antes hacer una inclinación de cabeza, logrando despertar en el corazón de la joven una profunda rabia al haberse visto obligada, nuevamente, a actuar según las indicaciones de ese hombre.

«Maldito Melbourne, ojalá te pudras algún día en el infierno.»

# CAPÍTULO I

## *Londres. Semanas más tarde*

Lady Marianne estaba haciendo un esfuerzo enorme por mostrarse afectada ante sir Melbourne. Miró de nuevo al hombre sentado frente a ella en el pequeño salón decorado en tonos pálidos, a través del velo negro que le cubría el rostro, con el corazón encogido por lo que le estaba relatando su visitante. Nunca hubiera imaginado que el antiguo prometido de Becky, su sobrina política, trabajara para el ministerio, concretamente en el servicio secreto de Su Majestad, ni que aquel individuo le estuviera haciendo esa escandalosa proposición. Después de todo, era la nieta del duque de Fyfe, un noble muy poderoso, vinculado a la casa real.

«Por lo visto, todo eso no sirve de nada cuando mi marido ha resultado ser un traidor.»

Ni todo el poder de su abuelo ni el dinero de su familia podrían tapar ese hecho, nadie podría hacer frente a que sus pares la considerasen una traidora. Se convertiría de un día para otro en una paria social. Si todo lo que le estaba contando aquel caballero llegara a descubrirse, su vida y la de su familia estarían acabadas. Tan sólo el rumor podría ser utilizado para deshonar a la casa de Fyfe, destruir a su abuelo y dejarlo sin nada, acusándolo también de traición. Después de todo, no había nada peor para cualquier buena familia inglesa, noble o no, que alguno de sus miembros fuera acusado de traicionar a su país.

Entrelazó las manos en un intento de disimular su terror.

Conocía las andanzas de Rodolfo, por supuesto, cómo no hacerlo si convivía con él noche y día. Si había compartido su cuerpo con ese hombre al que todos llamaban su «esposo», a pesar de la repulsión que sentía cuando la tocaba. Sí, ella sabía de su malevolencia, de su egoísmo y de su brutalidad. Todo en ese orden. Sabía de sus gustos excesivamente caros, de su adicción al juego, a la bebida y a las mujeres. Y, cómo no, también estaba al tanto de los celos enfermizos que su esposo sentía por su sobrino Richard, el actual conde de Hastings. Rodolfo nunca le perdonó haber nacido cuando él ya se consideraba el heredero de su hermano. Incluso, como le había contado él mismo cuando estaban casados, actuaba como tal en vista de que el difunto conde, su hermano mayor, no había conseguido tener descendencia en los primeros cinco años de su matrimonio. Así que la llegada de Richard de forma inesperada, cuando Rodolfo apenas tenía quince años, lo «destronó», y, según le confió infinidad de veces consumido por el alcohol, desde ese momento empezó a odiarlo con una fiereza irracional. Sentimiento que se hizo más intenso cuando todos vieron que el verdadero heredero del condado de Hastings, su odiado sobrino, se convertía en todo lo que él jamás sería: un hombre respetable, honesto, excesivamente apuesto y de una corrección que muchos envidiaban e incluso criticaban. No en vano lo llamaban: «lord Estricto».

No obstante, jamás hubiese imaginado hasta dónde podía llegar su mente perversa y enferma. Nunca hubiera creído que confabulara de esa forma, poniendo en riesgo a su propia sangre. Lo que sir Howard Melbourne le estaba relatando resultaba espantoso.

«No debería sorprenderme.»

Sin embargo, tenía una desagradable sensación de mareo. Estaba pasmada. El hecho de que su esposo llegase a utilizar a la hermana de Richard, una jovencita inocente, de la forma como lo intentó hacer, para conseguir sus mezquinos fines, era de todo punto inconcebible. Despreciable. Nunca se le hubiese ocurrido pensar que alguien tan depravado como su difunto marido fuera capaz de algo tan malvado, menos aún teniendo en cuenta que Rebeca no era hija de la segunda esposa del difunto conde con el

primer marido de ésta, sino que en realidad era hija natural de Colin, el propio conde, y, por ende, sobrina de Rodolfo, como posteriormente descubrieron.

«Pues fue capaz —se dijo para convencerse—. Fue capaz de eso y de mucho más.»

Apretó de nuevo los labios tras el velo de crepé que llevaba en señal de duelo por la muerte de su marido, a juego con el resto de su atuendo, un vestido negro de cuello alto y manga larga, con puños de puntilla blanca, indignada por lo que el estoico caballero que tenía delante le estaba relatando, pero no indignada porque se manchara el nombre del honorable Rodolfo Saxonhurst, sino porque éste hubiera disparado contra Hastings, su sobrino, en un intento desesperado de matarlo.

*Airada y avergonzada* serían las palabras correctas.

\* \* \*

Melbourne soltó la taza de té que tenía en la mano y con total deliberación la colocó sobre la pequeña mesita del saloncito donde ella solía recibir las visitas de la tarde. A continuación, la miró directamente a los ojos y se acomodó en su asiento. Había representado aquel papel en cientos de ocasiones, ésa sólo era una más.

—Verá, Marianne —cuando vio que la mujer iba a protestar, alzó una mano para silenciarla—, permítame que la llame así. —La reciente viuda no pronunció palabra, sólo asintió con la cabeza—. Una de nuestras mejores agentes resultó gravemente herida en el secuestro de su sobrina —la miró esperando que ella comprendiera—, sí, el que orquestó su esposo y que casi acaba en un desastre internacional. Supongo que la recordará, puesto que trabajó en su casa bajo el nombre de Amalia, obviamente una identidad falsa.

Marianne se encogió pensando en cómo pudo haber acabado todo de no ser por la oportuna intervención de lady Clare, gracias a su afán por ser el centro de atención de todo, hasta de la vida de sus amigos.

—¿Es necesario que lo recuerde en este momento? —susurró pesarosa. No quería ni pensar en lo que podría haber ocurrido si Richard y Aberry no

llegan a encontrar a Becky a tiempo. Ni lo que pudo suceder si Rodolfo no llega a errar el disparo—. No respeta mi dolor; hemos enterrado a mi esposo hace poco más de una semana. La familia, aunque comprenderá que, de forma simbólica, está de duelo.

Los ojos del hombre parecieron centellear, no así su expresión, que pareció tan amable como siempre. No obstante, Melbourne ya había decidido que aquella mujer de belleza felina sería su próximo reclutamiento y, como buen sabueso, haría todo lo necesario para que ella aceptara trabajar para él. Era necesaria una mujer de dotes especiales para lo que tenía en mente.

—Lady Marianne, en mi trabajo no hay lugar para los sentimentalismos. En estos momentos necesitamos una dama con acceso a los círculos más exclusivos de la nobleza para que lleve a cabo una misión y creemos que usted es perfecta. En vista del comportamiento de su finado esposo, hemos considerado contar con su colaboración para que redima su comportamiento y despeje cualquier duda sobre su lealtad hacia nuestro país, que es también el suyo.

—De modo que han pensado en mí para que trabaje de...

No le salían las palabras. ¿Desde cuándo trabajaba la nieta de un duque?

—Adelante —la animó él—, no tenga pudor en decirlo. Seguro que hacerlo la ayuda.

Marianne dudó antes de hablar.

—Necesita que sea una agente del ministerio.

Ya lo había dicho.

—Exactamente.

—Muy conveniente para ustedes mi comprometida situación debido a la forma de conducirse de mi marido.

—Mentiría si negara tal circunstancia.

—¿Me escogen a mí porque necesitan de los servicios de una dama con mis contactos? —Sintió que allí había algo más, ese hombre al que empezaba a conocer en aquel instante, trataba de manipularla.

—Ha sido un golpe de suerte para nosotros. —Él sonrió y ella no pudo evitar pensar en las hienas.

—Sir Melbourne —no iba a tratarlo con familiaridad, puesto que ese

hombre había ido a su casa con la peor de las intenciones—, ¿realmente piensa que una mujer que acaba de enviudar puede desempeñar esa... labor? No soy muy dada a acudir a reuniones. Desde que me casé apenas he salido en contadas ocasiones y siempre acompañada de mi esposo. No soy lo que se dice... una mujer con grandes dotes sociales. Y, en este momento, lo que se espera de mí es que guarde el período riguroso de luto que marca la costumbre.

«No es que la idea me apasione, teniendo en cuenta el desprecio que sentía y siento hacia mi marido, pero es lo que debo hacer.»

Si ya resultaba humillante que Melbourne le hubiera narrado todas y cada una de las andanzas de su difunto esposo, aún lo era más que sugiriese siquiera que ella trabajase para él como agente secreto, dando lugar a toda clase de habladurías.

—Lo relevante es —se inclinó hacia ella—: ¿qué piensa usted? ¿Se cree capaz de hacerlo? ¿No se considera afortunada de que se le brinde esta oportunidad de dejar oculto el pasado de su marido? Además, esa circunstancia no hará sino favorecer su aparición en sociedad; todos querrán tenerla en sus bailes y reuniones como la gran novedad de la temporada.

—Querrá decir como un mono de feria. —Se sintió acorralada al ver que él no iba a cejar en su empeño—. Sería un escándalo.

—Efectivamente —convino Melbourne indulgente—, y eso es lo que en realidad nos interesa.

—¿De verdad cree que voy a echar por tierra mi reputación de dama respetable por ayudarlo a usted? —le preguntó incrédula.

—Desde luego que no, querida, ayudará a su país.

—Está loco. No me interesa ser una heroína. Nunca he sido valiente, y en esta etapa de mi vida sólo quiero vivir apaciblemente. Vivir con tranquilidad.

«Y tener la oportunidad de ser la esposa de Richard algún día. De luchar por nuestro amor.»

—¿Está segura? —Su mirada se volvió dura y Marianne se encogió.

—Totalmente —se reafirmó en su respuesta.

—Pues es una pena, milady —la observó con fingido pesar—, puesto que entonces no nos deja más opciones que sacar a la luz el pasado del honorable

Rodolfo Saxonhurst. Su marido.

Ella ahogó una exclamación.

—¿Sería capaz?

Melbourne se reclinó en su asiento y cruzó una pierna sobre otra.

—Le ruego que no piense que es algo personal contra usted ni contra su familia —entrelazó las manos delante del pecho mirándola con indulgencia—, es simplemente que la necesitamos y haremos todo lo posible para conseguir que coopere con nosotros.

La mujer apretó los labios. La estaba chantajeando, puesto que sabía que la traición era algo imperdonable.

—Lo que usted me pide... El precio es muy alto, debe comprenderlo —gimió.

—Estoy de acuerdo con usted en que no es fácil pasar de dama respetable con una vida aburrida por delante a viuda liberal. —Se encogió de hombros—. Todo es cuestión de intereses. Depende del prisma con que lo mire. La moralidad es algo relativo.

—Pero... no puedo hacer eso... ¿Cómo voy a aparecer de repente, sin haber guardado al menos un año de luto por mi esposo? Ni siquiera seis meses... ¿Pretenden que me consideren una mujer... de moral ligera? ¿Eso es lo que buscan?

—Exactamente. —Sonrió de manera animal, como un lobo que sabe que su presa no tiene escapatoria—. Necesitamos que acceda a un determinado tipo de personas y ser una dama recatada y de estricta moral no ayudará a su misión. Además, no es ninguna joven inocente, querida. Después de todo, ha estado casada cinco años. Tampoco es que le estemos exigiendo que se destruya. A las viudas se les permiten determinadas libertades con las que las jovencitas inocentes ni siquiera sueñan.

—Estuve casada, cierto, con un monstruo —señaló con dureza—, como usted mismo ha dicho. ¿Acaso piensa que no merezco un poco de paz?

El hombre asintió dándole la razón.

Marianne no veía la salida a aquella situación, por lo que empezó a sentir que se ahogaba, como si el aire dejase de entrar en sus pulmones muy lentamente.

—Verá, tiene dos opciones: la primera, aceptar mi oferta de trabajar para nosotros. Créame que no correrá ningún riesgo, simplemente tendrá que dejar de lado los convencionalismos y abrir la mente y tal vez otras partes de su cuerpo. —Le dirigió una mirada de disculpa por lo obsceno del comentario—. Es necesario para conseguir unas cartas que alguien custodia sin tener derecho a ello.

Ella apretó los labios y contuvo el impulso de levantarse y darle una bofetada.

Todo en ese hombre era insultante. Sus palabras, su actitud, sus propuestas...

—¿Y la segunda? —preguntó cortante.

—Contemplar con impotencia cómo su marido es acusado de traición, por lo que nos veríamos obligados a abrir una investigación contra usted y toda su familia. Lo que incluiría tanto al duque, su abuelo, como al mismísimo conde de Hastings, su sobrino. —Melbourne le permitió unos segundos para que digiriera la información—. Lo dejamos a su criterio. —La miró—. Como verá, esta segunda opción sería la más pernicioso para todos, mientras que, la primera, sólo le reportará escándalo a su nombre por actuar en contra de lo que la buena conducta marca para una joven recién viuda. Circunstancia que se olvidaría con los años. No sería usted la primera que se toma unas cuantas libertades en sus primeros años de soledad.

Marianne no respondió a eso último. Era consciente de que lo que perdería sería mucho más que su buen nombre.

«Lo olvidarían todos excepto Richard. Él nunca me lo perdonará. Richard odia los escándalos.»

—Es usted un buen jugador, debo reconocerlo —lo elogió contrariada—. Viene a mi casa con una mano ganadora. No me deja usted muchas alternativas: o mi deshonor, o la destrucción de mi familia.

El hombre le lanzó una mirada de triunfo, consciente de que había logrado su objetivo. Ahora sólo le restaba regatear las condiciones de la derrota de su víctima.

—¿Y bien?

—¿Es consciente —le preguntó Marianne al cabo de un buen rato de

incómodo silencio—, de que mi abuelo me repudiará por esto?

—Si le preocupa su bienestar futuro, descuide, solemos tratar generosamente a la gente que trabaja para nosotros.

Se dio cuenta de que cualquier objeción que planteara sería rápidamente desechada por ese hombre, por lo que ya no tuvo ni ganas ni fuerzas de seguir poniendo reparos ante lo que le proponía.

No había alternativa posible.

—En ese caso... —Marianne tragó saliva y procedió a retirar el velo que le cubría el rostro, descubriendo la belleza por la que se había hecho tan famosa en su primera Temporada social y que pronto sería de nuevo foco de atención de muchos hombres. Los más indeseables.

Howard no pudo evitar admirar la imagen que aquella mujer presentaba ante él.

Sería un hipócrita si negaba tal belleza.

Una piel de alabastro con un cutis perfecto, y una boca prominente de labios carnosos que le dirigió una mueca de desdén que no llegó a aquellos asustados ojos felinos, dorados como los de un animal salvaje.

—Creo que no me deja muchas opciones.

Adiós para siempre a sus sueños.

\* \* \*

Miró de nuevo la carta que había estado redactando antes de la aparición de Melbourne. Había empezado a escribirla casi sin darse cuenta y cuando le anunciaron la visita del caballero se sorprendió al leer lo que había trasladado al papel y a quién iba dirigida. A pesar de lo que el resto del mundo pudiera pensar, ella no lamentaba ni se afligía por la repentina muerte de Rodolfo. No era ninguna hipócrita, tras cinco años de un matrimonio impuesto por las circunstancias, con un marido celoso, egoísta y resentido, nada complaciente y, en ocasiones, violento, su muerte significaba para ella más una liberación que otra cosa. De no haberse empeñado su abuelo, y de haber estado vivo alguno de sus padres y no tener ella apenas diecisiete años, nunca hubiera consentido en casarse con ese miserable. Aunque la nobleza le cerrase las

puertas para siempre de no hacerlo, no, no lo habría hecho. Sin embargo, al ver ese fatídico día la expresión de horror y desilusión en el hombre que amaba, la furia del viejo duque, la impetuosidad de Rodolfo y el dolor que la embargó al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, y de cómo de repente no tenía un futuro, no tuvo la fuerza de voluntad necesaria ni el valor suficiente para oponerse a lo que todos proponían como la mejor solución posible para su, en un santiamén, destruida vida. Incluso Richard convino en que sería lo más conveniente, lo más respetable, lo más idóneo.

Richard.

Volvió a releer lo que había escrito y una lágrima le resbaló por la delicada mejilla.

«Ya nunca podría ser.»

La vida se empeñaba en separarlos.

El destino no estaba dispuesto a dejarles vivir su amor y ella ya no podía hacer nada por remediarlo. Después de la marcha de Melbourne de su casa, supo que había perdido para siempre la oportunidad de ser feliz.

Cuando le comunicaron que su esposo no había sobrevivido a las heridas y que se le había parado el corazón, quiso gritar eufórica, pero se contuvo para guardar las apariencias. Aunque su alma brincaba porque por fin iba a ser libre. Por fin tendría una segunda oportunidad. En el instante en que estaba dándole sagrada sepultura a su marido, decidió que lucharía por su felicidad, que no la dejaría escapar. Había apuntado en un cuaderno el tiempo que debía guardar de luto, para ir tachando los días, los meses, hasta que pudiera correr en busca de Richard.

Inspiró profundamente intentando serenarse.

Adiós a sus sueños.

Sus ilusiones.

Ya no podía hacer nada por evitar perder al hombre que amaba, no cuando aquel plan amoroso que Melbourne le había propuesto diera comienzo.

Richard nunca volvería a mirarla con respeto, después de que fuera la protagonista de uno de los mayores escándalos de la Temporada.

No, cuando ella ya había accedido a hacerlo.

Debía prepararse para lo peor, y lo peor serían las miradas de desprecio

que Richard le dirigiría cuando se enterara de su escandaloso comportamiento.

Cerró los ojos unos segundos que le parecieron eternos.

Luego los abrió, cogió el papel, lo dobló y lo guardó en su secreter, junto a sus pequeños tesoros, una rosa seca y un pañuelo con las iniciales del hombre por el que su cuerpo anhelaba ser acariciado. Por el que suspiraba en sus noches de soledad, cuando su esposo no la molestaba, por el hombre que, con sólo una mirada, podía quebrar su voluntad. Por el que hubiera sido capaz de abandonar a su marido y protagonizar un escándalo a pesar de su abuelo, el temido duque de Fyfe, de sus amigos, de su familia... y de ella misma.

Pensó de nuevo en lo que había estado a punto de hacer con aquel mensaje y la sensación de pérdida que la inundó fue tan devastadora que la sintió como un agudo pinchazo.

La carta estaba sin acabar y decidió que era mejor así.

Después de todo, tal vez era lo que merecía por haber deseado una y mil veces la muerte de Rodolfo. Sí, para qué engañarse, había rezado incansablemente para que sufriera un accidente a caballo en sus paseos matutinos por el parque y que se partiera el cuello. Soñaba con que algún marido celoso o jugador estafado lo retase a duelo y acabara disparándole al corazón; incluso, a veces, había sentido la tentación de envenenarlo ella misma.

Se humedeció los labios mientras se culpaba.

Quizá ése fuera su castigo por desear la muerte de alguien. Por ser tan perversa.

¿De verdad un ser como ella podía aspirar al amor de un hombre tan honorable como Richard?

Si antes creía poder tener una oportunidad, ahora estaba convencida de que la había perdido.

Un caballero con un código moral tan estricto como el del conde nunca la perdonaría por lo que estaba a punto de hacer.

Gimió frustrada.

Adiós a sus ilusiones de casarse con Richard, tener hijos con él y hacerse

mayor felizmente a su lado.

Adiós a todos sus sueños.

Se acercó a la enorme ventana de su dormitorio en aquella elegante casa que había pertenecido a su abuelo, y que éste le obsequió como regalo de bodas, puesto que no estaba vinculada al título, y que tras la muerte de su esposo había pasado a ser de su propiedad, y la abrió permitiendo que el frío aire otoñal la envolviera. Se estremeció un poco al principio, no obstante, era lo que necesitaba. Sentir la brisa helada en su piel. Percibir la fría naturaleza en su carne. Inhaló varias veces antes de quitarse las horquillas que sujetaban su austero peinado y dejó que su cabello cayera sobre sus hombros hasta la mitad de su espalda en suaves ondas castañas. Cogió el velo oscuro que anteriormente había cubierto su rostro y lo lanzó por la ventana, observando cómo el viento lo balanceaba hasta depositarlo en el suelo escarchado de la calle.

Se asomó a la ventana y miró el atardecer, despidiéndose de esa forma de la correcta, sumisa y tierna Marianne.

Nunca más, se juró.

Nunca más iba a volver a estar sometida a los deseos de los hombres.

Primero su abuelo, luego su marido y ahora Melbourne.

Una vez cumplida su misión, no iba a permitir más abusos sobre ella. Iba a ser libre e iba a luchar por esa libertad como una fiera.

Perdería su corazón en el camino, pero le quedaría su alma.

Nunca más ocultaría su carácter apasionado para no ser el centro de miradas indiscretas.

Nunca más nadie iba a anularla como persona.

A partir de esa tarde comenzaba una nueva vida, una nueva Marianne, una que no podía permitirse ninguna debilidad.

Iba a hacer lo necesario para tomar las riendas de su destino.

«Debo aceptar que te he perdido para siempre, Richard, por eso lucharé por mí misma.»

Y cerró la ventana con un propósito.

Al menos, así el resto de su vida sería más llevadero.

## CAPÍTULO II

Era de sobra conocido que el esquivo lord Estricto representaba todo lo que cualquier madre con hijas casaderas de la buena sociedad quería para su retoño, por lo tanto, la presencia del conde de Hastings en cualquier baile o reunión tenía garantizada la asistencia de, al menos, esas madres, sus esposos y sus hijas, por lo que resultaba habitual que Richard recibiera decenas de invitaciones. Por supuesto, daba respuesta a todas ellas, muchas veces declinando de forma cortés dichas convocatorias y otras aceptando, con el objeto de entablar conversación con algún conocido acerca de sus recientes y fructíferas inversiones. Lo normal era que acudiera a contadas veladas, sin embargo, todos lo invitaban, puesto que su presencia se tenía en muy buena consideración.

Su impecable linaje y el restablecimiento del buen nombre familiar eran una buena carta de presentación.

Era alabado por todos por su manera de proceder, de comportarse y de dirigirse por la vida con el debido decoro, velando por el buen nombre de su familia y con un sentido del honor encomiable. Lo admiraban por haber sabido superar la desastrosa reputación del anterior conde. Un esfuerzo que le había llevado años desde que, recién salido de Eton, su padre falleció, para desconsuelo de su esposa y alivio de algunos, como él mismo. Fue en ese momento cuando Richard decidió que había llegado la hora de restituir la fortuna familiar, casi aniquilada por la forma escandalosa e inconsciente de conducirse de su progenitor, que había conseguido llevarlos a todos casi a la indigencia. Se asoció con Julian Penfried, heredero del condado de Strafford

por avatares del destino, quien se había enriquecido gracias a sus inversiones en el ferrocarril y en las navieras. Richard se benefició de las inteligentes acciones de Julian y en pocos años ya tenía casi un imperio, por lo que siguió con sus negocios, esta vez invirtiendo en textil.

No obstante, su estricto código moral tenía un porqué. Su forma de conducirse entre la buena sociedad, intentando que su título no se vinculara a ningún escándalo tras la muerte de su padre, así como mantener un férreo control sobre su apasionado carácter, que casi nadie conocía, no obedecía a otro motivo que a que se lo había prometido a su abuelo: el viejo conde. Éste había sufrido en demasía por las andanzas de sus dos hijos, Colin y Rodolfo, pero sobre todo por su hijo mayor, que era el heredero del condado. Su padre no salía de un problema y se metía de lleno en otro, minando la salud de su abuelo Jasón y la riqueza de los Hastings. Y todas sus andanzas eran de dominio público, por lo que la vergüenza perseguía a su familia desde que su progenitor tenía catorce años. Richard podría afirmar que ésa fue la razón de la muerte repentina de su abuelo de un ataque al corazón al enterarse de la última acción de su padre: retar a duelo al esposo de su amante, matarlo y casarse con ella. El pobre hombre apenas tenía ganas de salir de casa a causa de los cuchicheos a sus espaldas, o de que se le cerrara alguna puerta en las narices a modo de protesta por el comportamiento de su hijo mayor. Fue algo que no pudo soportar, teniendo en cuenta que siempre se había caracterizado por su forma de comportarse entre sus pares, con honor y buenas maneras, respetando las leyes no escritas de la nobleza. De la sociedad.

Y Richard le había prometido que algún día su nombre se volvería a pronunciar casi con reverencia, que se le enviarían cientos de invitaciones, se le abrirían las puertas más difíciles y su opinión sería escuchada con admiración en el Parlamento.

Y así era.

De modo que ahí estaba, leyendo un día más las invitaciones a los eventos que se celebrarían esa Temporada.

No obstante, algo había cambiado ese año, por lo que se encontraba exultante. Feliz. Lleno de deseos de contraer matrimonio y de poder amar sin reservas a la mujer por la que su corazón latía con fuerza.

Mientras pasaba una invitación tras otra, acomodado tras su enorme escritorio, sonreía sin poder remediarlo. Su Marianne volvía a ser libre.

Estaba mal que lo pensara, teniendo en cuenta que el muerto era su tío Rodolfo, pero era lo menos que éste merecía por haber intentado matarlo y ser partícipe del secuestro de su hermana. Por el momento, lo único que tendría que hacer sería aguardar a que ella terminase su período de luto para proponerle matrimonio y entonces, por fin, acabaría ese calvario de más de cinco años, de verla infeliz al lado de su odioso tío.

Arrugó el cejo.

De repente una de las invitaciones atrajo su atención.

Debía de haber un error.

Leyó con detenimiento la misiva y soltó un juramento.

Ya estaba otra vez esa malcriada amiga de su hermana haciendo de las suyas.

Volvió a leer la invitación.

No daba crédito.

La releyó.

«Imposible.»

—¿Qué demonios ha pasado para que lady Clare dé un baile en honor de Marianne? —ladró—. ¡De mi Marianne!

—¿Necesita algo, lord Hastings? —Thomas, su mayordomo, que ya estaba en la casa antes de que él naciera, preguntó desde el otro lado de la puerta.

Richard bufó e intentó controlar la furia que lo empezaba a embargar, resoplando.

«Juro que voy a acabar dejando viudo a Penfried.»

—Avisa a mi ayuda de cámara, esta noche voy a un baile.

Y salió de su despacho dando un portazo.

\* \* \*

*Mansión del duque de Rosewood*

Estaba a punto de cometer un asesinato.

¿Quién demonios se creía que era esa metomentodo de Clare para organizar un baile en honor de Marianne? Sentía que estaba a un paso de descontrolarse y no podía permitírselo. Después de tantos años de cuidar el buen nombre de la familia, intentando paliar los daños que había ocasionado su padre con su escandaloso y temperamental comportamiento, no iba a tirar por la borda lo conseguido, por mucho que deseara retorcerle el pescuezo a su tía política, por someterse a las maquinaciones de esa víbora. Apretó los dientes con fuerza, mientras en su rostro sólo era perceptible el volcán que bullía en su interior si uno se fijaba en el incontrolable tic de su ojo derecho.

Se encontraba en el salón de baile de la casa del duque de Rosewood, el abuelo de la organizadora del evento, oyendo sin escuchar la conversación que se desarrollaba a su alrededor.

En esos precisos momentos, sus ojos estaban clavados en Marianne: su Marianne.

—No podemos obviar el hecho de que lady Marianne Fyfe, la viuda de su tío, es toda una visión —la alabó Melbourne con mirada apreciativa, usando el título de la familia de ella. Con ese cumplido, consiguió que ella se ruborizara y esbozara una sonrisa, estudiada cientos de veces ante el espejo de su dormitorio, cuyo fin era no delatar el rubor de sus mejillas cada vez que alguien la halagase—. Habría sido un pecado mantener tanta belleza relegada a la soledad. Déjeme que la felicite, lady Penfried, por haber tenido la brillante idea de organizar este baile.

—Ha sido todo un placer —agradeció la mujer con una deslumbrante sonrisa, consiguiendo que su magnífica belleza se hiciera más patente y que Richard entrecerrase los ojos, mientras admiraba también a Marianne. Por mucho que le escociera, debía reconocer que estaba espectacular.

—En cuanto la tía de Becky me comentó lo triste y sola que se sentía — ante ese comentario, él alzó una ceja, incrédulo, y Marianne fingió no verlo —, me puse manos a la obra. Para qué si no están los amigos, ¿no cree usted lord Hastings?

La mala baba en el tono impertinente de aquella mujer no le pasó inadvertido a Richard. Desde que podía recordar, la había considerado una

mala influencia para su hermana Rebeca y esa noche estaba más que convencido de su acertado dictamen. Aún no entendía cómo su amigo Julian, futuro conde de Strafford, podía estar tan enamorado de aquella jovencita malvada y manipuladora.

—Ciertamente, no puedo ni imaginar qué haríamos sin usted.

Él no iba a perder sus buenos modales por mucho que aquella dama lo pinchara para que lo hiciera, aunque, claro, sus palabras se prestaban a diferentes interpretaciones.

Marianne evitó mirar nuevamente a Richard, por lo que desvió la vista hacia la pista de baile, fingiendo observar la contradanza que muchos de los presentes interpretaban con entusiasmo, ignorando deliberadamente al hombre que la miraba con encono. Estaba muy acalorada debido a sus nervios, consciente de que con su actitud de esa noche estaba siendo objeto de uno de los mayores escándalos de la Temporada, pero, sobre todo, de lo que estaba segura era de que él no aprobaba su comportamiento.

«Yo tampoco lo apruebo, pero no tengo otra opción», se consoló.

—Si usted no lo considera inoportuno —la reclamó Melbourne solícito, actuando como si apenas se conocieran—, le rogaría, más bien le suplicaría, que me reservara el vals.

Ella se volvió hacia él sobresaltada, consciente de que no podía negarse, pero sorprendida de que la pusiera esa misma noche en aquella disyuntiva. Aunque lo cierto era que temía que si, además de no haber guardado el luto de rigor por la reciente muerte de su esposo, bailaba cuando éste llevaba apenas unos meses enterrado, con toda probabilidad se le cerrarían muchas puertas en los más destacados actos sociales. Y si había entendido bien a Melbourne, lo que pretendían era todo lo contrario, por lo tanto no entendía aquella extraña invitación. Según habían acordado, debía acudir a cuantos bailes, veladas o reuniones fuera posible, hasta conseguir que lord Kerr la invitase a una de sus exclusivas y cuestionadas fiestas privadas.

Si desde el primer día la apartaban por haberse extralimitado, ¿qué ocurriría entonces con su misión? Desde luego, ese hombre no podía haber pasado por alto ese dato.

«Maldito Melbourne, sabe que no puedo rechazarle y se aprovecha de

ello.»

Estaba a punto de aceptar, cuando se produjo lo inesperado.

—Por supuest...

—Siento decepcionarte, Melbourne, mi tía ya se había comprometido conmigo —intervino Richard con gesto arrogante, retándola a que lo contradijera.

Al parecer, sin saberlo, Richard le iba a dar un empujoncito en su caída hacia el ostracismo. Lo miró sorprendida, aunque enseguida se recompuso e intentó actuar con naturalidad. Sólo esperaba que Melbourne no se molestase.

—Por supuesto —continuó Marianne su anterior frase—, será un placer bailar con usted la siguiente pieza, sir Melbourne. —Richard la miró con aquella mirada acerada que no hacía otra cosa sino conseguir que ella se derritiera, prometiéndole mil males si osaba desobedecerle—. El vals ya se lo tenía reservado a mi sobrino.

Richard le lanzó una mirada glacial por dirigirse a él de esa forma.

Estaba molesto, muy muy molesto, rabioso más bien.

No sólo por eso, sino por todo.

Que ella aceptara bailar con él no lo tranquilizó de ninguna manera.

No, no lo hizo.

Todo lo contrario.

Y Marianne pudo verlo en el fuego que ardía en sus ojos grises, que, al parecer, sólo una mujer que lo amaba reconocería.

Gimió.

Aquella noche iba a dar mucho más de sí de lo que ella esperaba.

—Estoy encantada, Marianne —la aduló Clare entusiasmada, ignorando deliberadamente a Hastings—, eres todo un misterio para mí. Siempre te había visto como una aburrida mujer casada que prefería quedarse en casa que acudir a ningún acto social, ni siquiera acompañando a su marido y, aquí estás, desconcertándonos a todos.

Marianne no pudo evitar sonreír a aquella atolondrada con fama de manipuladora.

—Supongo que eso es un... halago.

—Teniendo en cuenta que para la dama los conceptos del decoro y el

buen comportamiento están sobrevalorados —Richard miró a la mujer que consideraba suya—, es de suponer que admira que haya decidido no seguir los convencionalismos guardando luto por la muerte de mi tío.

Richard mantenía a duras penas su habitual pose de indiferencia con todo cuanto ocurría a su alrededor, aunque en esta ocasión no pudo contener el veneno en sus palabras.

Para todos los presentes aquello fue un insulto en toda regla a las damas, a las dos, tanto a Marianne como a Clare, y miraron sorprendidos al hombre por aquel ataque al que nadie estaba acostumbrado por su parte. No obstante, nadie pudo reprenderlo, contradecirlo o rebatir su argumento, porque inmediatamente después de haberlo soltado, se marchó con paso airado hacia la pequeña sala que sabía que el esposo de su anfitriona tenía reservada para reunirse con sus amigos, entre los que él se encontraba. Eso sí, dejándolos a todos desconcertados ante su inesperado arranque, nada habitual en el conde.

—Creo que Hastings está enfadado —señaló Clare con arrogancia, mientras lo observaba retirarse. Era un juego que le encantaba, hacer enfadar al hermano de Rebeca cada vez que se le presentaba la oportunidad.

—Entiendo que lord Hastings pueda estar ofendido por mi inusual conducta —intentó excusarlo Marianne, a pesar de sentirse dolida por sus palabras—, después de todo, Rodolfo era su único tío.

—Yo creo que es algo más —señaló la anfitriona.

—Realmente pienso que no le ha caído bien que decida reducir mi período de luto a sólo unos meses.

Marianne intentaba desviar la atención sobre cualquier atisbo de sospecha que Clare pudiera tener acerca de lo que de verdad podía haber afectado a Richard.

—Tampoco le habrá agradado saber que haya sido yo quien te ha animado a hacerlo —sonrió Clare con malicia.

—Desde luego, tu intervención no ayuda —convino Marianne, sin poder evitar sonreír, sabedora de la animosidad existente entre aquellos dos—. Aunque me inclino por lo que ya he dicho. Con total seguridad, el conde desapruueba que no cumpla con los mandatos de la sociedad en cuanto al período de duelo.

Clare la miró entrecerrando los ojos.

—¿De verdad crees eso? Entonces eres más...

—¡Vaya! Por fin encuentro a mi encantadora esposa —exclamó Penfried, quien acababa de unirse al reducido grupo—, ¿qué le has hecho esta vez a Hastings?

Para Julian resultaban muy cómicos los tira y afloja que se traían su mujer y su amigo, teniendo en cuenta que este último no veía con buenos ojos la amistad que la unía a su hermana Rebeca, y que a su mujer él la molestaba sobremanera, puesto que el conde era de los pocos que no caía en sus maquinaciones. La rubia se ruborizó al ver llegar a su marido, temiendo que fuera a reprenderla en público por alguna cosa de las que ella no creía que tuvieran importancia y que él consideraba grandes agravios.

—No se enfade, Penfried —intervino Melbourne—, su encantadora esposa es todo un dechado de virtudes. Su comportamiento ha sido excepcional.

—Déjeme que le prevenga, sir Melbourne, el comportamiento de esta dama, cuando se trata de ayudar a alguien, suele tener un final de lo más entretenido para todos excepto para los destinatarios de dicho auxilio —le confió Julian con una arrebatadora sonrisa, consiguiendo que su esposa suspirara tontamente y todos esbozaran sonrisas de comprensión, puesto que era de dominio público la fama de entrometida de aquella mujer.

Marianne fue consciente en ese momento del afecto y atracción que había entre aquella extraña pareja, y sintió cierta envidia. O, mejor expresado, mucha envidia. Hubiera dado todo lo que tenía por ser poseedora del amor de un hombre de esa forma, en la que no importaban el decoro ni el saber estar ni lo que opinaran los demás, nada de lo que censurase la buena sociedad: sólo ellos dos. Después de todo, más escandalosa que había sido la relación entre Penfried y lady Clare Stanton, dudaba poder encontrar alguna durante algunos años. Además de que seguía siéndolo, puesto que la nieta del duque de Rosewood se empeñaba en actuar según consideraba que más le convenía a ella misma, o a alguien cercano, sin importarle los demás o a quien arrollase en el camino de ver cumplido su objetivo. Por supuesto, su marido, haciendo alarde de su carácter franco, no dudaba en reprenderla, corregirla y

amonestarla, incluso públicamente, por lo que dicho matrimonio siempre estaba en boca de todos, ya fuera de una u otra forma.

Y, a pesar de todo, ahí estaban, encantadoramente enamorados.

Suspiró con nostalgia mientras abría su elaborado abanico de plumas negras para moverlo con energía. Ella también estaba locamente enamorada de un hombre, uno en particular, y uno que, conociendo su forma de ver lo que era correcto y lo que no lo era, le estaba vedado. Uno por el que suspiraba cada noche antes de irse a dormir y a quien imaginaba como su marido en las frías noches en las que Rodolfo la había hecho suya de forma insensible. Un hombre cuya sonrisa era tan escasa desde el día en que ella contrajo matrimonio, que pensó que realmente sufría tanto como ella.

Un hombre del que se enamoró con apenas diecisiete años, en su primera Temporada social, y con el que había soñado formar un hogar, tener muchos hijos y ser felices para siempre. Un hombre al que se veía obligada a tratar continuamente, puesto que se había casado con el tío de éste, obligada por las circunstancias y por su autoritario abuelo, pero al que nunca había podido olvidar ni ver como a un miembro más de su familia política.

Un hombre que era su sobrino, a pesar de ser él pocos años mayor que ella.

Y un hombre que, en aquel momento, debía de despreciarla profundamente por ser protagonista de un escándalo que afectaba a su familia, cuando él mismo los aborrecía.

Se le contrajo el corazón.

—Creo que necesito aire fresco, estoy un poco mareada. —Por supuesto que no iba a decir que de lo que tenía ganas era de echarse a llorar de forma desconsolada—. ¿Sería tan amable de acompañarme, sir Melbourne?

Necesitaba hablar de inmediato con el hombre que la había reclutado.

Al menos podría hacerle las preguntas que le estaban rondando por la cabeza desde que le pidió un baile.

—Será todo un honor poder escoltarla, mi querida dama —asintió el aludido, ofreciéndole el brazo, en que ella se sostuvo como si fuera un salvavidas, cuando en realidad era quien la estaba conduciendo a la infelicidad.

## CAPÍTULO III

Marianne se cogió del brazo de Melbourne y juntos se dirigieron hacia una de las terrazas que se encontraban abiertas para que se aireara el enorme salón de baile, que estaba abarrotado, puesto que todos querían ser testigos del escandaloso comportamiento de la homenajeadada, es decir, ella misma.

Incluso los oía murmurar a su paso.

A pesar de ello, intentó ser fuerte. No iba a permitir que nadie la humillara, Melbourne le había dado algunos consejos antes de su impetuosa presentación, puesto que lady Penfried había enviado deliberadamente las invitaciones un día antes del baile, causando un gran revuelo. Para su sorpresa, la dama había acertado, y debido a la premura en la invitación, casi nadie había querido perderse un inesperado baile de honor de la reciente viuda de uno de los suyos.

Desde luego que debía reconocerle el mérito a Clare. La velada era todo un éxito.

—Supongo que es consciente de que a partir de este momento será la comidilla de la nobleza y de los periódicos de cotilleos de nuestra buena sociedad —la informó de forma indulgente el hombre.

¿Acaso a Marianne le pareció ver algo de compasión en sus ojos?

—Créame, lo soy. Aunque, a decir verdad, tanto usted como yo sabemos que no me quedaba otra opción.

Le habló sin mirarlo, puesto que se volvía a saludar a su paso a cuantos los observaban pasear, hasta llegar a su destino.

—Espero de todo corazón que no me guarde rencor —el hombre saludaba

a su vez a sus conocidos—, pero cuando se trata de asuntos de Estado, es mejor que los sentimientos y la ética se releguen a un segundo plano. Ya se lo dije, los moralismos no tienen cabida en cuestiones de seguridad.

—Para usted es fácil hablar así, no va a ser quien tenga que sentir cómo lo despedazan a sus espaldas, y eso en el mejor de los casos.

—Déjeme que le pregunte: ¿y en el peor?

Ella guardó silencio un momento.

—Ser despreciada por quienes quiero y admiro. —Había pesar en sus palabras. Verdaderamente había hablado desde lo más profundo de su alma, hecho que no le pasó desapercibido al caballero.

Éste le dio unos golpecitos a modo de consuelo.

—Admirada Marianne, no podrá tildarme de autoritario, puesto que todo lo que está haciendo —la miró un segundo— y va a hacer, es por voluntad propia.

«Intenta lavar su conciencia.»

—Jamás se me ocurriría —no pudo evitar ser sarcástica—, con todas las opciones que he tenido, qué duda cabe que ansiaba elegir la de exponerme como una yegua para que cierto caballero se fije en mí y decida convertirme en su amante. Ciertamente es algo que ansío con desesperación.

El hombre le dio un pequeño apretón.

—Me aflige de verdad que piense eso de mí. Cómo obtenga la información que necesitamos lo dejo a su astucia, y no me cabe duda de que, como mujer hermosa e inteligente que es, la conseguirá de la forma menos perjudicial para su persona.

«Por mucho que lo intente, no va a lograr que comprenda por qué ha tenido que destrozarme la vida de esta forma.»

—¿Y si no consigo que lord Kerr me considere lo suficientemente interesante como para agregarme a su reducido círculo? —le preguntó con frialdad, aunque por dentro temiera la respuesta—. ¿Qué hará entonces? ¿Cumplirá su amenaza?

Ésa era la pregunta que se había hecho cientos de veces desde el instante en que aceptó trabajar para él y por fin se había atrevido a formular.

Melbourne la miró detenidamente y sonrió. No dijo nada, sólo pensó que

aquella encantadora mujer no era consciente de su belleza ni de su innata sensualidad.

—Si te digo —la tuteó— que eres capaz de conseguir lo que te propongas me tacharás de utópico, no obstante, tengo fe en tus posibilidades. Sólo tienes que dejarte ver, acudir a fiestas y actuar de forma ligeramente inadecuada, para que el marqués se fije en ti y decida incluirte en sus reuniones más íntimas —le indicó, inclinando la cabeza hacia ella.

Ante ese infame cumplido, Marianne no tuvo más remedio que guardar silencio. Por lo visto no iba a aceptar una derrota.

¿Y qué podía decirle?

«Nada.»

\* \* \*

En cuanto cruzaron el umbral de las enormes puertas acristaladas que daban al jardín trasero de la enorme mansión ducal, Marianne pensó que por fin estaría a salvo de tantas miradas duras y escandalizadas por parte de las mujeres que se encontraban allí esa noche, muchas de ellas deseosas de ver su caída; así como de los ojos lascivos de algunos hombres que la contemplaban como una posibilidad.

Si supieran que tenía decidido que después de terminar con todo aquello acudiría a esconderse en algún lugar recóndito del campo, alejada de cualquier cosa que le pudiera recordar a Richard ni a ningún otro hombre, se reirían de ella.

A pesar de lo que todos pudieran pensar, era una mujer discreta y no estaba disfrutando con aquella farsa. Podría haberlo hecho, sí, demonios, de haber sido otra persona lo haría. Disfrutaría actuando con libertad, sin miedo al escándalo, pero ella no, tenía mucho que perder con aquel juego. Es más, ya había empezado a perderlo.

Y en ese momento en que se consideró segura por unos momentos, lejos de las personas que había en aquella fiesta que ella misma le pidió a Clare que organizara, una voz dura pero entrañablemente familiar los detuvo, consiguiendo que el color volviera a las mejillas de la joven viuda de forma

exagerada.

Haciéndola sentirse avergonzada.

Nuevamente.

«Richard.»

—¿Acaso mi tía piensa faltar a su palabra? —La voz de Richard, fríamente educada, la hizo sentirse como si la hubieran pillado haciendo algo deshonesto.

Y se sintió incómoda.

Mucho.

—¡Vaya, Hastings, pensé que la pieza que tenías reservada era el vals! — protestó Melbourne con suspicacia y no queriendo dejar ir a la mujer. Aún tenían que idear la forma de acercarse al marqués.

Marianne no decía nada, sólo observaba al alto hombre de cabello castaño y fieros ojos grises que la miraba con frialdad, ignorando de forma deliberada a su acompañante, ocupando todo su campo de visión, sin perder la compostura en ningún momento.

¿Cómo podía ser tan endiabladamente masculino?

Ella no podía apartar su mirada de la de él.

Nunca había podido hacerlo.

Mucho menos en esos momentos en que se sentía libre de Rodolfo.

—¿Tía? —Le tendió el brazo a modo de invitación y esperó a que ella aceptara sin dejar de mirarla.

Lo hacía de forma descarnada.

Estaba desafiándola a que lo rechazara.

—¡Es verdad! El vals —fingió—. ¿Cómo he podido olvidarlo?

¿Qué podía decir? Lo cierto era que no estaba sonando dicha pieza, pero cómo desairarlo cuando en realidad quería hablar con él.

Si pudiera explicarle...

Tal vez...

Quizá...

Miró a Melbourne un segundo y vio el leve gesto negativo del hombre, y entendió que tenía prohibido hablarle a Richard de su misión.

«No puedo decírselo.»

—Creo que aún no están tocando... —protestó Melbourne, consciente de que la interferencia del conde podía dar al traste con sus planes, puesto que siempre había sabido de la atracción existente entre aquellos dos.

En ese instante la música empezó a sonar y Richard le hizo una inclinación de cabeza al caballero, mientras esperaba a que ella se cogiera de su brazo para conducirla al centro de la pista de baile y comenzar la danza.

—¿Te encuentras bien? —Le hizo la pregunta sin mirarla, manteniendo la vista clavada al frente. Le había puesto una mano en la espalda, demasiado cerca de lo estrictamente aceptable, provocando que Marianne contuviera el aliento ante el contacto. Luego ella había colocado una mano sobre la otra de él y había empezado a girar entre sus brazos.

Tan ensimismada en contemplar al hombre con el que bailaba estaba que apenas entendió la pregunta, así que cuando él la repitió lo miró muda, sin comprender.

En realidad, no sabía por qué Richard le estaba preguntando cómo se encontraba, pero desde luego que no estaba bien. O tal vez es que se encontraba demasiado bien. Estar en sus brazos desde luego que era como estar en otro lugar, en un sueño, aunque ser consciente de que su relación nunca pasaría de un simple baile la hacía sentirse descorazonada.

—Perfectamente —respondió con una sonrisa. Volviendo a la realidad.

—¿Estás segura, Mary?

Richard inclinó la cabeza, puesto que era mucho más alto, con su metro ochenta y siete, mientras que ella, a pesar de no ser considerada una mujer bajita, tampoco es que fuera excesivamente alta. La miró directamente a los ojos, como si quisiera descubrir algo, y, cómo no, Marianne sintió que le flaqueaban las rodillas, por lo que estuvo a punto de tropezar. Cosa que no ocurrió debido a que Richard la agarró con fuerza, uniéndola más a él, consiguiendo con ese pequeño acercamiento dejarla sin respiración.

—Hace muchos años que no me llamas así.

La voz de la mujer era apenas un susurro.

«¿Qué me estás haciendo? Por favor, para.»

Sentía que todos los planes de esa noche, su decisión de ser una mujer fatal, se desvanecían con sólo tenerlo a él tan cerca, tan accesible.

—No tenía derecho a hacerlo. Te casaste con otro.

Marianne tuvo ganas de llorar al recordar aquel tiempo.

— ¿Ahora lo tienes? —Hizo la pregunta sin pensar.

—Pensaba que podría tenerlo. —La contempló de una forma que no dejaba lugar a dudas respecto al deseo que sentía por ella, y la acercó aún más a su cuerpo, más de lo estrictamente permitido, más de lo que un caballero como Richard osaría nunca hacer con una dama. Más de lo que ella podía soportar sin romperse.

—Richard —jadeó.

—Me tienes desconcertado con tu comportamiento —le recriminó.

Marianne supo que no aprobada cómo estaba actuando.

La estaba reprendiendo por ello.

«Y tiene razón.»

Aquello era una locura. Ella pensaba que él se limitaría a reprobarla desde la distancia, a lanzarle miradas de desprecio, a actuar según su costumbre, sin provocar habladurías sobre su persona, sobre su comportamiento, sobre sus buenas maneras. Sin embargo, actuaba como si no estuviera dispuesto a permitirle equivocarse su camino, aunque para ello tuviera que renunciar a lo que era, a lo que había sido todos esos años: lord Estricto.

—No creo que mi conducta sea un tema interesante —lo dijo más para molestarlo que para otra cosa, puesto que aquel encuentro los estaba llevando por una senda que no podían recorrer, al menos ella. Primero debía realizar lo pactado con Melbourne y luego, luego...

«Lo habré perdido para siempre.»

Suspiró con pesar.

—No lo crees.

El pequeño tic en su ojo derecho hizo acto de presencia.

—Simplemente soy una joven viuda; se nos permite cierto grado de libertad. Y tú mejor que nadie sabes cómo ha sido mi vida junto a tu tío.

«¿De verdad estoy diciendo esto? Debo de ser una consumada actriz, aunque hasta ahora no he sido consciente de ello.»

No, no había interpretado ningún papel.

Si había dicho aquello no era con otra intención que la de herirlo, así tal

vez la dejase ir, pero ¿quería que lo hiciera?

«Eso es lo más duro, que no quiero.»

—Efectivamente —reconoció él, atravesándola con aquella tempestuosa mirada—, no sé si por fortuna o por desgracia, eres la viuda de mi tío.

Marianne contuvo la respiración.

Lo amaba y lo deseaba con una fuerza que la destrozaba.

—Y también soy una mujer joven.

«Este juego no me gusta.»

Richard deslizó su mano con deliberada lentitud hacia abajo, directamente hacia su trasero, por lo que la mujer ahogó una exclamación.

¿Cómo se atrevía a hacerle aquello en medio del salón de baile? ¿Acaso no sabía que lo que ocurría entre ellos cuando estaban en la misma habitación era demasiado fuerte, demasiado intenso, como para simular que no pasaba nada?

—Querida, me doy perfecta cuenta de ello.

Y le miró los labios con tal necesidad que habría sido una hipócrita si hubiera fingido que no tenía ningún efecto sobre ella. Sintió que todo le daba vueltas.

¿Acaso era la danza o quizá su cabeza, que con sólo pensar en un beso de ese hombre se descomponía?

—Entonces —tenía que poner fin a aquella seducción o se avecinaría el desastre—, comprenderás que prefiera estar acompañada a la soledad de mi casa.

No le llamó la atención por las libertades que se estaba tomando, no quería hacerlo. En realidad deseaba que lo hiciera.

«Hazlo, aunque luego me arrepienta de habértelo permitido.»

—Ciertamente, desconocía esta faceta tuya, tu necesidad de —la miró— ¿profundizar en determinadas amistades?

¿La estaba insultando?

«¡Oh, por supuesto que sí! Pero el muy canalla no va a hacerlo sin dejar de lado sus modales. No me va a decir lo que piensa de mí bruscamente. No va a armar un escándalo.»

—Así es —admitió Marianne.

—En realidad acabo de reparar en que hay cosas de ti que me son totalmente desconocidas, no obstante, estoy dispuesto a subsanar dicha carencia de conocimiento poco a poco, tomándome mi tiempo. —Acercó su boca a la de ella—. Mary, no voy a dejar que lo arruines todo.

Richard se inclinó sin detenerse a pensar en lo que estaba haciendo, por lo que ella tuvo que apartarse apresuradamente, intentando evitar que cometiera una locura. La iba a besar en medio de aquel salón atestado de hombres y mujeres, por lo que serían la comidilla de toda la Temporada. Si lo convertía a él también en el centro de su escandaloso comportamiento, Richard la odiaría siempre. Y aquello, su rencor, sí que no podría soportarlo. Sería lo único que la mataría. «No —volvió a decirse—, no podría.»

Richard pareció reaccionar cuando se percató de que Marianne había rechazado su intención de besarla. Y, a pesar de todos sus fatuos intentos por mantener a raya su intenso carácter, se encolerizó. Se sintió herido en lo más profundo de su alma ante aquel desaire.

Se sintió rechazado.

Se sintió destrozado.

—Al parecer no soy de tu agrado —le espetó, mirándola con frialdad.

En ese momento, ella percibió el ligero olor a whisky y se sorprendió.

Así que estaba bebido. El siempre educado, correcto y sensato conde de Hastings estaba ebrio.

«Estúpido.»

Eso la molestó. No sabía por qué, pero lo hizo. ¿Acaso intentaba sobrepasarse con ella porque estaba borracho? El Richard que conocía nunca actuaría de esa forma.

«Ni yo tampoco», se dijo.

—No, no lo eres cuando actúas como un patán con los sentidos embotados por el alcohol.

—¡¿Yo?! —se indignó furioso—. Esto ya es demasiado. ¿Tienes la osadía de recriminarme mi comportamiento cuando tú actúas... actúas...? — La soltó en medio de la pista de baile, herido en su orgullo, sin importarle las miradas interesadas del resto de los bailarines que continuaban con su danza alrededor del lugar donde se estaba produciendo la escena.

Richard pensó que la muy ladina orquestaba un baile para presentarse como si fuera una joven debutante, cuando lo que había hecho era enviudar hacía apenas unos meses, y lo había hecho vestida como una mujer deseosa de llamar la atención de los caballeros allí presentes, con un vestido de noche cuyo escote era más bajo de lo que debería estar permitido, y un peinado destinado a atraer las miradas hacia su esbelto y delicado cuello.

«¡Que me cuelguen si la entiendo!»

—¿Quién si no? —murmuró Marianne, fingiendo una sonrisa para evitar que el resto vieran que estaban discutiendo. Al parecer, a él parecía importarle muy poco que los escucharan.

«A mí sí que me importa que este estúpido se hunda en el ostracismo social, uno de los dos tiene que mantener la cordura.»

—Eres la mayor descarada que he conocido en mi vida.

Y una vez dicho esto a pleno pulmón, se marchó de allí como había hecho un rato antes, cuando estaban conversando con el resto de sus amigos, dejándola sola en mitad de la pista.

Marianne tuvo que contener las ganas de salir detrás de él y decirle unas cuantas cosas, entre ellas el motivo de su proceder, pero se contuvo a tiempo cuando vio la mirada de advertencia de Melbourne, que la observaba desde el otro lado del salón.

«No puedo —gimió interiormente—. Aún no.»

Hizo una inclinación de cabeza a quienes la miraban sorprendidos por aquella escena y, con toda la dignidad del mundo, les sonrió como si el hecho de que su sobrino, el estimado y correcto Hastings, la dejara sola en medio de la pista de baile cuando la pieza todavía no había acabado fuera algo de lo más natural.

\* \* \*

Marianne aguantó estoicamente las ganas de echarse a llorar. Debería haber estado preparada para la reacción de él. Por supuesto, debería. Pero no lo estaba. ¿Acaso no se había mentalizado cada día y cada noche de que Richard la despreciaría en cuanto empezara a dejarse ver en un baile tras otro,

sin contención alguna?

«Efectivamente lo he hecho.»

Aunque, tuvo que reconocerse pesarosa, de nada le habían servido tantas horas consumidas en la soledad de su casa intentando convencerse de que podría soportar el desprecio del hombre al que amaba. Sus malas caras. Sus pullas. Y, a pesar de ello, nunca hubiera podido llegar a imaginar que Richard la desairaría de aquella forma tan grosera en presencia de toda la alta nobleza de la ciudad.

«Pues lo ha hecho.»

Sintió un nudo en la garganta al pensar en ello.

«Sí que lo ha hecho —se recordó—, y delante de todos.»

Su forma de tratarla había sido aborrecible, mandando un mensaje claro al resto de personas que se congregaban en el lugar: que el conde no aceptaba ni avalaba el comportamiento de su tía política. La había llamado descarada con todas las letras, en un tono de censura que no pasó desapercibido para nadie.

No le importó que su abandono en mitad de la pista de baile, dejándola sola y desamparada ante el resto de depredadores en busca de una presa fácil, la colocara en una situación vulnerable, porque pondrían su mira en ella en aquel preciso instante. Eso había conseguido con su desprecio público. Las hipócritas matronas la humillarían y los hombres la perseguirían, eso era lo que Richard había logrado con su desaire.

Él solo, con su imprevisto comportamiento, había conseguido en un segundo lo que ella tenía planeado alcanzar poco a poco. Si su misión había sido ser considerada una mujer liberal para atraer la atención de lord Kerr, el hombre al que amaba con todo su ser le había facilitado la tarea.

Desde el preciso momento en que le dijo aquello, muchas de las damas allí presentes se volvieron a su paso, dándole la espalda cuando ella se acercaba a saludar. Incluso murmuraban en un tono lo suficientemente alto como para que pudiera oírlas cuando pasaban por su lado, sobre lo que el pobre conde había tenido que sobrellevar esa noche por culpa de su tía. Claro que no los nombraban directamente, pero la alusión a ellos estaba clara. Por su parte, los caballeros comenzaron a observarla con interés, un interés que en realidad no deseaba, aunque era consciente de que ése era su objetivo si

quería que el escurridizo marqués se fijara en ella y la invitara a una de sus secretas y exclusivas fiestas privadas.

Así que, sin que le quedara otra opción, mantuvo la cabeza alta y fue saludando a todos los que la observaban sin disimulo, a la vez que les lanzaba una incitadora sonrisa.

Gracias a Richard, a partir de esa noche la apodaron «lady Escándalo».

## CAPÍTULO IV

Estaba paralizado.

Había salido del salón sin volver la vista atrás y se había detenido sin saber hacia dónde dirigir sus pasos.

Aún no podía creer que hubiera estado a punto de besarla allí mismo, en medio del gentío, rodeado de decenas de parejas de baile que inundaban el abarrotado salón. Rodeado de las mayores cotillas de todo Londres, pertenecientes a la venerada e hipócrita nobleza. Recordó cómo había apretado los puños a ambos costados mientras la contemplaba enfurruñado por su rechazo, a la vez que intentaba recuperar el dominio sobre sí mismo, ese que inexplicablemente parecía haberse ausentado desde que la vio aparecer esa noche. ¿Qué diablos se había apoderado de él? Todavía no se explicaba qué es lo que había ocurrido. ¿Desde cuándo verla lo enloquecía? Sí, era cierto que la deseaba, también lo era que la amaba, es más, era la única mujer a la que amaba y había decidido amar, pero de ahí a perder el yugo con el que sometía a su endiablado temperamento... Tragó saliva. No es que no tuviera relación con Marianne. Todo lo contrario. Desgraciadamente, y gracias al matrimonio de ésta con Rodolfo, se veían con asiduidad. Y si había sido capaz de soportar aquel maldito enlace, si había conseguido asimilar la presencia de Marianne en su vida, sin tenerla todos aquellos malditos años que había durado el matrimonio de ella, sin perder ni una sola vez la cabeza, el sentido común, sin dejarse dominar por sus fuertes pasiones...

¡Demonios! ¿Por qué esa noche?

Únicamente habían estado distanciados desde el día del atentado que

sufrió por parte de su tío durante el secuestro de Rebeca. A causa de la convalecencia que lo mantuvo encerrado en casa y sometido a los exagerados cuidados de su hermana y de Thomas, su mayordomo, no había visto a Marianne. Pocos días después, había muerto Rodolfo y él decidió aguardar un tiempo, al menos unos meses, antes de ponerse de nuevo en contacto con la mujer que amaba, para hacerle saber cuál iba a ser su proceder a partir de aquel momento en que ella volvía a ser libre. Iba a proponerle que se convirtiera en su condesa. La iba a pedir en matrimonio de una vez por todas.

—Matrimonio —maldijo entre dientes.

La muy pérfida ni siquiera había aguardado un segundo para reanudar su vida social como si nada hubiera ocurrido, como si su marido no hubiese muerto y como si no tuviera ningún tipo de sentimiento hacia él. Ni siquiera había respetado el luto para evitar maledicencias, a sabiendas de que eso lo molestaría sobremanera.

Sí, tal vez eso era lo que lo había desquiciado esa noche.

«Eso, o la cantidad de alcohol que he ingerido», intentó convencerse.

En aquel momento pareció darse cuenta de que había estado tomando una copa tras otra, sin control alguno, en un vano intento de calmar el tornado de emociones que se desataba en su interior al ser testigo directo del comportamiento de Marianne.

De su atroz comportamiento.

Deseó hacerle el mismo daño que ella le había hecho con su descaro.

«¿Por qué te engañas? —gruñó mentalmente—. Lo que deseabas era besarla hasta hacerle perder el sentido, con el único fin de mortificarla. Ni siquiera habrías esperado a obtener su consentimiento.»

Evocó cómo la había mirado con furia contenida antes de marcharse de allí y dejarla sola entre aquel nido de víboras. Muchas de ellas pertenecían al grupo selecto en el que se movía su difunta madre, el mismo que acabó dándole la espalda a su familia, sobre todo a su progenitora cuando más necesitaba de su apoyo. Las mismas personas que en la actualidad no cejaban en su empeño de atraerlo hacia alguna de sus estúpidas hijas, con el objetivo de conseguir cazar al respetado conde de Hastings. Era por ello que elogiaban sus buenas formas, requerían su opinión y aprobación sobre casi cualquier

tema y lo invitaban a incontables celebraciones. Sin embargo, él no olvidaba que en su día no pararon de lanzar comentarios malintencionados sobre sus padres, sobre su familia, unas veces eran historias ciertas, otras inventadas, dejando a su pobre madre por completo aislada socialmente, mientras su padre, el organizador de escándalos más famoso entre la nobleza inglesa, era recibido con felicitaciones ante su última hazaña. Su madre fue condenada al ostracismo sólo por haberse casado con un calavera. Si supieran cuánto los despreciaba, seguramente también dejarían de enviarle invitaciones.

«Y me he marchado dejándola sola entre esa jauría.»

¿Remordimientos?

Dudó. La había abandonado entre aquel gentío que los observaba sin disimulo, expectante. Deseando ser testigos de primera mano del nuevo escándalo en ciernes. De tener alguna nueva presa a la que despedazar.

«Si no me hubiera marchado, podría haber ocurrido algo mucho peor», intentó convencerse, mientras se pasaba una mano por el espeso cabello castaño.

Decidió que lo más sensato sería salir de aquella casa, así que reanudó su marcha con gesto impaciente. Deseaba desaparecer de aquel lugar, más por él mismo que por la mujer a la que dio la espalda sin reservas, por lo que aceleró el paso hacia la salida.

Debía salir de allí de inmediato si no quería empezar a gritar y a romper cosas.

Se estaba asfixiando y necesitaba escapar.

—Sí, será lo mejor —murmuró malhumorado, antes de chocar con otro caballero en su desesperada huida, sin pedir disculpas y sin siquiera volver la mirada para saber con quién había tropezado.

Estaba escapando, cierto, por qué no reconocerlo. No iba a mentirse a sí mismo. Si había algo que verdaderamente detestaba era que se ligara su apellido a un escándalo, y la incipiente conducta de Marianne tenía toda la apariencia de convertirse precisamente en eso.

«En realidad, la de ella y la mía.»

Su mala conducta lo había llevado al borde del precipicio.

Necesitaba estar fuera de aquella casa ya.

Ni siquiera cogió su abrigo, sino que salió directamente a la fría noche.

Cuando un lacayo acudió a su encuentro, ofreciéndose por si necesitaba algo, se limitó a despacharlo con un mal gesto. Luego se dio cuenta de cómo había actuado, él que nunca mostraba enojo en público, mucho menos ante la servidumbre; él que era el abanderado de las buenas maneras, del actuar correcto y comedido. Siempre galante, siempre cortés. Siempre sensato y cauto.

Bufó.

¡Un cuerno!

—Estoy furioso, furioso y avergonzado —volvió a murmurar.

No podía entender lo que estaba ocurriendo, él, que siempre mantenía todo a su alrededor bajo control. El estimado conde de Hastings, que siempre sabía qué hacer, que normalmente tenía un plan para todo.

—Menos esta noche.

Su vida se estaba yendo al traste.

Primero, su hermana Rebeca, que había decidido tomar su propio camino, a pesar de lo cuidadosamente que había planeado un futuro para ella.

Y, ahora, Marianne.

¿Qué demonios había pasado con ella?

¿Desde cuándo se había convertido en una desconocida para él?

—Soy capaz de asesinar a alguien esta noche.

Cuando se percató de que había dicho aquello en un tono más alto de lo normal, se enojó aún más. Aunque no lo sabía nadie, excepto Thomas, Richard murmuraba con bastante asiduidad. Con demasiada frecuencia hablaba por lo bajo cuando intentaba que su carácter no se desatara, porque, a pesar de lo que todos creyeran, tenía muy mal genio. Es más, era poseedor de un carácter explosivo. Impulsivo. Pasional. No obstante, esa táctica del murmullo lo había ayudado en más de una ocasión, por no decir muchas, a enmascarar su endiablado carácter. ¿Qué pensarían todos aquellos que lo elogiaban e incluso envidiaban sus buenas maneras, su acertada forma de conducirse y saber estar si pudieran verlo en aquel instante?

Si conocieran al verdadero conde le cambiarían el apodo.

Sonrió de forma malévola.

«Si me conocieran realmente no creerían que tengo un estricto código de conducta, sino todo lo contrario.»

—Si pudieran ver dentro de mí, en ese caso ¿cómo me llamarían? — masculló, a la par que golpeaba una piedra con el pie, y soltaba un juramento cuando sintió el dolor.

Su vergüenza de esa noche procedía de no haber podido controlarse ante la visión de Marianne. Lo que realmente lo sonrojaba era verse arrastrado al más puro caos sólo porque su forma de actuar lo había pillado desprevenido. Había acudido al baile con la esperanza de que todo fuera un ardid de la maldita esposa de Penfried, nunca con la certeza de que aquel endiablado baile fuera a producirse y por los motivos que anunciaba: en honor a la mujer que ansiaba, una mujer por lo visto desconocida para él.

Miró hacia ambos lados de la calle antes de cruzar y tomar la dirección que lo llevaría a su casa, no muy lejos de la del duque, donde se estaba celebrando en ese instante el baile del que él había decidido ausentarse sin dar explicación alguna y dejando a Marianne con un palmo de narices. Donde esa malcriada, la amiga de Becky, lo había colocado en una desastrosa situación al organizar ese endiablado evento.

—No me explico cómo Julian está tan embobado con ella y no la ha enviado de vuelta con su familia.

Era totalmente incomprensible para Richard qué podía ver su amigo en aquella cabeza hueca, aparte de su belleza, por supuesto, la cual era innegable incluso para él mismo, que no la soportaba.

«Incluso mi hermana Becky está embelesada con esa arpía.»

Así le había ido, teniendo en cuenta los problemas en los que se había metido por secundar a la otra en su atolondrado comportamiento.

«Al parecer soy el único inmune a sus manipulaciones.»

Retornando sus pensamientos a minutos antes, concretamente al instante en que Marianne había estado entre sus brazos mientras danzaban, recordó su arrebatador rostro, en el que aquella carnosa boca y aquellos ojos felinos lo miraban con recelo. Se sintió un estúpido de nuevo al recordar cómo había estado a punto de besarla en medio de aquel salón, sin importarles nada más que apoderarse de aquellos labios plenos, pintados para llamar la atención de

los hombres. ¿De verdad habría sido capaz de hacerlo? Por supuesto, se reconoció.

No se podía explicar el motivo, pero hubiera mandado al traste todo su empeño en mantener su título alejado de cualquier escándalo y habría sido el absoluto protagonista de uno, y uno descomunal, porque no se hubiera detenido en un simple beso, eso era algo de lo que estaba completamente seguro.

¡Diantres!

¡Y más que diantres!

—Me estoy volviendo loco.

Volvió a maldecir y apretó aún más el paso.

Furioso.

Así era como se sentía. Y ése, de todos los sentimientos que había experimentado esa noche, era con el que se quedaba: su ira.

Se dio cuenta de que si seguía con el paso que llevaba llegaría a casa en un santiamén y de nada le serviría el paseo. Su objetivo al ir caminando había sido calmar su volátil temperamento, sin embargo, no iba a conseguirlo. ¿Por qué había tenido Marianne que conducirse de esa forma sin ni siquiera consultarlo con él? Malditas fueran, ella y todas las mujeres inconstantes en sus sentimientos. Y pensar que la creyó cuando pocos días antes del secuestro de Rebeca se encontraron en la biblioteca de su casa y le confesó que lo amaba y le propuso que escapasen juntos. Había estado a punto de ceder ante sus súplicas, armar un estrepitoso revuelo y mandar al infierno todo lo conseguido durante esos años de dirigir sus pasos de la forma adecuada a su título para no alimentar la maldad de los chismosos de su clase. Gracias a Dios que no claudicó, de haberlo hecho lo habría convertido en un tonto, en el hazmerreír de todo Londres. Al fin y al cabo, Marianne le estaba demostrando que no merecía la pena arriesgarlo todo por estar con ella.

«Yo la habría hecho mi esposa.»

Y pensar que todos sabrían del descarado comportamiento de ella ya en el país entero. Una desvergonzada, eso es lo que era la mujer que amaba.

Y, a pesar de todo, a pesar de lo que había visto y hablado con ella, a pesar de los muchos indicios de que Marianne había decidido echarse en

brazos del libertinaje, un palpito le decía que había algo más, mucho más.

«¿Qué es, entonces?»

—Maldita sea.

De repente se detuvo, pensando si no sería mejor cambiar de rumbo. Si llegaba a su casa en el estado de exaltación en el que se encontraba acabaría armando un gran revuelo. Además, reconoció al fin, estaba un poco ebrio. Así que, invirtiendo el sentido de sus pasos, giró en la dirección opuesta a la que había tomado en un principio. No obstante, apenas pudo reaccionar ante lo que se avecinaba, puesto que en el justo momento en que dio media vuelta para iniciar un nuevo trayecto que lo llevara a algún lugar poco recomendable para un caballero, recibió un fuerte golpe.

Algo, o más bien alguien, le había atizado en pleno rostro haciéndole perder el equilibrio y caer de espaldas contra el húmedo y frío suelo de la noche. Cuando intentó incorporarse, recibió un nuevo golpe a traición, en plena espalda, aunque, afortunadamente, no lo bastante doloroso como para hacerle perder el conocimiento.

—¡Qué diablos...! —exclamó furioso, segundos antes de incorporarse de un salto y ponerse de pie sacudiendo la cabeza, a la vez que buscaba su arma, esa que siempre llevaba consigo, oculta en su amplio abrigo—. ¡Por todos los infiernos!

El mismo abrigo que había dejado en casa del duque en sus prisas por marcharse de la maldita fiesta.

Cuando por fin se percató de que no la tenía, el enorme tipo que lo había atacado sacó un enorme cuchillo de carnicero del raído y pestilente sobretodo de color marrón que llevaba puesto, amenazándolo con él. Fue entonces cuando Richard lo observó detenidamente, mientras se palpaba la magullada mandíbula. Su oponente adoptó la típica pose de ataque, al tiempo que se pasaba el arma de una mano a otra con unos gestos que intentaban parecer amedrentadores.

Entonces Richard esbozó una enigmática sonrisa. Después de todo, iba a poder descargar su furia, su rabia, por lo vivido esa noche contra alguien que realmente se lo merecía.

—¿Pretende usted intimidarme? —le preguntó a su asaltador en tono

hastiado.

El otro no respondió, no dijo nada, sólo rio, mostrando una dentadura podrida en la que faltaban un número importante de piezas.

Richard se quitó la chaqueta en un rápido movimiento y la tiró a un lado de la calzada.

—Lamento informarle, caballero —puso énfasis en dicha palabra—, que ha escogido usted a la víctima equivocada.

Y diciendo esto, esbozó una fría sonrisa, una que no llegó a sus ojos y que provocó un leve estremecimiento en el portador del cuchillo.

\* \* \*

Observó a los dos hombres pelear desde su lugar oculto en las sombras. Por suerte, era noche cerrada y no había estrellas ni luna que advirtiesen de su presencia en aquella adinerada parte de la ciudad donde había vivido tantos años.

Desgraciadamente, ese estúpido se había librado de nuevo de la muerte.

«No importa —se dijo—, sólo es cuestión de tiempo.»

Su único propósito en la vida era acabar con ese maldito que nunca debió nacer y amargarle la existencia. De no ser por él, su vida habría sido diferente y no hubiese tenido que hacer las cosas que hizo, sería un caballero respetado y admirado. Pero tuvo que hacerlo, rumió.

Colocándose bien el raído sombrero de ala ancha, se marchó en la dirección opuesta a la casa del conde. Ya no faltaba mucho, se consoló, para ver su arrogante rostro carente de vida.

Muy pronto acabaría con él.

## CAPÍTULO V

Volvió a leer la carta de su abuelo, el duque de Fyfe, marqués de Snowden, conde de Maduyff y tantos otros títulos que nunca lograba recordar, a pesar de las estrictas exigencias de sus institutrices. Un hombre poderoso a la vez que despiadado, o al menos ella nunca recibió una muestra de calor por parte de su excelencia.

—No sé de qué me extraño —murmuró.

El anciano la había mandado buscar, de forma que no era posible desobedecer. Así que Marianne había acudido a su encuentro temerosa de lo que tuviese pensado decirle. Y desde luego que estaba arrepentida de haber atendido su requerimiento.

«Mejor que no lo hubiese hecho.»

Su abuelo la ofendió de todas las formas imaginables.

Le recriminó nuevamente su mala conducta de hacía años que desembocó en un matrimonio que a él no le convenía, así como su forma indigna de comportarse tras la muerte de su esposo, frustrando cualquier posibilidad de hacer un buen matrimonio, aunque fuera en segundas nupcias.

Segundas nupcias, por supuesto.

Ella lo escuchó con paciencia, intentando convencerse de que se merecía todo lo que le estaba diciendo, pero ¡córcholis!, en el fondo de su corazón sabía que sus insultos eran injustos.

Tal vez debería haber declinado trabajar para Melbourne. Así, posiblemente, esa arrogancia de su excelencia hubiera desaparecido al ser acusado su esposo de traición y expandir las consecuencias de dicha

declaración a todos sus familiares, incluido el propio duque de Fyfe.

Apretó los labios, presa de la frustración.

Después de dedicarle mil y un improperios, le ordenó que se retirase y se mantuviera alejada de cualquier evento o acontecimiento social, que guardara el luto debido por la muerte de Rodolfo y esperase a que se comunicase con ella para hacerle saber cómo debía actuar.

Marianne no lo contradijo, simplemente lo escuchó y luego se marchó. ¿De qué le serviría enfrentarse a su abuelo? De nada, sólo conseguiría que acabaran gritándose y echándose cosas del pasado en cara, cosas parecidas a que era una desagradecida puesto que fue él quien se hizo cargo de ella al fallecimiento prematuro de sus padres. O, por parte de Marianne, recriminarle que nunca recibió de él una palabra cariñosa o de consuelo, al no haber nacido varón.

Nada hubiera arreglado enfrentándose a él, se recordó, sólo hacerse más daño.

Una vez instalada, de vuelta en su casa, esa misma tarde le llegaron las instrucciones del duque por medio de una carta. Básicamente decretaba que se retirase al campo durante un año y luego él le concertaría un matrimonio con alguien que pasara por alto su descarriada conducta a cambio de una buena dote. Se casaría con quien él escogiera, dado su voluble carácter. De no ser así, la amenazó, la dejaría en la indigencia y le retiraría el apoyo que su título le brindaba. Después de todo, era la única nieta del poderoso duque de Fyfe, ¿qué sería de ella si la repudiaba?

Marianne arrugó la carta, furiosa, y la arrojó al fuego del hogar que ardía en ese momento en la estancia, luego se sirvió una copa de coñac y se la bebió de un trago. Tosió, pero no le importó. La necesitaba.

—Muy bien, estoy sola, así que tengo que valerme por mí misma y hacer lo necesario para ser libre.

Se apresuró a prepararse para el baile que daba esa noche lady Dauderdale y donde tendría por fin acceso al marqués.

## CAPÍTULO VI

Marianne se encontraba sentada jugando a las cartas junto a tres hombres en la sala de juegos del baile organizado por lady Dauderdale. Iba vestida de forma muy provocativa con el objetivo de captar la mirada del marqués de Lothian, lord Kerr. Éste era un hombre de unos cuarenta y largos años, una edad próxima a la que tenía su marido, y también fama de ser alguien peligroso. Su misión, según le había explicado Melbourne, era acaparar el interés del caballero con el fin de tener acceso a su casa y apoderarse de unas cartas dirigidas al marqués por el rey Jorge III unos años antes de fallecer y durante el período en que su hijo, Jorge IV, actuó como Regente. En realidad eran asuntos políticos en los que ella no tenía ningún deseo de inmiscuirse, mucho menos teniendo en cuenta que había ocurrido hacía casi treinta años y que su esposo era considerado un traidor por el ministerio. De no ser porque era el propio ente quien le había encargado dicho cometido habría sospechado que aquello que le requerían que hiciera era una infamia en contra de la familia real.

Miró de reojo a Kerr, que la observaba desde la distancia con una sinuosa sonrisa en los labios, un gesto que denotaba su aburrimiento de estar en aquel lugar, de no ser porque disfrutaba con el nuevo entretenimiento, es decir con el comportamiento insultante de ella.

—Querida dama —lord Philip Benfort, conde de Warwick, era uno de los jugadores de su partida, un hombre apuesto y de la edad de Richard, que parecía haberse convertido en su más ferviente admirador desde el día de su reaparición—, debo reconocer que es usted una deliciosa distracción. No

recuerdo haber ganado una mano desde que ocupó su lugar en la mesa.

El hombre había perdido dos veces jugando contra ella y Marianne estaba segura de que lo hacía adrede para granjearse su amistad, e incluso algo más.

«Iluso.»

¿Acaso pensaban aquellos hombres que no era consciente de que sus atenciones se debían a que la consideraban una presa fácil y dispuesta?

Marianne tenía claro cuál era su objetivo y desde luego no era intimar con ninguno de ellos.

—Me halaga lord Warwick —agradeció, dedicándole una sonrisa cautivadora que incendió la mirada del conde—, aunque sería muy ingrato por mi parte no reconocer su buen corazón al permitirme salir airosa de cada contienda.

—Lady Marianne, es usted muy modesta, es obvio que es una experta jugadora.

Quien dijo eso, justo por encima de su hombro, inclinado sobre ella, no fue otro que el propio marqués, quien por lo visto se había acercado sin disimulo hasta colocarse a su espalda. Si las Patronas de Almack's la vieran en ese momento, confraternizando con el vilipendiado lord Kerr, seguramente no es que le cortaran el paso a los selectivos bailes de los miércoles, sino que proclamarían en algún diario que había sido expulsada de dicho club por su conducta deshonesta. En cierta forma lo único que no había hecho valer en su apresurada vuelta a la vida social tras la muerte de Rodolfo había sido su vale anual de Almack's. No era ninguna estúpida y, teniendo en cuenta la notoriedad que había alcanzado desde su reaparición, mejor no tentar a la suerte y exponerse a una humillación pública si intentaba participar en dicha sociedad. Observó a Kerr estudiar con gesto concentrado y sin pudor alguno sus cartas, para, a continuación, sonriéndole, apartarse de ella. Marianne le dirigió una mirada irónica cuando el hombre volvió a su lugar, después de haberse entrometido con total descaro en su jugada, puesto que ahora él también era conocedor de que con aquellos naipes llevaba una jugada perdedora.

«Como todas las anteriores», se dijo divertida.

—Apuesto cien libras a que la dama gana también esta partida.

Ella lo miró incrédula y luego se obligó a sonreír, aunque en realidad lo que tenía era ganas de salir de allí y mandarlo todo al cuerno. Poco a poco iba consiguiendo la atención del marqués, por lo que su acercamiento, si bien formal, se hacía cada vez más evidente, pero ahora, con esa declaración, acababa de hundirla por completo en el ostracismo. «Dudo que vuelvan a enviarme alguna invitación después de esto.» ¿Una dama siendo objeto de una apuesta entre caballeros estando ella presente y participando de buen grado?

«Me acaba de sepultar socialmente.»

Ya sabía de la apuesta pública que habían hecho sobre ella, pero nunca nadie hasta entonces había sido tan osado de lanzar un reto con efectos económicos en su presencia.

Le dirigió una mirada a Melbourne, impotente ante lo que acababa de suceder.

Éste era otro de los que estaban sentados a su mesa participando de la diversión. Ambos lo habían decidido así para el caso de que necesitara algún tipo de apoyo a la hora de espantar a algún pretendiente entusiasta que no fuera Kerr, teniendo en cuenta el interés entre el género masculino que había despertado.

El despiadado Melbourne se encogió de hombros y ella paseó con disimulo la mirada por los otros dos caballeros que participaban en el juego.

Marianne se percató de la duda en el rostro de éstos. Lo más probable es que estuvieran debatiéndose entre comportarse como caballeros y dejar que la dama quedase vencedora, con lo cual el marqués ganaba la apuesta contra los que se atrevieran a aceptarla, haciéndose todavía más rico de lo que era, o, por el contrario, que cualquiera de ellos obtuviera la victoria en el juego y Kerr perdiera. Seguramente muchos de los presentes hubieran apoyado esta segunda opción sólo por ver al arrogante Lothian perder, aunque fuera una sola vez. Sin embargo, entonces su conducta hubiera sido censurable, teniendo en cuenta que habría ocurrido todo en presencia de la dama, por lo que ésta tendría todo el derecho de molestarse, o al menos fingir estarlo, por la falta de consideración de los caballeros, que habían preferido el dinero pese a dejarla con ello en evidencia.

—Señores, he decidido que me retiro. —Warwick la miró de forma seductora y Melbourne tosió para sofocar un inminente ataque de risa.

En realidad, ese hombre se estaba volviendo una molestia ante su constante insistencia en atraer su atención.

—Mi estimada lady Marianne, debo reconocer su habilidad. —Esta vez fue el otro caballero que ocupaba la mesa quien desistió de seguir con el entretenimiento. Al decir esto último se levantó y, haciendo un gentil saludo con la cabeza a la mujer, se dirigió a la sala de baile.

Marianne clavó sus ojos en Melbourne, alentándolo también a abandonar la diversión para que ella pudiera despedir a Warwick de forma educada y dedicarse a conquistar a su presa.

—Por lo visto es usted una mujer afortunada.

Diciendo esto último le lanzó una sonrisa cómplice y abandonó también su lugar en la partida.

El conde de Warwick fue el único que no se marchó. No podía considerarse cortés que la dejaran sola y se marchasen antes que ella, pero teniendo en cuenta cómo la llamaban, eso parecía no importar, era como si ya no fuese merecedora de respeto.

—Mi estimada dama, debo felicitarla por su buena fortuna —ella lo miró con fingido interés—, espero que me permita disfrutar del placer de su compañía el resto de la noche.

—¿No le parece egoísta por su parte acapararme para sí solo?

Él se inclinó sobre ella, acercándose tanto que Marianne tuvo que refrenar el impulso de apartarse.

«Debo recordar cuál es mi papel, a quién estoy interpretando.»

En realidad, deseaba poder acabar cuanto antes con toda aquella farsa, para poder retirarse a algún lugar del campo y vivir en paz, alejada de aquel enjambre odioso el resto de su vida.

Las mujeres la ignoraban y la despreciaban, los hombres como Warwick la perseguían.

—Digamos que se trata de una compensación —le acarició la muñeca sobre el delicado guante de seda sin cortarse—... por mis pérdidas.

\* \* \*

Richard llegó tarde.

En un principio había decidido no asistir a ese baile, igual que había hecho con los dos anteriores, sobre todo debido a que las marcas que tenía en el rostro por los golpes recibidos en aquella pelea callejera eran demasiado evidentes y se vería obligado a dar más explicaciones de las que podría soportar. Sin embargo, dichos morados habían desaparecido casi por completo; ése fue uno de los motivos por los que se animó a salir; el otro eran los comentarios que se hacían en Brook's, uno de los exclusivos clubs de los que era socio, sobre Marianne. Había incluso una apuesta de conocimiento público en la que habían participado la mayoría de los caballeros de dicha sociedad para ver quién llegaba a ser el afortunado al que elegiría lady Escándalo como primer amante después de haber enterrado a su esposo.

Por lo visto, quienes iban en cabeza según las apuestas eran Melbourne y Kerr, seguidos por Warwick.

A Richard no le había gustado enterarse de que Marianne parecía preferir la compañía constante de Melbourne y que demostraba un especial interés por el marqués de Lothian. Ni tampoco que su actitud estuviera totalmente condenada por el comité de Almack's, lo cual no lo sorprendía si enumeraba todas las faltas cometidas por ella. Al parecer la habían repudiado por su comportamiento altamente deshonroso, y eso sólo podía significar que en breve perdería también su categoría en la sociedad londinense. Pasaría de estar en la Sociedad a la sociedad, en minúscula, es decir, que sería excluida de los círculos más selectos de ésta.

Se dirigió a la sala habilitada en el baile para que tanto los caballeros como alguna que otra atrevida dama disfrutaran jugando a las cartas o a algún que otro pasatiempo.

No le sorprendería encontrar a Marianne allí, aunque conservaba la esperanza de equivocarse.

Al entrar en dicha estancia divisó a Melbourne junto a Kerr, al parecer ambos mantenían una conversación separada del resto, mientras observaban a la mujer que era objeto del deseo de tantos hombres. Richard tuvo que hacer

un esfuerzo descomunal para no dirigirse a ellos y golpearlos, sobre todo a Melbourne, a quien tenía en alta estima debido a sus años trabajando juntos y a que fue el prometido de su hermana Rebeca.

No le gustaba saber que andaba cerca de Marianne, no, no le gustaba en absoluto.

Buscó ansioso, con la mirada, al objeto de su desvelo y, cuando la halló, le dolió. Mucho. Muchísimo. No le agradaba verla acicalada de forma tan... tan... Ni siquiera quería decir las palabras.

La encontró charlando animadamente con ese petimetre de Warwick, quien, al igual que él, pertenecía tanto a Brook's como a White's, por lo que solía encontrárselo con frecuencia en ambos lugares.

«Maldita fuera.»

Un dolor en las entrañas se apoderó de él cuando vio cómo el conde inclinaba la cabeza hacia la mujer que él quería, con demasiada familiaridad, como si tuviera algún derecho sobre ella o incluso como si su amistad hubiera traspasado ciertos límites que Richard no estaba dispuesto a aceptar, para adquirir ese grado de confianza y de intimidad.

Gruñó.

Empezaba a creer que todo lo que se decía sobre Marianne no eran simplemente cuentos malintencionados, chismes de viejas matronas.

«Soy un estúpido, porque me empeño en no ver la realidad ni teniéndola delante de mis narices.»

¿Para qué diablos había acudido en su busca? Tal vez porque tenía la esperanza de descubrir que ella no hacía todo aquello que se decía que hacía. Era un completo imbécil al vivir obsesionado por Marianne, cuando la muy artera actuaba de forma tan desleal hacia sus sentimientos.

Ni se lo pensó, ya estaba harto de toda aquella situación, cualquier remordimiento que pudiera tener respecto a lo que ocurrió en el baile que organizó la esposa de Penfried se esfumó en el instante en que Marianne inclinó la cabeza hacia el otro hombre, susurrándole algo que provocó en el conde de Warwick una reacción de interés que no se molestó en disimular.

Y que Richard comprendió.

Warwick ardía de deseo por ella.

«Otro estúpido que ha caído bajo su embrujo.»

Fue directo hacia el hombre con la intención de romperle todos los huesos de su aristocrático rostro. No iba a poner coto a su mal carácter. Esa noche partiría algún que otro tabique nasal de la nobleza.

Nadie hubiere sido capaz de pararlo en aquel momento.

\* \* \*

En el justo instante en que Marianne había comenzado a dejarle claro a lord Warwick que no tenía ninguna intención de relacionarse con él y que guardase su interés para una jovencita crédula e inocente, apareció ante sí un Richard con el rostro congestionado por la furia, en una actitud violenta más que censurable en un evento como aquél. En un momento Marianne estaba rechazando de la forma más educada posible las atenciones no deseadas del caballero y al siguiente era apartada con brusquedad de éste y el pobre hombre enviado de un fuerte puñetazo en el rostro hacia atrás en su incómodo asiento. Cayó de espaldas, todavía sentado en la silla, sin comprender lo que había ocurrido.

De inmediato se armó un revuelo en la sala, atrayendo la mirada curiosa de los allí presentes y del resto de invitados que se encontraban hasta ese instante en el salón de baile, algunos de los cuales cesaron la danza y asomaron sin disimulo la cabeza por la enorme puerta que unía ambas habitaciones con inusitado interés.

Entonces, Melbourne dejó su conversación con Kerr y acudió a intentar poner cordura ante aquella penosa situación, donde un Hastings fuera de sí intentaba volver a golpear a un Warwick que se había incorporado y exigía pelear para defender su honor. Por fortuna, consiguió convencer al admirador de la dama de que lo mejor era no armar más escándalo y dejar pasar aquella agresión, al menos por el momento, instando a lord Krastus y a sir Beltran a escoltarlo hasta otro lugar para evitar un nuevo altercado.

Se volvió hacia Hastings, que lo miraba con el cejo fruncido, desconfiado.

—Vamos, Richard —lo intentó calmar asiéndolo por el brazo y utilizando

su nombre de pila—, no provoques un escándalo mayor. Tranquilízate.

El aludido lo miró con encono; después de todo, Melbourne también andaba rondándola.

Marianne aún no podía creer lo que sucedía ante sus ojos.

¿Cómo había podido Richard actuar de esa forma delante de todos?

—Estoy empezando a cansarme de tu acoso —lo acusó sin poder contenerse, consiguiendo que las miradas de los dos hombres se volvieran hacia ella. Uno envenenado por los celos, el otro con una mirada de disculpa.

La gente los miraba sin entender muy bien lo que decían, aunque, desde luego, no resultaba difícil adivinarlo por la tensión que emanaba de sus cuerpos.

Marianne lo observó fingiendo una mirada de fastidio, mientras tomaba una copa de un licor con un extraño color verde que le ofreció un criado, la cual no se llevó a los labios, para luego ignorar a Richard. Estaba muy enfadada, mucho. ¿Cómo se atrevía? Siempre conseguía armar un alboroto cuando se veían, y ella era la que resultaba más perjudicada.

Estaba muy dolida.

Sí, eso era, ésa era la emoción principal de las que se apoderaban de ella cada vez que pensaba en Hastings: estaba verdaderamente dolida.

Apretando la copa con un gesto de furia que intentó que no se reflejara en su postura ni en su rostro mientras se levantaba de su asiento, pasó por su lado haciendo una inclinación de cabeza.

—Entonces compórtate como una dama —le dijo él sin alterarse lo más mínimo, recuperado el control una vez que Warwick estuvo fuera de su vista.

Esas palabras consiguieron hierirla hasta lo más profundo, no obstante, no claudicó, no iba a demostrar ante nadie lo que su desprecio provocaba en ella.

Unas terribles ganas de salir corriendo y echarse a llorar.

—Lo haré cuando tú dejes de perseguirme.

—No voy a alejarme de ti hasta que me asegure de que vuelves a casa. — La miró con algo parecido al odio y añadió—: Sola.

Marianne tuvo el impulso de verter la copa en su rostro de forma violenta por lo que acababa de insinuar delante de todos los presentes.

«¿Y si te dijera lo que está ocurriéndome? ¿Qué harías entonces?»

Lo miró dudando lo suficiente como para que Melbourne interviniera. Richard la estaba llevando al límite de sus fuerzas y había cosas que una mujer no podía aguantar.

—Hastings, creo que le debes una disculpa a la dama.

Richard no apartó su mirada de ella.

—No veo a ninguna dama —escupió con rabia.

Marianne aguantó las ganas de echarse a llorar ante dicha ofensa, sobre todo porque fue él quien se la lanzó.

«Ya no puedo seguir soportando esta situación, voy a hablar contigo en cuanto pueda.»

En ese momento Melbourne lo agarró por la chaqueta con la intención de obligarlo a calmarse, pero Richard lo miró y le propinó un fuerte empujón antes de salir de la sala en dirección a la contigua. Cuando vio a la muchedumbre mirarlo anonadada se avergonzó. A pesar de eso, no se arrepentía de lo que había hecho ni de lo que había dicho. Todos se lo merecían. Ella se lo merecía por hacerlo sufrir como lo hacía.

Volvió a maldecir y se mantuvo apartado, cerca de la puerta principal, esperando que Marianne saliera, para seguirla y asegurarse de que se marchaba a casa sola, como él le había ordenado que hiciera.

Tal como ella hizo.

## CAPÍTULO VII

—Milord, tiene una visita.

Richard no alzó la vista de los documentos que estaba revisando, ignorando a la joven criada. Se había levantado muy temprano esa mañana, a pesar de que trasnochó la noche anterior por culpa de esa casquivana. De no ser porque no había querido abandonar la fiesta de lady Dauderdale hasta que Marianne lo hiciera, habría descansado las horas suficientes y no hubiera acabado desvelado, mortificándose con lo que ella podría haber acabado haciendo si él no hubiera estado allí para velar por su buen nombre.

La muchacha carraspeó para llamar su atención y Richard se vio obligado a alzar su severa mirada hacia ella. La observó un segundo con gesto adusto, hasta que se dio cuenta.

—Lord Hastings, tiene...

No la dejó finalizar la frase.

—¿Quién es usted? —Su voz era dura.

Observó cómo la joven se encogía de puro terror.

—Yo... yo... soy... la nueva criada.

Richard la miró entornando los ojos.

—Resulta evidente, muchacha. Lo que le estoy preguntando es por qué es usted quien me interrumpe para anunciar una visita y no Thomas.

Richard era consciente de que estaba descargando parte de su explosivo carácter en aquella inocente, pero no pudo controlarse. ¿Acaso el servicio no sabía que sólo su mayordomo estaba autorizado a molestarlo para anunciarle alguna visita? ¿Es que ni siquiera bajo su techo podrían ser sus mandatos

obedecidos? ¿Es que su vida se había descontrolado tanto que ya no tenía autoridad ni en su propia casa ni sobre sus propios sirvientes?

Dio un golpe en la mesa, presa de la furia que había descubierto que no podía mantener bajo control desde el baile dado por aquella manipuladora de la esposa de Penfried.

—El... el señor Cabbot está resfriado —se explicó la chica, sin resuello, mientras mantenía la vista clavada en el suelo—, y la señora Mollins ha decidido que entre todos debemos hacernos cargo de sus deberes para que descanse y se recupere con prontitud.

—¿Enfermo? ¿Han llamado al médico? —preguntó en un tono más calmado y con cierta preocupación.

Thomas Cabbot ya era mayordomo de su familia cuando él aún no había nacido y era un ser muy apreciado, tanto por él como por su hermana Becky. Podría decirse que era lo más cercano a un padre que habían llegado a conocer, teniendo en cuenta que el suyo propio sólo había vivido para prodigarse placeres, armar escándalos y vivir despreocupadamente. Richard tuvo que hacerse cargo de las cuentas familiares y administrar las propiedades desde muy joven, debido al estado en que sus finanzas se encontraban. Incluso tuvo que hacerse cargo de cuidar a su hermana Becky. Ésta, a los ojos de la sociedad, sólo era la hija de la segunda esposa de su padre, con la cual acabó casándose inmediatamente después de matar al marido en un duelo, pero la cruda realidad era que se trataba de su hija natural con dicha dama y, por ende, su hermana pequeña. Bastarda, pero hermana.

Y Thomas siempre había estado allí, al tanto de todo, cuidándolos y velando por ellos. Era mucho más que un mayordomo. ¿Y estaba enfermo y él no lo sabía?

—Ssssí, milord.

Richard exhaló un prolongado suspiro y volvió a mirar a la muchacha con cara de pocos amigos.

—¿No es usted muy joven para encargarse de la tarea de anunciarme las visitas?

En realidad, le estaba diciendo que no le gustaba que se encargara de

dicho menester. ¿Qué edad podría tener? ¿Quince años?

Vio que a ésta empezaban a humedecerse los ojos, por lo que temió que fuera a echarse a llorar de un momento a otro.

—Milord, le diré a la señora Mollins que prefiere que sea otra persona quien lo haga.

La joven no acabó llorando, hecho que lo sorprendió y le agradó.

—Por ahora está bien, ya hablaré yo con el ama de llaves.

En realidad, el tema de las visitas era una excusa para regañar a alguien, porque estaba enfadado desde hacía varios días.

—Entonces, ¿recibirá a lady Marianne?

La pregunta logró captar toda su atención. ¿Cómo que Marianne? Apretó con fuerza la mandíbula y respiró pausadamente una, dos, tres veces.

Al cabo de un momento asintió.

—La recibiré.

\* \* \*

Richard se mantuvo en su asiento tras el enorme escritorio de roble, aparentemente relajado, clavando la mirada en la espectacular figura de la mujer que acababa de aparecer ante él. Había tenido tiempo suficiente para controlar la ira que lo engullía a causa de los acontecimientos de la noche anterior, los cuales estuvieron a punto de hacerle provocar una pelea en mitad del salón de baile de lady Dauderdale que ni las riñas más sonadas de los muelles de Londres hubieran podido emular. Así pues, en esos momentos mostraba la imagen de dignidad y desapego característica de los de su clase, que en realidad estaba muy lejos de sentir.

—Richard —lo saludó Marianne con rigidez.

Él se repantigó en el sillón y la miró con detenimiento, pausadamente, analizando su atuendo, consiguiendo que con ese minucioso escrutinio el corazón de la mujer, para desasosiego de ésta, se desbocara.

Marianne estaba segura de que seguía enfadado por lo ocurrido en la fiesta.

—Tía —le devolvió el saludo él con una sonrisa burlona.

—Al parecer tus exquisitos modales han debido de sufrir un contratiempo —le recriminó dolida.

Una cosa era asumir que muchos de los caballeros que antes la trataban con respeto habían pasado a intentar relacionarse con ella como si no mereciera ninguna consideración; otra muy distinta que lo hiciera él.

—Supongo que tu crítica estará debidamente fundada —la desafió.

Ambos eran conscientes de que el hecho de que hubiese permanecido sentado cuando ella entró en la estancia podría ser considerado motivo suficiente para que un hombre fuera tildado de descortés o maleducado.

Marianne alzó una de sus perfectamente esculpidas cejas oscuras.

—¿En serio tienes que preguntarlo?

—Acepto que si hubiera traspasado esa puerta alguna dama y yo me hubiese quedado sentado —la miró entrecerrando los ojos—, hubiera sido descortés.

Ella sintió su insulto como una bofetada.

Y le dolió.

Mucho.

Aún más porque aquel hombre había sido, y era, el dueño de su corazón y con el que su cuerpo ardía en deseos de conocer el placer que sin duda debían de experimentar los amantes.

«Amantes.»

Lo que ellos no serían jamás, estando como estaban las cosas entre los dos.

Decidió ignorar sus palabras.

—No he venido aquí para tener un enfrentamiento contigo.

«Pues me quedan muchos más como éste, puesto que he decidido convertirme en una mala mujer.»

Él la miró con sorna.

—Por supuesto, no has venido a eso, teniendo en cuenta cómo te comportas y siendo conocedora de cómo aborrezco los escándalos y cómo he tratado siempre de evitarlos.

Marianne estuvo segura de que no iba a ser fácil, es más, estuvo segura de que no iba a creerla.

—Créeme, no se trata de eso. No hago esto por molestarte.

—Pues tienes una forma bastante peculiar de no hacerlo.

—Sabes que conozco de primera mano lo que significa para ti mantener tu título al margen de cualquier chisme, de cualquier conducta que pueda dar lugar a murmuraciones sobre ti o tu familia.

Él la miró con fiereza.

—Eres parte de mi familia —le recordó—, tu conducta nos afecta, lo quieras o no.

—Pero es un daño menor, sólo soy la viuda de tu tío.

Aquello había sido un dardo directo hacia su corazón, puesto que fue ella quien con su necio comportamiento anuló cualquier posibilidad de un futuro entre ellos. Lo hizo cinco años atrás y lo estaba volviendo a hacer ahora. Y Richard sangraba aún por esa herida, puesto que la amaba con desesperación.

En aquel instante la odió por traer a colación recuerdos tan dolorosos.

Y deseó echarla de su casa y no volver a verla jamás.

Y también deseó levantarse de su asiento, tomarla por la cintura, levantarle el bajo del vestido y penetrarla con toda la pasión que llevaba años guardando para sí. Tal vez así desapareciera, de una vez por todas, aquella obsesión que sentía por ella.

—No lo he olvidado un solo minuto en estos malditos cinco años.

Marianne contuvo un gemido.

«Yo tampoco.»

—Es de mí y del apellido de mis padres del que se burlan, no del tuyo.

Richard estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener la calma.

¿Acaso creía que en ese momento era de sus apellidos de lo que quería hablar?

—Marianne —la miró a los ojos con detenimiento—, ¿qué quieres? ¿Justificar acaso tu desvergonzado comportamiento? Desconocía que esperabas ansiosa que mi tío muriera para entregarte a los placeres de este mundo.

La estudió como un lobo estudia a su presa. Como una pantera, como bien lo había definido Clare. Observó su pronunciado escote, del que

sobresalían aquellos exuberantes montículos color crema salpicados por unas tentadoras pecas, el corte del vestido, adaptándose de la forma justa a su estrecho talle, el seductor recogido de su cabello... ¡Maldición! ¡Condenada mujer! No le bastaba con pasearse recién enviudada por todos los salones de baile de las casas más importantes de la aristocracia esa Temporada, sino que, además, se arreglaba de forma escandalosa, pidiendo a gritos llamar la atención de los caballeros, y la de los que no lo eran tanto, en busca de una aventura.

—No tienes por qué ser tan grosero.

—Y tú no tienes por qué venir a restregarme en mi propia cara que has decidido hacer tu vida de forma tan evidente. Has resultado ser toda una decepción para mí.

Esas palabras sí que le dolieron, la destrozaron de verdad, las sintió como cuchillos clavándose en su corazón.

«No me voy a dejar avasallar por ti, tienes que escucharme.»

—Mi *inusual* comportamiento tiene una explicación.

—¿Realmente me crees un estúpido? ¿De verdad me tienes en tan baja estima? —La miró furioso y se levantó de un salto, cual depredador, perdiendo por completo la paciencia, llegando en un santiamén justo frente a ella, colocándole una mano a cada lado de la cabeza a la vez que se inclinaba, mirándola con aquellos ojos de cazador con los que lo había pillado observándola en más de una ocasión durante sus visitas a la casa familiar cuando acompañaba a Rodolfo. Aquellos ojos que le hacían el amor a distancia, que la desnudaban cuando la miraban.

Los mismos que ahora destellaban de furia.

—Tienes que escucharme, por favor —le suplicó ella.

Intentaba aparentar serenidad, una serenidad de la que sabía que carecía cuando estaba junto a ese hombre tan correcto, tan frío, tan... aristocrático, que en aquellos instantes parecía una fiera herida.

—¿Debe preocuparme entonces lo que tienes que decirme? Después de todo, eres proclive a comportamientos inapropiados —dijo, mirándola con impudicia, deteniéndose deliberadamente en su pronunciado escote para luego bajar la vista hasta el lugar donde se unían sus bien torneadas piernas,

algo perceptible gracias a la caída del vestido de seda que llevaba.

—Richard... —suplicó, sintiendo que se derretía ante su cercanía, y eso que ni siquiera la tocaba.

Richard ardía y a duras penas podía disimularlo. Odiaba ser testigo de cómo aquella maldita mujer, a la que amaba y deseaba con desesperación, se estaba convirtiendo en una seductora. Una viuda joven y hermosa en busca de placeres, que había obviado el hecho de que él estaba ahí, esperando que transcurriera un tiempo prudencial tras la muerte de su tío para ir tras ella y pedirle poder formalizar lo que creía ingenuamente que ambos compartían, un amor más fuerte que cualquier otra cosa. Se odió por ser tan inocente. Y, entretanto, Marianne acudía a fiestas y se comportaba de manera escandalosa con un grupo de personas que se caracterizaban por organizar bacanales y orgías y cuyos gustos eran más bien sádicos. Un grupo de personas con las que él no tenía nada en común y a las que se había visto arrastrado a tratar por no ser capaz de permitir que ella se lanzara a ese mundo de forma tan directa.

Odiaba el hecho de que Marianne tuviera ese poder sobre él.

—Richard, ¿qué? —Se le acercó un poco más y pegó su entrepierna a la de ella, obligándola a sentir su henchida masculinidad. Posó sus labios sobre la delicada oreja femenina, envolviéndola con su cuerpo debido a su estatura y corpulencia—. Richard, ¿fóllame? —Le lamió el lóbulo de la oreja—. Richard, ¿quiero ser tu amante? —Le colocó una mano directamente sobre el pecho, apretujándose, masajeándose sin delicadeza alguna, consiguiendo que Marianne se deshiciera por completo por el deseo insatisfecho de tantas noches de soñar con él—. Richard, ¿anoche no encontré a ningún petimetre en ese ridículo grupo que colmara mis expectativas y vengo a buscar sensaciones más fuertes, porque sé que tú no te negarás a satisfacerme?

La levantó sobre él con una mano, obligándola a agarrarse a sus hombros, mientras con la otra seguía presionando su pecho de forma dolorosa, ardorosa. Richard sólo era consciente de una cosa: iba a poseerla en ese mismo instante. De una vez por todas, sin preámbulos, sin nada de romanticismo, como una bestia salvaje que embiste a su hembra. Como cualquier hombre que simplemente pretende satisfacerse. ¡Por todos los

infiernos que iba a ser suya en ese momento, en aquel despacho!

En cuanto las palabras del hombre se abrieron paso entre los pensamientos de Marianne, ésta reaccionó. Justo en el momento en que Richard le estaba subiendo el bajo del vestido. Le dio una patada en la espinilla consiguiendo que la soltara lanzando un juramento, mirándola con rabia.

Al momento lo abofeteó.

Él intentó tomarla de nuevo, pero se contuvo al ver la mirada de decepción y reproche en los ojos de ella.

—Quédate tranquilo, sobrino —dijo para molestarlo—, no volveré a venir aquí en busca de ayuda, sabré resolver mis asuntos por mi cuenta. Así sea perdiendo mi alma por el camino.

Se volvió, dándole la espalda, mientras se arreglaba el peinado y la ropa y se marchaba con paso airoso de la estancia, en dirección a la puerta de salida sin mirar atrás.

Richard se calmó de inmediato.

La expresión de Marianne había hecho que volviera a la realidad y que desapareciera su endiablado carácter, sus ansias de lastimarla. Su deseo enfebrecido de poseerla de aquella forma. Todo se fue con la misma rapidez con que había aparecido. ¿Qué es lo que había ocurrido? ¿De verdad le había dicho todas aquellas cosas a la mujer que amaba? ¿De verdad se había dejado dominar por sus instintos y la había tratado tan vilmente? Se mesó el espeso cabello con impotencia.

Incrédulo.

«¿Qué me está pasando?»

Miró de nuevo la puerta por la que se había marchado Marianne y soltó un taco.

¡Diantres!

¿Dónde había ido a parar su inestimable autocontrol?

—Marianne, ¿qué me estás haciendo?

Raudo, miró la enorme ventana de su despacho y se acercó a ella con la intención de abrirla y llamarla a gritos para que volviera. Sin embargo, las palabras pronunciadas por la mujer se abrieron paso a través de su mente

obnubilada por el deseo, y detuvieron cualquier estupidez que estuviera a punto de cometer. Sentándose sobre la enorme mesa de escritorio cerró los ojos un instante, intentando comprender qué había ocurrido, pero sobre todo qué la había impulsado a ir a buscarlo después de la escena de la noche anterior en casa de los Dauderdale, donde se comportó como un desquiciado.

—¿Qué pretendes de mí, Marianne? —murmuró desesperado.

Tendría que utilizar los medios de los que disponía para saber en qué se estaba metiendo la mujer y qué clase de ayuda era la que necesitaba. Porque le había dicho algo de que necesitaba ayuda, ¿verdad? Después de todo, había intentado pedir su auxilio, aunque un mentecato como él no se lo había permitido.

«Sí, y también ha dicho que nunca me lo volverá a pedir.»

—¡Thomas! ¡Thomas! —bramó.

De inmediato apareció de nuevo aquella criada que lo había molestado anteriormente y recordó que Thomas no estaba.

—¿Milord? —preguntó con cautela.

Richard estuvo seguro de que había estado espiando y que conocía de primera mano lo que él y su tía política se habían dicho en el despacho.

La miró con cara de pocos amigos, recordando la enfermedad de su mayordomo.

—Tú me servirás. Necesito que lleves un mensaje a una persona con la máxima discreción.

La muchacha asintió y Richard le dio la misiva.

—Enseguida, milord.

—Un momento —la llamó—, ¿sabes leer?

Tuvo el presentimiento de que en cuanto el mensaje estuviera en sus manos lo devoraría para enterarse del último chisme.

La chica se ruborizó al darse cuenta de lo que significaban las palabras del conde y negó con la cabeza de forma exagerada.

Él la estudió unos segundos y la dejó ir.

«Estoy volviéndome loco viendo fantasmas donde no los hay, ¿qué me importa la opinión de una sirvienta?»

## CAPÍTULO VIII

—¿Marianne, va todo bien?

Rebeca, hermana del conde de Hastings, o, lo que era lo mismo, Richard, el hombre al que amaba Marianne, estaba un poco preocupada por su amiga desde el baile que Clare organizó en su honor. La actual lady Aberry nunca habría esperado que la sobria, amable y recatada esposa de su tío Rodolfo, se convirtiera en realidad en una mujer, por llamarlo de alguna forma, frívola. Mucho menos le gustaba cómo la llamaban a sus espaldas: lady Escándalo, y por ello había decidido no asistir a varias invitaciones a tomar el té, de las recibidas en los últimos días. Quería mucho a su tía como para estar sentada sin alterarse, escuchando los comentarios malintencionados de muchas mujeres de su círculo social. Clare era quien acudía a dichos eventos con el encargo de Becky de enterarse de todo cuanto pudiera, para así poder descubrir qué era lo que realmente estaba ocurriendo con la mujer, porque ese repentino cambio en su conducta no era normal. Aquello no encajaba. El carácter dulce de su amiga no cuadraba con la imagen que se había forjado en los últimos bailes a los que había asistido y en los cuales se la había visto acompañada de personas poco recomendables, como el marqués de Lothian.

No, Marianne no era ese tipo de mujer. Y se negaba a creer que lo fuera, por muy incomprensible que resultase su comportamiento. A pesar de lo que ella sabía y que nunca revelaría, era una mujer decente.

Su amiga Clare siempre había mantenido que entre Marianne y su hermano Richard había algo más que una relación de parentesco, y estaba empeñada en afirmar que entre los dos había un vínculo íntimo; y si aún no lo

había, sólo con ser testigo de la forma tan evidente en que se devoraban con los ojos, lo habría muy pronto. Incluso delante del difunto esposo de la susodicha saltaba a la vista dicha atracción, resultando a veces incómoda para ella cuando estaba presente.

Rebeca siempre intentó quitarle a Clare esas ideas de la cabeza, argumentando que su hermano era tan estricto en su honorable comportamiento que nunca se rebajaría a mantener una relación con una mujer casada, mucho menos con la propia esposa de su tío, por mucho que detestara al otro hombre. Aunque de poco le sirvieron sus intentos de hacerla cambiar de opinión, porque, conociendo el carácter metomentado de la futura condesa, no se sorprendió que fuera la propia Clare la encargada de organizar aquel inesperado baile en honor de su tía política y conseguir escandalizar con ello a toda la alta nobleza. Su amiga era plenamente consciente de que nadie osaría faltar al evento con el fin de ser testigos en primera persona del nuevo acontecimiento. No era moco de pavo que la viuda del momento no hubiera guardado siquiera al menos seis meses de luto por su marido antes de presentarse de nuevo en sociedad, con ganas de participar en la Temporada, y que lo hiciera de forma tan activa y con tal entusiasmo.

Por su parte, Becky había sido testigo indiscreto, junto con Aberry, su actual marido, en un momento en que su relación no marchaba en absoluto, de un encuentro furtivo entre su tía y su hermano en la enorme biblioteca de la casa condal de Londres. Hecho este que ninguno mencionó jamás, actuando como si aquel encuentro no se hubiera producido, guardando una absoluta discreción respecto a lo que presenciaron. No obstante, Rebeca sí que observó con más detenimiento la conducta de su intachable hermano desde esa noche, para quien el qué dirán, la respetabilidad y el buen nombre eran tan preciados. Fue por eso por lo que se percató de que cuando Richard se encontraba en presencia de Marianne, la atracción existente entre ellos se hacía difícil de disimular. Compadecía a su amado hermano, y sentía una pena enorme porque Marianne estuviera casada con su detestable tío Rodolfo. El cual, por cierto, intentó asesinar a su hermano días antes de morir.

Y pensar que creyó que con Rodolfo fuera de escena aquellos dos seres a los que tanto amaba podrían ser felices.

Estaba segura de que algo anormal ocurría, aunque no supiera el qué; afortunadamente tenía de su parte a Clare, que era una experta en organizar ardides.

—Desde luego. —Marianne tomó su tacita de té y se la llevó a los labios, esbozando una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Estoy todo lo bien que se puede estar, teniendo en cuenta que acabo de enviudar.

Miró a su querida Becky de forma enigmática, ¿qué estaría pasando por su fantasiosa cabecita?

—Es que me sorprende un poco... todo lo que está pasando.

La pelirroja desconocía cómo podía tocar un tema tan delicado sin que Marianne se sintiera incómoda y ésta se dio cuenta, por lo que sonrió cuando la vio colocarse bien sus anteojos, sin los cuales era una completa cegata. «Mejor, Becky se andará por las ramas y yo podré ser evasiva en mis respuestas.» Odiaba no tener con quien desahogarse y un hombro en el que llorar ante la situación que se veía obligada a soportar.

—Pues no debería —le aconsejó—. Hay ciertas cosas que deben aceptarse como vienen. La vida no es fácil para nosotras las mujeres —dijo eso último sin pensar. Así que cuando se percató de ello, inspiró con fuerza.

—Marianne —continuó Becky, volviendo a colocarse bien sus lentes y mirándola con seriedad—, no quiero decir que mi tío fuera de mi agrado, teniendo en cuenta cómo actuó ante mi secuestro y cómo intentó involucrar a mi esposo en un chantaje y todo lo que vino después, y entiendo que no le debas ningún respeto, en cierta forma ninguno de nosotros se lo debe, pero creo que, bueno, pienso que... ¿estás segura de que no deberías guardar luto por él al menos un tiempo? Las murmuraciones...

La aludida decidió ignorar el comentario sobre su poco adecuado comportamiento. Ciertamente Rebeca era muy dulce, y sólo unos años menor que ella, sin embargo, también resultaba de lo más inocente, a pesar de estar casada con ese sinvergüenza de Aberry.

—Con todo lo que vino después, te refieres a que intentara asesinar a Richard, ¿verdad? —Miró a Becky con seriedad. Habían intentado ocultarle ese dato sobre los acontecimientos ocurridos el día del secuestro. Simplemente le dijeron que Rodolfo había resultado herido, pero no cómo

fue que acabó medio muerto en el hospital, para acabar sufriendo un infarto días después.

—Lo sabes —murmuró abatida la pelirroja, con los hombros caídos.

—Un poco difícil mantenerme en la ignorancia, cuando Clare también era conocedora de dicho suceso.

Rebeca abrió desmesuradamente sus enormes ojos celestes y luego rezongó:

—Por supuesto, no sé cómo no se me ocurrió pensar que acudiría a contártelo todo en cuanto tuviera ocasión de hacerlo.

—Más bien —sonrió Marianne— acudió a mí intentando convencerme de que debería hacerme cargo en persona de las heridas de tu hermano, teniendo en cuenta que fue mi esposo quien atentó contra su vida.

—¿Intentó obligarte a cuidar a Richard haciéndote responsable de lo que hizo mi tío? —Quería mucho a su amiga, pero a veces, en ocasiones como aquélla, la mataría lentamente. Le había advertido cientos de veces que no se metiera entre Richard y Marianne.

En aquel momento deseó poder retorcerle el cuello a Clare, famosa por sus intrigas para cambiar la vida de los demás, con independencia de lo que éstos desearan. Y lo hacía a pesar de las amenazas de su marido de que mantuviera apartadas sus perversas maquinaciones de sus amigos.

Su hermano Richard era uno de esos amigos.

Gruñó.

«Sí, uno de los que Clare no podía mantenerse apartada, visto lo visto.»

—Digamos que intentó convencerme de que debía hacer lo correcto.

Y vaya si lo intentó, recordó. Le dio mil y un argumentos para que acudiera a velar por el estado de salud de Richard, aun cuando ella acababa de enterrar a su marido, hasta que, finalmente, acabó revelándole el verdadero motivo de la convalecencia del hombre. Fue entonces cuando Marianne decidió que no podía acudir a su encuentro, en vista de la vergüenza que sentía por lo que había hecho Rodolfo. ¿Cómo mirar a la cara a todas aquellas personas a las que amaba, a sabiendas de lo que su esposo les hizo? Por lo que esperó a que Hastings se recuperase y acudiese a visitarla. Y así se quedó, esperando, hasta que apareció en su puerta Melbourne con su

escandalosa propuesta.

En ese instante, el mayordomo anunció la visita de lady Clare, curiosamente la persona de la que estaban hablando. Por lo visto, ésta tenía un olfato especial para aparecer en el momento menos oportuno.

—¡Jum, jum! —exclamó de forma teatral al entrar en la pequeña estancia—. Estoy agotada, he venido para tu casa en cuanto me he enterado de que Rebeca estaba aquí. ¿Cómo habéis sido capaces de quedar a mis espaldas? De verdad espero que no estéis planeando nada sin contar conmigo. Sería decepcionante.

Sin miramiento alguno, procedió a tomar asiento en la salita de té de la casa de Marianne, donde ésta se encontraba merendando en compañía de su sobrina Rebeca.

—Sólo comentábamos cómo le aconsejaste a Marianne que acudiera a cuidar de Richard cuando mi tío apenas estaba siendo velado. —La pelirroja la miró con inquina, alzando sus finas cejas por encima de los cristales de sus anteojos—. De haberlo hecho los rumores la habrían destrozado, puesto que nadie sabe lo que realmente ocurrió. Y había que guardar las apariencias.

Marianne las observaba sonriente, aquel par eran realmente encantadoras.

Clare, famosa por su angelical belleza, que solía utilizar arteramente para salirse siempre con la suya, excepto con su marido, que le tenía tomada la medida y no accedía a sus maquinaciones, no tuvo ni siquiera la decencia de sonrojarse.

—Simplemente se lo sugerí —le dijo a su amiga, evitando mirar a Marianne—. Tu tía es lo bastante inteligente como para saber lo que más le conviene. ¿No es cierto, querida?

Marianne la miró escandalizada y tuvo ganas de echarse a reír a carcajadas.

«¿Y yo soy la descarada?»

—Pues entonces debí malinterpretarte —señaló incrédula.

—Obviamente —apostilló la pelirroja con ironía—, todos solemos malinterpretar tus perversas intenciones.

—No tenía ninguna intención, mucho menos perversa, no seáis dramáticas —se excusó Clare, mientras ella misma se servía una taza de té—.

Sólo trataba de hacerte pasar unas horas cerca de ese estirado de Richard para comprobar si al estar contigo se le acaba endulzando el carácter. —Detuvo lo que estaba haciendo y le lanzó una mirada altanera a Becky—. Y no me mires así. Tu hermano es un déspota. Y aún no le perdono que me tuviera prohibida la entrada a tu casa cuando vivías con él, alegando que yo era una mala influencia para ti.

—Teniendo en cuenta que acabamos en un burdel por tus disparates —la atacó la otra ante la mirada divertida de la propietaria de la mansión—, no sé si es cuestionable la decisión de mi hermano.

Clare la miró mientras se metía un pastelito de crema en la boca, para luego proseguir con sus argumentos.

—Podemos refrescarnos la memoria mutuamente sobre lo que ocurrió esa noche en la cocina de esta misma casa con un desconocido.

Becky abrió la boca para decir alguna barbaridad, por lo que Marianne tuvo que intervenir.

—Señoras, por favor, compórtense, que son mujeres casadas —las llamó al orden a las dos. No había forma humana de conseguir que Rebeca y Clare cambiaran su forma de ser la una con la otra, para desesperación de sus esposos y divertimento del resto—. Ahora, creo que será mejor que cambiemos de tema. ¿Tenéis pensado acudir a la velada en casa de lord Bernabé?

Rebeca la miró con una interrogación en los ojos.

—¿También acudirás a esa fiesta?

Marianne creyó leer algo de censura en su mirada, pero lo descartó.

—En realidad no lo tengo decidido, supongo que me vendría bien la distracción —dijo como al descuido.

No debería haber sacado ese tema, porque ahora sería Clare, que no tenía pelos en la lengua, la que la haría partícipe sin atisbo de vergüenza de lo que todos pensaban de ella.

—Siguiendo con mi teoría de que Richard está enamorado de ti hasta los mismísimos tuétanos —le soltó la susodicha a la exuberante viuda—, no creo prudente tentar a la suerte acudiendo a una fiesta más. Lo has llevado más allá de lo soportable para alguien como él. —La miró complacida—. Creo

que lo tienes fuera de sí y lo de tu apodo no te ayudará a atraparlo.

No le hizo gracia que le recordara cómo la llamaban a sus espaldas, bueno, en realidad lo hacían delante de ella, creyendo que no sabía a quién se estaban refiriendo cuando hablaban de lady Escándalo. Al menos las dos mujeres que se encontraban allí en ese momento no le desearían nunca ningún mal ni harían ningún comentario hiriente hacia ella en su presencia.

—Muérdete la lengua, Clare —la reprendió Rebeca—, estás hablando de mi hermano.

—Por ese motivo —se explicó ante la mirada divertida de Marianne—, y aunque en un primer momento consideré acertado tu plan de no guardar un riguroso período de duelo por la muerte de ese asqueroso que tenías por marido —le dirigió una disculpa con los ojos—, consentí en ayudarte a organizar ese baile en tu honor...

—Lo cual te agradezco enormemente —la interrumpió Marianne, intentando hacerla desviarse del tema.

—... Pienso..., más bien estoy convencida de que no sería muy conveniente azuzar a la pantera.

«Nadie conseguirá nunca desviarla de un objetivo cuando se lo ha señalado», pensó Marianne. Y le hacía mucha gracia ese calificativo que solía utilizar para hablar de Richard.

—¿Cuando hablas de pantera te refieres a Richard?

—Por supuesto, ahora se lo merece más que nunca, después de ver cómo te acechaba en mi baile y teniendo en cuenta su forma de moverse y esos ojos de acero que parecían brillar de indignación esa noche...

—¡Basta! No quiero seguir escuchando —protestó Rebeca, tapándose los oídos.

Marianne se consoló pensando que era embriagador que alguien le expusiera tan abiertamente el comportamiento de Richard desde que ella había decidido llevar a cabo su plan, convirtiéndose en una casquivana.

—Estoy más que convencida de que está interesado en ti, muy interesado. —Clare acompañó el comentario con una mueca para darle más dramatismo a su teoría—. Aunque déjame decirte que, si no fuiste a cuidarlo por temor a las murmuraciones, no entiendo lo que estás haciendo ahora.

La viuda por poco se atraganta con el té. En verdad que Clare era peligrosa, demasiado astuta.

—Marianne, por favor, tápale la boca de una vez o dame algo fuerte de beber para que pueda olvidarme de que esto está pasando. ¡Córcholis! Me siento totalmente desleal hacia mi hermano permaneciendo aquí sentada, mientras esta loca chismorrea sobre él.

La viuda la miró desconcertada.

—¿De verdad quieres beber algo? —le preguntó a Rebeca.

La pelirroja asintió.

—Y que sea fuerte.

—Podríamos celebrar que por fin el conde de Hastings ha tirado por la borda su actitud regia y totalmente controlada para comportarse como un... como un....

—Ni se te ocurra decirlo —la amenazó Becky.

Clare accedió de malos modos.

—En fin —continuó—, lo que a mí me gustaría saber es qué tienes planeado hacer para que caiga rendido a tus pies.

En ese momento Marianne la miró abriendo mucho los ojos, porque precisamente ésas eran las mismas palabras que sir Melbourne le había escrito en un mensaje que le había hecho llegar minutos antes de la aparición de Rebeca en su casa, acompañado de una invitación exclusiva a una de esas secretas reuniones privadas donde todo estaba permitido. Y cuando decía todo, se refería a cualquier cosa de índole íntima. Sensual.

Marianne las miró apretando la tarjeta que guardaba en el bolsillo de su falda.

«Es imposible que lo sepa.»

Ni siquiera la esposa de Penfried podría averiguar eso.

—De verdad que necesito algo fuerte para evitar seguir escuchando a esta demente —se lamentó Becky, haciéndola volver a la realidad.

—La aludida resolvió tu problema con Aberry en un plis —protestó Clare.

—No me digas.

—Yo también quiero una bebida fuerte, estoy harta de ir a aburridas

reuniones para tomar té y cotillear de todo el mundo. —Clare miró con intención a Rebeca, puesto que iba a esas reuniones a petición suya—. Por cierto, no has respondido a mi pregunta. ¿Qué piensas hacer?

Marianne las miró sin saber que decir.

«Me rindo, no puedo con ella.»

—Por lo pronto —se limitó a decir—, voy a llenar tres vasos de ese excelente whisky escocés que mi difunto marido guardaba como oro en paño.

Y así pasaron la tarde, hasta que acabaron con la botella de whisky y tanto la marquesa como la futura condesa se marcharon completamente ebrias, cada una a su hogar en su propio vehículo, y Marianne no tuvo que dar más explicaciones sobre lo que haría con respecto a Richard.

—Nada, hip —se dijo cuando se quedó sola—, no pienso hacer nada, porque ese estúpido no merece que haga nada para acercarme a él después de sus desprecios, sin siquiera pararse a preguntarme por qué hago lo que hago.

Se levantó de su asiento tan rápido que se mareó.

—Hip, hip, hip. Es más fácil para él creer lo peor de mí. Es un completo imbécil. —Volvió a sentarse de malas formas—. Sí, eso es lo que es, ji, ji, ji, ji, ji, ji, un tonto. —Se miró con pesar el vestido desarreglado—. Y más estúpida soy yo que lo amo como una desquiciada.

Empezó a rebuscar en el bolsillo de su falda, pero luego de varios intentos se dio por vencida al no encontrar lo que ansiaba.

¿Cómo que no lo encontraba?

De repente se incorporó asustada.

¡Dios, no podía haber perdido la invitación!

Buscó con los ojos por toda la habitación hasta que vio perfectamente doblados los dichosos papelitos en el pequeño aparador.

—Estáis ahí —se tranquilizó.

«Estoy bebida, mucho.»

Así que, al menos esa noche, adiós a la velada en casa de lord Bamba, o era Banterck; no lo podía recordar.

«Necesito descansar, mañana será otro día.

»Sí, mañana tendré que hacer lo que sea necesario para cumplir mi misión, y será mañana cuando habré perdido para siempre a Richard, porque

nunca me lo perdonará si llega a enterarse.»

Finalmente había conseguido una invitación del marqués de Lothian.

—Hip, hip, hip, tendrías que haberme escuchado —le dijo al aire—. Se supone que me amas —gimió—. Hip, hip, como yo a ti, maldito imbécil.

Y allí se quedó dormida, roncando hasta la mañana siguiente, puesto que ninguno de sus criados se atrevió a despertarla.

## CAPÍTULO IX

Cogió la nota de nuevo y la releyó.

¿Acaso aquello era una broma? Marianne no sería capaz de hacerlo. Ni hablar. Por muy loca que se hubiera vuelto no se destruiría de manera consciente de esa forma. Si alguien llegara a descubrir lo que iba a hacer... No quería ni pensarlo; sería un suicidio social. Acabaría relegada a ambientes nada decentes.

—Me niego a creer que seas tan inconsciente y frívola como pretendes fingir —masculló, mientras guardaba aquel anónimo en el primer cajón de su escritorio, junto con las invitaciones a los bailes en los que habían coincidido desde su viudez.

¿O tal vez, en realidad, no la conocía y sí que lo era? Aquello resultaba perturbador. Y dolía, vaya si dolía. Resultaba agónico ser consciente de que la mujer a la que amaba anteponía asistir a ese tipo de eventos, totalmente censurables, a lo que él pudiera pensar de ella. Se pasó la mano por el espeso cabello castaño con frustración.

Miró de nuevo el cajón en el que había guardado el mensaje.

¿De quién sería esa maldita misiva?

Sin duda alguna la había escrito una mujer, teniendo en cuenta la caligrafía redondeada y elegante. Pero ¿de quién podría tratarse? ¿Quién estaría al tanto de aquella velada, si no era uno de los asistentes a la misma? No es que ese tipo de reuniones fueran de conocimiento público y no era invitado cualquiera a participar en ellas. Su organizador, el marqués de Lothian, el afamado y peligroso lord Kerr, era un crápula de cuidado, y

alguien con muy pocos escrúpulos, según tenía entendido Richard. Se comentaba que nunca se había casado por su empeño en llevarle la contraria a su progenitor, el difunto marqués, con quien mantuvo una relación un tanto extraña, puesto que nunca se dirigieron la palabra en público y jamás se los vio acudir ni abandonar juntos ningún evento social. Muchos decían que Kerr era un hombre peligroso, cuya inmensa fortuna estaba vinculada a negocios nada claros.

¿Y Marianne pensaba ir a una de las orgías que ese bellaco organizaba? Dio un golpe encima de la mesa con el puño cerrado, tan fuerte que casi creyó haberse roto los nudillos que la noche anterior no había conseguido estrellar contra la cara de Melbourne.

—Por encima de mi cadáver.

A continuación, gritó a pleno pulmón mientras salía presuroso de su despacho, llamando histérico a la joven criada de la que no terminaba de fiarse. Llevaría otro mensaje. El anterior había sido para ponerse en contacto con un amigo que tenía en el ministerio. Si había algo que debiera saber, pero que no era de conocimiento público, él se lo haría llegar, claro que, después, ese favor tendría que retribuirlo con creces, como siempre. Así fue como empezó a trabajar para ellos, hasta que decidió dejarlo, poco después del secuestro de Becky, aunque aún no se lo había comunicado a Howard.

«Sir Howard Melbourne.»

A él había sido a quien le había pedido información acerca de si Marianne se encontraba en dificultades, pero el muy imbécil no había respondido a su requerimiento; seguramente seguiría molesto con él por lo de la fiesta en casa de Dauderdale.

Perfecto, se dijo, entonces cambiaría de informador, por fortuna no le faltaban amigos en el ministerio.

El mensaje que les haría llegar ahora sería para indicarles que la información que precisaba le corría prisa. Mucha prisa. Entretanto, acudiría a la misma fiesta a la que se esperaba que acudiera aquella endiablada mujer, y por todos los infiernos que mejor que no la encontrase allí, porque no sabía de lo que sería capaz.

—¡Que me aspen! Estoy muerto de celos.

\* \* \*

El hombre miró la misiva, leyéndola con incredulidad. Así que esa noche Richard acudiría a la fiesta del marqués.

«¡Menudo hipócrita!»

Durante años, Richard lo había sermoneado dándole lecciones de moralidad, a pesar de ser él más mayor. Había tenido que aguantar sus reprimendas motivadas por sus deudas de juego, así como las contraídas por mantener a sus amantes, y le había dado una asignación miserable, a cuentagotas. ¿Y ahora resultaba que tenía acceso al selecto círculo de amistades de Kerr? En su siniestro rostro se dibujó una sonrisa, confiriéndole un aspecto amenazador.

Pues bien, que así fuera. Deseándole que disfrutase de la velada, alzó su copa para brindar por la muerte del otro. Si antes no había tenido éxito se debía a esa torpe muchacha. Cuando ejecutara su plan con su propia mano, lo culminaría con éxito.

Esa noche conseguiría su objetivo, decidió, saliendo de la pequeña habitación de hotel donde se encontraba y echando una ojeada al cuarto de al lado, donde tenía maniatada a otra de sus víctimas, y tomó la dirección de la casa de Lothian.

## CAPÍTULO X

Marianne entró en la estancia apenas iluminada por unas velas en cada esquina, sobre unos veladores, consciente de que tendría que ir más allá de lo que en principio había sospechado al aceptar aquella misión. «Menuda novedad.» Al parecer, sir Melbourne no le pintó adecuadamente el escenario en el que debería desenvolverse. Lo que había creído que serían unas simples veladas con comentarios subidos de tono, nada adecuados para jóvenes inocentes, pero sí para viudas experimentadas y deseosas de aventuras, como lo que ella aparentaba ser, resultó ser un mundo mucho más morboso, mucho más sensual. Sin embargo, sus últimos encuentros con Richard, así como la amenaza de su abuelo de volverla a casar de la forma que fuera con otro hombre repugnante al que pudiera manejar a través de su dinero, la hicieron armarse de valor y decidir comportarse como la imagen que estaba dando ante sus pares. De viuda ligera de cascos que había abrazado su nuevo estado con total alegría y desinhibición. Y que era cuestionada en multitud de formas por las damas de una sociedad que antes la perseguía para que aceptara sus invitaciones.

Hipócritas.

«Nadie movía un dedo ni cuestionaba las infidelidades de mi esposo, pero si yo decido hacer mi vida como me plazca, soy poco más que una meretriz.»

Se sorprendió un poco al percatarse de que el lugar no se acercaba en lo más mínimo a lo que en realidad se había imaginado. Había esperado encontrar personas groseras a pesar de su clase, vulgarmente ataviadas, ebrias o embotadas por el consumo de opio. En fin, pensó, un lugar lúgubre,

obsceno. Nada recomendable ni seguro. No obstante, para su desconcierto, no había nada extraño en aquella fiesta, nada que la hiciera sentir que estaba en peligro, nada que la diferenciara de cualquier salón de baile a los que había asistido últimamente, por supuesto, salvando el hecho de la escasa iluminación, y el atrevido atuendo de los invitados a aquel peculiar evento. «Soy una ingenua.» Las personas allí presentes se conducían de la forma como lo harían normalmente y eso era fascinante. Se le acercó un sirviente muy elegante y le ofreció una copa de una bebida espumosa, que ella cogió con delicadeza y empezó a beber a sorbitos, mientras miraba en derredor, buscando a su presa. Había decidido no beber mucho para poder tener así la mente clara y acercarse al marqués de forma que éste creyera que verdaderamente estaba interesada en él. Su plan era simple: tenía que conseguir que la llevara a su habitación y, una vez allí, ingeniárselas para encontrar aquellas cartas que según Melbourne debían tener el sello real. Apretó los dedos alrededor de la copa que sostenía con fuerza, tenía que lograr entrar en el dormitorio de lord Kerr y apoderarse de los documentos como fuera y con la mayor rapidez posible. Sí, iba a hacerlo, aunque para ello tuviera que hacer lo que nunca creyó que fuera capaz. Su independencia dependía del éxito de su empresa y, por mucho que le costará, tenía que conseguirlo. Era la única opción posible.

«Puedo hacerlo.

»Voy a hacerlo.

»Soy una mujer fuerte y después de esta noche seré una con los recursos suficientes como para ser independiente.»

Después de soportar las atenciones indeseadas de su difunto marido durante años, sólo tendría que aguantar una noche más que un hombre gozara de su cuerpo sin que ella tuviera deseos de hacerlo, para poder así abrazar su libertad. Si era astuta no tendría que compartir nada más que una noche. Sólo una y podría empezar de nuevo.

Inspiró con fuerza.

No conseguiría a Richard, pero sería libre para no tener que someterse a los caprichos de su abuelo, de sir Melbourne o de cualquier otro hombre que decidiera fijar el rumbo de su vida.

—Querida —dijo una voz susurrante a su espalda sacándola de sus pensamientos, un sonido que identificó de inmediato como la perfecta y gutural dicción del organizador de aquella velada. «Y mi objetivo»—, me ha dejado usted sin aliento.

Ella intentó sonreír de forma coqueta, a la vez que arrinconaba sus miedos a un lugar recóndito de su mente cuando percibió la mirada ardorosa del hombre.

Agradeció el cumplido con un leve asentimiento.

Desde luego, su atuendo había sido confeccionado para conseguir dicha reacción, así que no debería sentirse abrumada por despertar tal sensualidad.

—¿Cómo me ha reconocido? —simuló escandalizarse—. Creía que nuestras identidades gozarían del más estricto anonimato. Que nuestra filiación no sería desvelada, sino que se mantendría oculta.

Se volvió y lo miró a través del antifaz de satén negro que le cubría la totalidad del rostro, a excepción de la boca y el mentón.

—Mi atrevida dama —sonrió el único hombre que llevaba su rostro descubierto en aquel lugar—, nadie puede permanecer mucho tiempo en la oscuridad para mí. Digamos que es un don.

La mujer decidió no ruborizarse, no podía hacerlo, ni por la mirada seductora del marqués ni por la escasa ropa que llevaba ni por lo que sabía que pasaba por la cabeza del caballero.

—Entonces, debo reconocer que me siento expuesta —flirteó—. Tal vez debería retirarme a un lugar más privado.

Había lanzado su invitación, sólo le quedaba esperar a que el hombre la aceptara.

¿Habría captado su mensaje?

El caballero le tomó la mano sin apartar los ojos de su escote y se la llevó a los labios en una suave caricia, consiguiendo que Marianne se tensara aun sin querer.

«Debo tranquilizarme, no debe pensar que no deseo sus atenciones.»

—Despreocúpese, sólo yo conozco sus identidades. Me pesaría que una dama tan encantadora se angustiara en una de mis recepciones. —Se acercó a ella lo suficiente como para que Marianne captara el sutil olor a alcohol y

tabaco—. Si hay algo que me caracteriza es la discreción.

—Resulta tranquilizador saberlo.

«Tengo que hacerlo», se animó.

Justo en el instante en que creyó que el escurridizo marqués le iba a hacer una proposición, él se apartó con una sonrisa irónica.

—Por el momento, dejaré que se integre en el ambiente. —La miró con un brillo extraño en los ojos al ver que ella contenía el aliento, consciente de que aquella situación era nueva para la mujer—. Tal vez más tarde podríamos... charlar.

Marianne aceptó con un delicado gesto.

«Por supuesto, charlaremos.»

—Estaré deseosa de que pueda ilustrarme en alguno de los temas en los que está tan versado.

Al decir esto último se percató de la sonrisa del hombre cuando ella se volvió de forma pausada, intentando parecer sofisticada, tentadora. Al menos esperaba que no sólo lo pareciera; deseaba sentirse coqueta, arrebatadora, solo así conseguiría acceder a lo que andaba buscando.

«Voy a convertirme en una mala mujer.

»Después de esta noche no habrá vuelta atrás.»

Y comenzó a pasear por el salón, consciente de las miradas hambrientas que los hombres le dirigían a su paso. ¿Acaso era ése el poder femenino del que había leído en algunos de los escandalosos libros que su esposo atesoraba en su biblioteca? A pesar de llevar varios años como mujer casada, su experiencia se limitaba a su presentación en sociedad, un par de bailes y luego su apresurado matrimonio. Y una vez adquirida la condición de esposa, su marido no le prestó apenas atención ni ella quiso acudir a ningún evento más para no tener que presenciar cómo el hombre que amaba disfrutaba de la compañía de alguna joven a la que finalmente le propondría matrimonio.

«Debería haber explorado un poco esa exigua libertad que aporta el matrimonio.»

\* \* \*

Richard no daba crédito.

Sería capaz de matarla.

No, la estrangularía lentamente.

Sintió la ya conocida furia empezar a recorrerle el cuerpo.

Sin duda era Marianne, por lo tanto, lo que su informador le había dicho era correcto. Tenía tratos con el estrecho círculo de Kerr, y si estaba allí esa noche es que tenía pensado participar en la bacanal. Entrecerró los ojos en cuanto la divisó entre las personas que había en el pequeño salón. ¿Podría haber unas treinta? Sí, más o menos. Al menos las que se encontraban allí en ese momento, porque no dudaba de que hubiera otras en la planta de arriba de la pequeña casa a las afueras de Covent Garden, desatando sus pasiones o participando en alguna orgía. Desde luego, si él no hubiera trabajado para el ministerio nunca habría podido tener acceso a esa información, de tan discretamente como se llevaban a cabo aquellas reuniones amorales, al margen de los estrictos códigos éticos que marcaba la sociedad. También descubrió, gracias a su confidente, lo cotizadas que estaban las invitaciones a dichas reuniones, si podían calificarse como tales.

Iba ataviado como su contacto le indicó que iban los caballeros que acudían a esos encuentros secretos, una especie de santo y seña para reconocerse como invitados al evento, por si a algún despistado se le ocurría aparecer por allí. Sin la indumentaria concertada, a cualquiera le sería muy difícil acceder al núcleo selecto de aquel lugar. Su atuendo se componía de un pañuelo de satén negro a modo de antifaz, atado detrás de la cabeza con un nudo, y que le cubría parte del rostro hasta la barbilla, así como el cabello, para que luego no pudiera ser reconocido por otros asistentes a dicha velada si coincidían en otro lugar, como posiblemente sería el caso. Una camisa de fino lino blanco sin más, sin abalorios de ningún tipo, ni chaleco ni chaqueta ni nada de nada. Y un pantalón negro, al estilo de los piratas, ajustado. También era requisito indispensable no llevar calzones, ni medias, ni zapatos.

Por lo visto, había que ir con la indumentaria justa para desprenderse de ella de forma rápida en cualquier momento, pensó irónico.

¿Y Marianne había acudido a aquel lugar?

Apretó la mandíbula, preso de la rabia, en cuanto la divisó. Y el golpe que

sintió en las entrañas fue tan recio que experimentó un dolor punzante difícil de disimular. Aquella mujer sensual, provocadora y exquisita era su Marianne. La mujer a la que amaba sin medida, a la que deseaba con locura y odiaba con pasión.

La miró con un hambre animal, incontrolable.

¿Cómo no reconocer aquel cuerpo esculpido para el pecado, con el que había soñado en infinidad de ocasiones? Un cuerpo que había imaginado una y otra vez que era suyo, unos labios que deberían estar destinados a él en exclusiva, un cabello...

Intentó controlarse, pero resopló como lo haría un toro a punto de embestir.

El atuendo de Marianne, o mejor dicho la escasez de él, se componía en exclusiva de un vestido de satén negro, a juego con su máscara, que se abrochaba por delante y debajo del cual, según las indicaciones que a él mismo le habían facilitado, no había nada excepto la delicada piel femenina. A diferencia de los caballeros, las damas no tenían que vestir de un determinado color, sino que podían hacerlo con el que desearan a excepción del blanco. Richard pensó que hubiera sido cínico por parte de alguna de las asistentes vestir dicho color, teniendo en cuenta a lo que se iba a aquellas reuniones.

Marianne no iba de blanco, si ella algo no era, era cínica.

Pero sí había acudido a esa fiesta; su informador anónimo no lo había engañado.

No se trataba de ninguna treta.

Ella realmente estaba allí y, por lo visto, dispuesta a participar plenamente de las actividades que se solían practicar en ese lugar.

«Maldita seas mujer.»

No pudo contener el intenso deseo que se apoderó de él en cuanto la divisó.

Imposible hacerlo cuando la había anhelado desde el momento en que la vio en su baile de presentación, mucho menos cuando aparecía ante él como lo haría una esposa para su esposo en la intimidad de su matrimonio, apenas cubierta con un sencillo vestido, desnuda bajo la sensual tela. Un modelo

diseñado para enloquecer a los hombres, para desequilibrarlo a él.

No pudo evitar fijarse en que caminaba con sinuosa deliberación, con movimientos gráciles y de forma provocativa gracias a que su vestido tenía una abertura delantera, o más bien la tela se unía por delante en una hilera de botones no muy larga, que iba desde el pronunciado escote en uve hasta la mitad del muslo, con lo que era imposible evitar que se abriera cada vez que daba un paso, dejando entrever sus esbeltas y bien torneadas piernas de color crema, más resplandecientes gracias al contraste con el tono oscuro de la tela y la escasa luz de la estancia. Su espesa y lustrosa cabellera castaño oscuro con tonos rojizos estaba recogida en lo alto de la cabeza, dejando a la vista un esbelto y deseable cuello. Y para compensar tanta escasez de tela por delante, las mangas eran largas, anchas y estrechas en la muñeca, con unos enormes puños. A pesar del antifaz, Richard la hubiera reconocido en cualquier parte del mundo. Y, a pesar de todo, la deseaba con una intensidad que rayaba en la locura.

Tomó una copa de una bandeja que llevaba uno de los criados que se paseaban con expresión neutra por el salón y se la bebió de un trago, volviéndola a dejar en su lugar sin apartar la mirada de la mujer. Ella aún no lo había visto, y dudaba de que lo reconociera en aquel sitio.

Así que fue directo a su encuentro.

\* \* \*

Marianne percibió un cosquilleo en la nuca, así que se volvió con premura, inquieta, consiguiendo con ello que el vuelo del vestido se abriera lo suficiente como para enseñar sus piernas desnudas. Hizo un repaso rápido con la mirada buscando algo que le diera respuestas a esa sensación. Entonces lo vio.

Cuando reconoció al hombre que se abría paso hacia ella a través de la estancia, enmudeció.

No, aquello era imposible.

No podía ser él, ni hablar, él no estaría allí.

«Pues sí que lo es.»

Tragó saliva cuando lo vio avanzar en su dirección de forma decidida, sin detenerse a mirar a ningún lado que no fuera a ella misma.

«Estoy perdida.»

¿Qué diablos hacia allí?

Lo hubiera reconocido entre un millar de hombres, y ni siquiera ese atuendo que lo hacía parecer un peligroso corsario la habría hecho dudar de quién se trataba. Richard, su Richard. Ese hombre que se caracterizaba por tener un alto sentido del decoro, de la decencia. «¡Decencia!» El mismo hombre que la vilipendiaba y tildaba de ser una mujer de moral ligera estaba... allí.

Se enfureció.

«Hipócrita.»

Sintió que enrojecía debido a la cólera que se iba adueñando de ella por momentos.

Por primera vez en años tuvo ganas de asesinarlo.

Lentamente, dolorosamente.

«Canalla.»

Intentó serenarse a pesar de la necesidad que tenía de decirle cuatro frescas. Sin embargo, debía proceder con inteligencia si no quería que su plan se echase a perder. Así que no se amilanó e intentó actuar de forma natural, incluso aparentando que eran dos desconocidos.

Richard se detuvo situándose justo frente a ella, pero Marianne se condujo ante él como si no se conocieran. No iba a permitirle ver su frustración, así como tampoco su decepción y furia al encontrárselo en esa casa.

—Milord —le sonrió incitadora—, creo que me ha bloqueado el paso.

Hizo como si fuera a pasar por su lado, ignorándolo.

—Pues yo creo que yerras en tu conclusión.

Richard estaba que echaba humo, por dos motivos: uno, la rabia, y el otro de puro enardecimiento.

—¿Disculpe?

Era consciente de que Richard odiaba que lo ignorasen.

—¿Vas a ignorarme? —le espetó contrariado. Estuvo a un paso de

zarandearla—. ¿Vas a fingir que no sabes quién soy?

Marianne simuló sorpresa ante el brusco comportamiento del hombre. Aunque, tal vez por lo expuesta que estaba debido a su semidesnudez, o por el hecho de tenerlo delante en aquel lugar, a aquellas horas, con aquella ropa que lo hacía parecer tan accesible... se sintió inflamada, ardiente. Y, para su desconcierto, no se avergonzó de ello, sino que se sintió audaz y atrevida por primera vez en su vida.

«¿Por qué no?»

—Supongo que está buscando pareja para charlar —le sonrió provocadora. Si Richard pensaba lo peor de ella, mejor que lo siguiera haciendo, después de todo, ¿por qué sacarlo de su error? ¿Para qué había ido él allí si no era para tener un encuentro íntimo con una o dos mujeres, o tal vez incluso más? Y por supuesto que actuaría como si no se conocieran—. ¿Acaso no es eso lo que hacemos todos aquí?

—Debo de ser un hombre afortunado, teniendo en cuenta que te estás ofreciendo para el puesto.

«Al diablo con todo —pensó el conde, creyendo que no lo había reconocido y que estaba buscando un hombre para pasar la noche—. Por encima de mi cadáver permitiré que te entregues a cualquiera de los aquí presentes.»

—Tal vez lo haga si deja de tutearme, después de todo, ninguno de los aquí presentes conocemos nuestras identidades.

Al decirle eso paseó su mirada por la habitación.

Estaba dejando claro que sólo buscaba una aventura.

—Quieres decir —Richard no pudo contenerse y la tomó por la cintura, acercándola a él y consiguiendo que la mujer exhalara un suspiro—, ¿que si te trato de usted te abrirás de piernas para mí?

¿De verdad estaba comportándose de forma tan bestia?

Estaba siendo brusco, era consciente de ello, pero el deseo que lo dominaba cada vez que pensaba en ella no le permitía razonar con claridad.

—Tal vez lo haga —lo azuzó, consciente de que él sí la había reconocido—, sólo pruebe a no tutearme y deje claro que somos dos desconocidos en busca de satisfacer nuestros más oscuros anhelos. De abrimos a nuevos

placeres sólo por esta noche. —Eso le había salido desde lo más profundo de su corazón. Sí, al menos esa noche podría hacerlo suyo—. Debe saber que no suelo repetir acompañante. —Lo miró humedeciéndose los labios, tentadora, consiguiendo que él contuviera la respiración trabajosamente—. Espero que no se prende demasiado de mí.

Richard sintió cómo su hombría se tensaba entre los estrechos pantalones. Marianne lo estaba colocando en una posición difícil, muy difícil, tremendamente complicada.

«¡Demonios! Por una vez voy a olvidarme de lo que es correcto y te voy a tener entre mis brazos, aunque finjas no saber quién soy.»

—Lo que yo haré será hacerla mía de la forma más salvaje que usted pueda imaginar. —Accedió a tratarla de usted, siguiéndole el juego sólo para conseguir tenerla, aunque fuera por unas horas.

La pegó más a él, tanto que ella pudo notar el calor que emanaba de su enhiesta virilidad a través de la ropa. Marianne sintió cómo la humedad hacia mella entre sus piernas y de forma instintiva las abrió, colocando una a cada lado de la de él, pegando su desnuda feminidad al bulto que sobresalía de los pantalones del conde.

—Pruebe a hacerlo —susurró melosa.

—¿Me está desafiando? —La acercó aún más, hasta que sus bocas estuvieron separadas por escasos milímetros.

—¿Llama desafío a una invitación?

Marianne sintió que se derretía. ¿Cuándo habían estado de aquella forma? El pulso se le había descontrolado en el instante en que Richard empezó a decirle todas aquellas cosas que la abrumaban y la hacían querer obligarlo a cumplir sus amenazas. Estaba segura de que llevaba toda su vida soñando con tenerlo así, incontrolado por la necesidad que ella había despertado en él, la misma que por su parte era incapaz de refrenar.

Desde el momento en que lo descubrió allí, tan atractivo, tan varonil, tan... Richard y a la vez tan diferente, mirándola de forma posesiva, casi violenta, abrasándola con su mirada de acero, olvidó todo lo que la había llevado a aquella casa. A aquel salón. Sólo pudo pensar en estar cerca del hombre que ansiaba, tenerlo pegado a su cuerpo, saborear ese cuerpo alto y

musculoso, esos labios que la obsesionaban, que la hacían arder. Necesitaba sentirlo dentro de ella, que entrara en su cuerpo, que la llenara, al menos una sola vez. Solo esa vez antes de que su mundo desapareciera para siempre.

Y no tuvo dudas.

Lo haría.

Era consciente de que Richard estaba fuera de sí, exudaba desenfreno, falta de su característico autocontrol. Y ése era un punto a su favor, porque no iba a permitirle retirarse, recobrar la sensatez. Esa noche lo tendría y, si era menester, usaría todas las armas disponibles a su alcance. «Lo haré.» Había tomado una decisión, llevaba años ardiendo y llorando por él, mientras su esposo la poseía de forma insensible. Ya era suficiente, tomaría lo que deseaba. Y deseaba a Richard. Esa noche lo tendría por fin.

Lo miró durante un buen rato, un tiempo que le pareció eterno. Estudiándolo. Deseando descubrir aquel lado oscuro del hombre que siempre se presentaba ante todos como el perfecto caballero, de estricta moralidad y modales impecables. No obstante, se dijo, él había acudido a esa fiesta. A ésa en particular, donde todos los invitados eran conscientes de a lo que se exponían, al deseo más descarnado llevado a la práctica. No en vano lord Kerr llamaba a ese lugar El Palacio del Placer.

Y Richard había acudido a esa fiesta, ¿a cuántas más habría ido?

«Maldito hipócrita», lo insultó nuevamente.

Mientras les daba a todos lecciones de moralidad, por las noches participaba en esas bacanales.

—No entra en mis planes rechazar la invitación de una *dama*.

Pasó por alto la ironía al sentir la mano del hombre deambular confiada por su cintura en dirección descendente.

—Eso sería totalmente descortés. —Lo miró fingiendo curiosidad—. ¿Puedo dirigirme a mi invitado de alguna forma especial?

Cuando Richard pudo reaccionar ante sus descaradas palabras, se apoderó de su boca en ese instante, y lo hizo de forma salvaje. En el mismo momento en que la puso sobre la de ella le abrió los labios para que lo recibiera sin reservas, y la besó con rabia y un anhelo brutal. Necesitaba saciarse de años de hambre desmedida por aquella mujer que pensó que tendría algún día,

aunque no así ni en ese lugar. Y se lamentó de que ella sola con sus pasos se hubiese colocado fuera de su camino.

«Hoy no.»

—Deja de jugar conmigo.

—Me encanta divertirme —lo animó sonriendo, tentándolo.

¡Dios santo! Ese beso arrollador le había nublado el entendimiento.

—Este juego puede resultar peligroso —la advirtió junto a su boca húmeda por el beso.

La apretó más contra él sin dejar de observarla con atención.

—El peligro logra enardecerme. —Lo sedujo colocando una mano con delicadeza sobre el amplio pecho masculino.

Richard no podía más, iba a estallar de un momento a otro. Soltando una palabrota a modo de rendición, masculló.

—Vas a ser mía, y lo serás ahora mismo. Aunque acabe ardiendo en el mismísimo infierno por esto. —La agarró con fuerza de la mano que tenía colocada sobre su pecho y se la llevó de allí sin darle opción a resistirse.

—Vuelve a tutearme —le reprochó Marianne sin resuello, mientras se dejaba arrastrar por Richard al primer piso, donde se encontraban las habitaciones.

—Créeme que haré mucho más que eso esta noche.

La llevaba por la escalera cuando alguien los detuvo: era el marqués. Richard maldijo por la interrupción y Marianne se encogió. «Ahora no, por Dios.» Había olvidado por completo su misión.

—Queridos míos —exclamó el lascivo hombre, observándolos con deleite—, aquí los juegos entre dos están prohibidos.

Ella contuvo la respiración. ¿No estaría insinuando que...? ¿No pensaría que él... que ellos...?

«¡Ay Dios santo!

»No soy tan perversa.»

De repente tuvo miedo y se sintió insegura. ¿De verdad, después de tantos años de desearlo, iba a tener que entregarse al hombre que amaba en presencia de otro o incluso compartirlo?

Se había quedado muda a causa de la conmoción.

«Mataré a Melbourne.»

—Puede irse al infiern...

Marianne tuvo que intervenir para acallar a Richard. Con toda certeza era lo más absurdo que había hecho durante su patética vida, pero no podía perder la confianza de lord Kerr ahora que había despertado su interés; su futuro dependía de ello.

—¿Me permiten unirme a ustedes?

A ella por poco le da un síncope.

«Piensa, Marianne, piensa.»

Tenía que mantener el interés de Lothian si quería llegar a ser independiente.

Richard iba a golpearlo en ese instante sólo por sugerir que compartiría a esa mujer, pero Marianne se adelantó, desconcertándolo; después de todo, ella actuaba como si desconociese la identidad de él, por lo que podía actuar cual casquivana.

—¿Le parece bien ser un mero espectador? Tómelo como un pase privado —propuso sin pensar.

Mejor que mirase a que la tocase, y no pensaba perder la oportunidad de tener a Richard entre sus brazos, loco de deseo como estaba por ella, y que actuaba sin tener en cuenta su estricto código ético. Tenía que aprovechar esa noche.

El anfitrión los observó durante un breve lapsus de tiempo para finalmente acabar sonriendo.

—Me parece una fantástica idea —los animó—. Qué joven tan interesante ha resultado ser, querida mía.

—Ni habl... —gruñó Richard, antes de verse interrumpido por ella.

—Me halaga. —Marianne aceptó el cumplido a la vez que le lanzaba a Richard una mirada cargada de deseo.

—Vayamos entonces al dormitorio principal, es el más espacioso de la casa —les sugirió lord Kerr encantado—. Síganme, por favor, es allí.

Los condujo a una enorme puerta dorada, mirando de forma hambrienta a Richard, por lo que Marianne dudó que alguna vez hubiera podido seducir a ese hombre. Al parecer sentía más admiración por el cuerpo masculino que

por el suyo.

\* \* \*

—¿Qué te crees que estás haciendo? —la reprendió Richard en tono desabrido, mientras le sujetaba la muñeca con encono.

Marianne se detuvo a mirarlo detenidamente, a la par que acercaba su carnosa boca al cuello descubierto de él y posaba sus labios en un lento y deliberado recorrido. Al instante, Richard la apretó contra su hombría y le lanzó una mirada hambrienta, enloquecida.

—¿Esto es lo que quieres? —Su semblante se volvió duro, cubierto de perlas de sudor debido al deseo que lo consumía—. ¿Estás segura? —En sus ojos había una fiereza aterradora y atrayente a la vez.

—¿Dudas de mi sensualidad? —La mujer le colocó una mano en la entrepierna y luego acercó la de él a su sexo, mojado, preparado, a través de la abertura del vestido.

—Acabarás conmigo —jadeó.

Apenas se percataron de la presencia del otro hombre, que se acomodó en un asiento en la oscuridad y contempló con interés e impudicia a los amantes.

## CAPÍTULO XI

—¿Vamos a la cama? —preguntó Marianne, por un instante insegura.

En ese momento no sabía cómo actuar. El marqués había tomado asiento en algún lugar en la oscuridad y no hacía ningún comentario, sólo se percibía el humo de su cigarrillo.

«Mejor», pensó.

—¿Cama? Oh, no, querida, nada de cama; si vas de mujer mundana, vas a ser follada como tal.

«Esto es lo que quieres y esto vas a tener. Aunque pierda el buen concepto que tengo de mí mismo con ello.»

La volvió a besar de forma enérgica, al tiempo que le abría el vestido y le colocaba las piernas alrededor de sus caderas, mientras ella, de forma frenética, le sacaba la camisa de los pantalones y se los desabotonaba, capturando su henchido miembro y dirigiéndolo hacia su interior. Desesperada por tenerlo por fin dentro de su cuerpo, por acogerlo, por montarlo.

Richard le abrió la pechera del vestido, dejando al descubierto sus redondos y plenos pechos con el objetivo de hundir la cabeza entre ellos, perdiéndose entre esos montes, mordisqueándolo todo a su paso, mientras rozaba con su masculinidad su sexo, húmedo, dispuesto.

La penetró.

Sí, lo hizo, y al hacerlo emitió un gutural gruñido.

Una vez, dos, tres veces, entraba y salía de forma intermitente. Jadeante. Vigoroso. Profundizando cada embestida mientras ella resollaba de puro

goce. Al cabo de un momento se separó y la hizo girarse sobre un enorme tocador, le apartó el vestido y volvió a sumergirse en ella, esta vez desde la parte trasera. Ahí fue cuando Marianne creyó desfallecer, puesto que sentía sobre sus nalgas y espalda arqueada la piel del pecho del hombre que la poseía, a la vez que contemplaba su imagen en el espejo que había sobre el gigantesco enser.

La imagen de Richard detrás de ella, presa de la pasión que los consumía, la engulló en un frenesí tan desbocado que creyó morir de pura lujuria, hasta que al cabo de numerosas embestidas él se retiró, derramando su simiente fuera del cuerpo femenino, pero pegado a su piel. Sintió el calor de la esencia masculina recorrerle la espalda, mientras su vulva palpitaba de puro deseo satisfecho al haber alcanzado su máximo esplendor con total abandono. Estaba exhausta. Y se sentía llena. Por primera vez había tenido esa intimidad con un hombre por su propio deseo.

Buscó la mirada de Richard, intentando descifrar lo que le pasaba por la cabeza en ese instante. Había sido todo tan... tan... ¿Cómo describirlo? Desde luego romántico no era la palabra que buscaba, aunque sí había sido algo impresionante. Pasional. Vehemente. Contuvo el ansia de acariciarlo, quería que sintiera que aquello significaba mucho más para ella de lo que las circunstancias parecían indicar. Al darse cuenta de que Richard la contemplaba con mirada indescifrable se sonrojó.

«Y ahora, ¿qué?»

En el momento en que pareció que él iba a decirle algo, unos aislados aplausos atrajeron su atención, y oyó descompuesta cómo Richard soltaba un juramento a la vez que, mientras se colocaba bien la ropa, dirigía una sombría mirada hacia su indeseado espectador, con la intención de molerlo a golpes. Reaccionando con rapidez, Marianne se volvió hacia él y lo abrazó con fuerza, con el fin de detener su violenta reacción, algo que, para su asombro, consiguió.

—Debo reconocer que ha sido un verdadero placer participar en este apasionado encuentro —les dijo lord Kerr acercándose a ellos con mirada vidriosa—. Sin embargo, mi estimado lord Hastings, no recuerdo haberle enviado una invitación.

—¿No lo ha hecho? Yo hubiera jurado que sí —lo retó, deseoso de que le diera la mínima excusa para descargar su rabia sobre él.

Kerr inclinó la cabeza y sonrió, luego se retiró, perturbado por la fuerza que parecía emanar del conde. No en vano Richard era mucho más joven que él y, por lo que tenía entendido, bastante diestro con los puños.

—Si me disculpan —le dirigió una seductora mirada a Marianne y luego se detuvo en el hombre que lo estudiaba con dureza—, creo que será mejor que los deje a solas unos minutos. Parecen deseosos de intimidad.

Salió pavoneándose de allí mientras ella lo observaba sin poder creer todo lo que había ocurrido esa noche, todo lo que estaba ocurriendo. Luego Richard la volvió hacia él para que lo mirase de frente.

—Te vienes conmigo, ahora. No voy a permitir que te quedes en esta casa ni un segundo más. Se acabaron tus locuras.

Empezó a abotonarse la camisa, echándole miradas cargadas de un sentimiento que Marianne no lograba describir.

—No puedo —le dijo desalentada por ellas, recuperado algo de control—, y no me des órdenes.

Él la miró satisfecho, comprendiendo. Lo había tuteado, le había hablado como si se conocieran.

—Por fin reconoces que has sabido en todo momento quién soy.

Su arrogancia la exaltaba. Alzó la barbilla, no iba a disculparse por ello.

—Por supuesto, pero tenía curiosidad por saber de primera mano cómo sería yacer contigo, con el famoso lord Estricto. —Eso lo dijo para molestarlo.

Él apretó los labios ante su descaro.

—Sólo tenías que haberme enviado un mensaje y —la miró con impudicia—, no hubiera rechazado tu oferta.

«Mentira.»

—¿De verdad? Porque una vez lo hiciste.

«Y me mataste con ello.»

—Eras la esposa de mi tío —se indignó, como si aquello fuera más que suficiente para su rechazo.

—Y el escándalo hubiera sido descomunal —le reprochó Marianne.

Richard se mordió la lengua, no iba a decirle que lo único que le había impedido convertirla en su amante había sido protegerla a ella, no a él.

—Nos vamos.

La condujo por la fuerza hasta la puerta del enorme dormitorio, sin embargo, la mujer no pensaba obedecerlo, más aún cuando estaba tan cerca de cumplir su misión y obtener por fin su libertad. Miró alrededor buscando algo a lo que sujetarse, con la intención de obligarlo a detener su marcha, pero ese maldito tenía una fuerza asombrosa.

—Un momento —le suplicó desesperada—. Deja que me arregle un poco. Necesito unos minutos de intimidad —mintió.

Richard apretó los labios, la miró como si no la creyera en lo más mínimo, y a pesar de ello, después de dudar, accedió.

—Tómame el tiempo que necesites. —La soltó a regañadientes—. Te espero fuera del dormitorio. —Se dio media vuelta para marcharse, pero de repente, como si se hubiera dado cuenta de algo, se volvió de nuevo hacia ella—. Recuerda que no vas a salir de esta casa sin mí, así que, si intentas jugármela y escabullirte por tu cuenta, entro y te saco a rastras y te llevo de vuelta, tanto si quieres como si no, y estés como estés.

Ella abrió la boca, presa de la impresión ante aquel arrebato, teniendo en cuenta lo cuidadoso que era con su reputación, así que asintió con rapidez, temerosa de esa nueva versión de Richard que no hacía sino que lo deseara más todavía, y entonces él salió sin mucho convencimiento.

Marianne no perdió el tiempo, se pudo a rebuscar en las gavetas de la enorme cajonera. Rebuscó y rebuscó hasta que encontró una carpeta de piel. Ahí estaba. No podía creer en su buena suerte, abrió la carpeta y vio unas cartas con el sello real. ¡Sí! Aquello tenía que ser lo que buscaba Melbourne.

Inmediatamente, se quitó el vestido y se ató la carpeta al tórax con las cintas que tenía en el pelo, dejándose su espesa y rizada cabellera oscura suelta, luego, con rapidez, temerosa de ser descubierta, se colocó el vestido de nuevo y en ese momento Richard entró en el dormitorio.

—Ya estoy —le dijo cuando se percató de la mirada especulativa del hombre.

—¿Ocurre algo?

—¿Qué tiene que ocurrir? —preguntó sin mirarlo y pasando por su lado como si nada tuvieran que ver el uno con el otro. Después de lo ocurrido entre ellos se sentía avergonzada ante él; no sabía el motivo, pero el azoramiento la hacía actuar de esa forma.

«Soy una estúpida.»

—Un momento, querida —la detuvo reteniéndola—: Te he dicho que te vienes conmigo.

\* \* \*

«Te vienes conmigo.»

«Te vienes conmigo.»

«Te vienes conmigo.»

Marianne lo observaba desde el mullido asiento de cuero negro que ocupaba en el lujoso carruaje de la familia condal, rememorando, una y otra vez, esas palabras en su terca cabeza.

No es que le hubiera dado muchas opciones de negarse y, en realidad, lo que ella quería era salir cuanto antes de aquella casa. Necesitaba poner a buen recaudo la pequeña carpeta de piel que llevaba atada por debajo del pecho y luego podría desaparecer y lamerse las heridas. Al menos tendría esa noche para recordar. Recordaría sus besos, sus manos sobre su pequeño cuerpo, sus envites, incluso su mirada acusadora... Todo, pero sería su recuerdo, el único de un momento íntimo compartido con el hombre que amaba. Desde que salieron de la mansión y esperaron a que el cochero de Richard apareciera con el vehículo ante ellos, el silencio entre los dos fue insoportable. Richard no le apartaba la mirada en ningún momento, como si pudiera ver a través de su piel, de su cuerpo, como si estuviera leyendo su alma. Su corazón. Ella, por su parte, se dejó guiar, pero no le devolvía el desafío con los ojos, simplemente actuaba como si él no existiera, aunque en realidad lo miraba de soslayo cada dos por tres, puesto que era una tarea de difícil cumplimiento mantener la vista apartada de ese espécimen masculino tan arrebatador.

Maldito fuera por hacerle imposible desentenderse de sus más bajos

deseos con respecto a él. Aún no entendía cómo Richard había sido capaz de presentarse en casa de lord Kerr sin haber sido invitado. ¿Cómo había conseguido acceder a dicho círculo, teniendo en cuenta que él no se relacionaba con aquel grupo de personas? O, al menos, eso había creído ella, que el conde no osaría jamás colocarse de forma tan osada en una situación que pudiera provocar un escándalo o cualquier tipo de habladurías respecto a su título. Y, desde luego, si se llegaba a descubrir su presencia esa noche allí, el escándalo habría sido descomunal. A veces ese hombre que le robaba el aliento la desconcertaba por completo. Lo miró de reojo, incrédula. ¿Qué secretos guardaba Richard que ella ni siquiera lograba imaginar?

Desde el momento en que sus ojos se clavaron en él esa noche se quedó sin respiración. Si ya antes le parecía imponente su evidente magnetismo, costándole un esfuerzo casi inhumano no correr a echarse en sus brazos y obligarlo a reconocer que la amaba y deseaba tanto como ella a él, verlo, por primera vez, tan inadecuadamente vestido, con aquella escasa pero varonil indumentaria, compuesta tan sólo por aquella camisa desabrochada y aquellos pantalones de corsario perfectamente ajustados a sus musculosas piernas, dotándolo de un aura peligrosamente sensual... supo que estaba perdida. Sin embargo, nadie la había preparado para afrontar los acontecimientos de aquella noche.

Suspiró pausadamente; el aroma del hombre le llegaba a través del reducido espacio que los separaba, y sentía de nuevo aquella presión entre sus piernas. De forma instintiva las juntó con fuerza.

Esta vez sí que lo observó detenidamente.

Las pobladas y esculpidas cejas oscuras, aquellos enormes ojos grises bordeados por el velo negro de largas y espesas pestañas, los rasgos aristocráticos que proclamaban a los cuatro vientos su procedencia, la nariz recta, la boca...

Inspiró nostálgica.

Aquella endiablada boca que la volvía una demente.

Era la primera vez que Richard la había besado con fervor, con pasión desmedida, sin cautela, sin contención...

Gimió.

Recordó que el hombre sólo la había besado en otra ocasión, días antes del fallecimiento de Rodolfo, en la mansión familiar, cuando ella se escabulló a la biblioteca para encontrarse con él y confesarle que no podía seguir soportando estar casada con su tío, que lo aborrecía. En aquel momento se echó a llorar y Richard la rodeó con sus poderosos brazos, intentando prestarle consuelo, hasta que sus bocas acabaron uniéndose en un casto beso. Un beso contenido. Un beso espontáneo. Pero no duró mucho, él inmediatamente la soltó y ella se marchó, aún más desolada que antes, dejándolo solo en la sala, destrozada por lo que no podía tener y deseando que la siguiera. No obstante, Richard no lo hizo. Y ella lo odió en aquel momento por no proponerle fugarse juntos y que la buena sociedad hablara lo que tuviera que hablar. En aquellos días lo odió por no ponerla por encima de todo lo demás, de su buen nombre, de su reputación, de su honor.

\* \* \*

Richard la observaba sin disimulo, intentando descifrar qué era lo que se había apoderado de esa loca para actuar como lo estaba haciendo, cuando algo atrajo su atención. Si tal vez hubiera sido otro el que ocupara aquel espacio junto a ella, tal vez, y sólo tal vez, no se habría percatado de la esquina de un objeto de piel marrón que asomaba por su profundo escote. En realidad era muy poco lo que se podía percibir, debido a que los encantos de Marianne acaparaban casi toda la atención, sin embargo, para alguien tan observador como él, que había desempeñado decenas de papeles de espionaje para el ministerio, sería imposible que ese detalle se le escapase. Seguía enfadado con ella, mucho, por su indecente comportamiento, no obstante, no podía dejarla a su suerte. Algo lo empujaba a cuidarla, a no dejar que se arruinase de aquella forma, a que no se perdiese. ¿Y si en vez de con él hubiese estado con otro hombre esa noche, uno al que no le hubiera importado compartirla?

Apretó la mandíbula, impotente. Furioso por no tener derecho sobre ella. Él la amaba y Marianne actuaba como si no le importara nada más que satisfacer su lujuria.

«Maldita seas.»

—¿Qué escondes? —preguntó con voz dura.

Ella pareció sobresaltarse.

—¿A qué te refieres?

—A eso que ocultas debajo de tus ropas. ¿De verdad me crees tan idiota como para creerme tu farsa de que necesitabas arreglarte, cuando vas escasamente vestida?

—Estás loco —fingió indignarse.

El la miró entrecerrando los ojos, para luego estirar las piernas hasta rozar el muslo de ella y cruzar los brazos.

—Sé que has robado algo.

Marianne, sorprendida, abrió mucho los ojos, temerosa de que la hubiera descubierto.

—No sé de lo que hablas.

—¿Estás segura?

Sin saber cómo, en un instante Richard estaba hablándole con total relajación y al siguiente estaba inclinado sobre ella, ocupando todo el espacio y con una enorme mano aprisionándole el muslo.

—No soy una ladrona.

—Yo creo que eres muchas cosas —le miró los labios con codicia—, y también una ladrona.

Marianne se sintió de nuevo vulnerable ante aquel magnetismo que la subyugaba y trató de apartarse. Instintivamente, se colocó las manos sobre el tórax, en un intento de proteger su prenda.

—Apártate, Richard.

—¿Ahora soy Richard para ti? —Pretendía seducirla igual que ella había hecho con él antes, consiguiendo que actuara como nunca hubiese creído poder hacerlo—. ¿Ya no te interesa yacer con lord Estricto? —La contempló con ardor y se acercó a su cuello, tanto que la mujer percibió su respiración contra él—. Aún puedo enseñarte muchas cosas, muchos juegos en la intimidad de un dormitorio, sin mirones, solos tú y yo. Podemos ser compañeros de cama, sin ataduras, sin reglas.

Marianne estaba a punto de olvidarse de todo. Sólo lo veía a él, al hombre

que le decía aquellas cosas que conseguían que se volviera barro entre sus dedos, su Richard. ¿Tenerlo de la forma que fuera? Bajó la guardia por un segundo y entonces él intentó abrirle el vestido para apoderarse de su pequeño tesoro.

## CAPÍTULO XII

—Trae. —La zarandé de malos modos, intentando apoderarse de lo que ella quería evitar que viera.

—Richard, no te inmiscuyas —le ordenó, tratando de zafarse, recuperado ya el sentido de la realidad.

—Ah, claro que voy a inmiscuirme —la amenazó.

Marianne se puso fuera de su alcance de un pequeño salto, por lo que el vestido se abrió por el lateral, dejando al descubierto su esbelta pierna. Él se distrajo un momento ante aquella visión, pero de inmediato volvió a intentar sujetarla sin mucho éxito, puesto que ella reaccionó con rapidez, colocándose de nuevo fuera de su alcance.

—No, no vas a hacerlo.

—Entonces dame lo que has robado de casa de Kerr.

Se inclinó sobre ella, aunque sin tocarla. Consiguiendo que Marianne se sintiera muy pequeña ante su poderosa figura.

—No es asunto tuyo. Lo que yo haga no es de tu incumbencia. —Alzó la barbilla, desafiándolo.

—¿Te atreves a desobedecerme? —masculló entrecerrando los ojos—. Porque, créeme, esta noche has traspasado cualquier límite que yo esté dispuesto a permitir. Ni a soportar —añadió, mirándola con crudeza.

—Repito: no voy a darte nada. Y tú no tienes derecho a opinar sobre lo que yo puedo o no hacer.

—Marianne —la miró fijamente—, da-me-lo-que-has-ro-ba-do.

Le tendió la mano como si que ella se negara no fuese una opción. La

mujer dudó durante algunos segundos, después negó con la cabeza, mirándolo con cierto temor.

—No vas a darme órdenes. Nadie va a volver a darme órdenes después de esta noche.

—Marianne —repitió su nombre, esta vez con más fuerza, mientras la observaba fríamente—, no pienso...

En ese momento un ruido alertó a Richard, que olvidó por un instante lo que estaba ocurriendo entre ellos dos, olvidó la falta de confianza de aquella mujer y su enfado por no poder obligarla a comportarse como debía; sobre todo se olvidó cuando ambos percibieron cómo el vehículo aumentaba de forma alarmante la velocidad, sacudiéndolos a ambos y lanzándolos al uno en brazos del otro.

Marianne se asustó al percatarse de que algo se había caído de entre sus ropas, por lo que rebuscó entre su escaso atuendo con cierto disimulo, desesperándose al no encontrar lo que buscaba. Con el fuerte golpe había perdido los documentos que ansiaba Melbourne y que supondrían su libertad, no obstante, se dijo para tranquilizarse, tenían que estar en el carruaje.

Richard vio la desesperación en su mirada y se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué pasa? —preguntó Marianne.

Intentó desviar la atención del hombre de la pequeña carpeta que contenía aquellos documentos, por lo que debía fingir que aún los conservaba.

—No estoy muy seguro —respondió él, preocupado, desviando su atención a los nuevos acontecimientos—, será mejor que vaya a ver.

Richard dio tres golpes en el techo, era una de las señales con las que se comunicaba con Roger, su cochero, para indicarle lo que quería en cada momento. En ese caso le estaba ordenando que disminuyera la velocidad. En realidad aún no entendía cuál podría ser el motivo por el que éste se había puesto a correr de esa forma descontrolada, así que pretendía salir al pescante en cuanto el conductor desacelerase y saciar su curiosidad. No pudo hacerlo. Justo cuando fue a abrir la puerta con el vehículo en marcha, el sonido de varios disparos lo sobresaltó, por lo que volvió al interior y Marianne lo obligó a quedarse donde estaba.

—¿Richard? —preguntó asustada, olvidando en ese momento su afán de que él no encontrara los documentos.

Lo miró con los ojos llenos de angustia al no entender qué ocurría, totalmente frágil, desprotegida y accesible. En la mujer que se presentaba ante él en esa fracción de segundo reconoció a su delicada y dulce Marianne, que creía que había desaparecido en las últimas semanas siendo sustituida por otra muy diferente, aunque igual o más deseable.

Vio a la mujer que confiaba en él.

—Tranquila, no permitiré que te ocurra nada malo. Todo esto debe de tener una explicación, seguramente...

Se calló de repente.

Había estado a punto de decirle que no podía entrar en casa de Lothian, robarle algo personal y pensar que se iba a ir de rositas de allí. Después de todo, era conocido por ser un hombre extremadamente peligroso, aunque no tuvo tiempo. Apenas pudo terminar de hablar, cuando notaron que el vehículo aceleraba. Iban a una velocidad temeraria, peligrosa. Ambos se miraron un segundo antes de que el coche acabara volcando al tomar una pronunciada curva de camino a casa del conde, hacia donde él le había indicado a Roger que los llevara en cuanto estuvo seguro de la colaboración de la mujer.

El ruido fue ensordecedor y las vueltas que ambos dieron dentro del carruaje en cuanto éste comenzó a perder adherencia con el camino para acabar estrellado contra un árbol que había a un extremo del mismo parecieron interminables. Giraron, rotaron, gritaron, se golpearon de un lado a otro, hasta que finalmente todo acabó.

En un santiamén pareció que regresaba la calma.

Y en cuanto Richard se dio cuenta de que aún estaba vivo buscó raudo con la mirada a Marianne, que lo observaba presa del terror, como si hubiera visto un fantasma. Al comprobar que ella estaba consciente y que no parecía haber sufrido más daño que la conmoción de lo sucedido, suspiró aliviado. Durante los segundos que tardó en abrir los ojos después del golpe y encontrarla viva, aparentemente ilesa, creyó que moriría. Por lo que la sensación de euforia que lo embargó superó todos los anteriores sentimientos negativos que ella le había despertado. Le hizo un breve reconocimiento con

la vista para asegurarse de que no estaba herida y luego pasó a comprobar cómo se encontraba él mismo. Al sentir que podía mover la mayoría de los músculos y articulaciones de su cuerpo de forma aceptable, decidió que tenían que salir de allí cuanto antes.

Alguien trataba de matarlos, o tal vez alguien trataba de matar únicamente a uno de ellos y había estado a punto de conseguirlo. ¿Y quién podría ser el objetivo? La miró preocupado: desde luego era Marianne. Lo que había robado debía de ser tremendamente importante para el marqués para que se arriesgara a perseguirlos y dispararles en plena ciudad.

—Será mejor que salgamos de aquí cuanto antes.

Marianne no se movió de donde estaba sentada, sobre la ventanilla opuesta a la entrada del carruaje que se encontraba estampada contra el suelo del camino para fortuna de ellos, que podrían salir así por dicha puerta, ubicada en ese momento sobre sus cabezas y sin cristales gracias al impacto.

—¿Estás seguro? No creo que sea buena idea. Podrían estar ahí fuera.

—En realidad lo que no es buena idea es quedarse aquí y esperar que nos rematen.

—Richard...

—Vamos, no es momento de discutir —refunfuñó, mientras la obligaba a incorporarse.

—Richard...

—No me obligues a utilizar la fuerza, Mary. —Intentó convencerla utilizando aquel apelativo con el que la empezó a llamar cuando la cortejaba, hacía ya tantos años.

—Pero es que no puedes...

—Te lo has buscado. —Ya estaba harto, decidió. Así que no le permitió terminar la frase.

Abriendo la puerta de una patada tras colgarse de la ventana desde el interior, se volvió hacia ella, la puso de pie y luego, tomándola por las nalgas, la obligó a subir y salir al exterior de su maltrecho medio de transporte. Debido a que se encontraban a pocas calles de su casa, a pesar de la intempestiva hora, a causa de lo aparatoso del accidente acudieron en su auxilio más de media docena de personas, alertadas por el ruido. Al instante

apareció el pobre Roger, que había salido despedido del vehículo en cuanto éste viró, cojeando debido al golpe que se llevó al impactar contra el camino. Richard suspiró más tranquilo cuando lo vio acudir en su rescate, puesto que se había preocupado por el bienestar del hombre. Era tal la confianza que tenía depositada en él que de haberle ocurrido algo lo habría lamentado enormemente.

—Señor —exclamó aliviado el criado cuando lo vio salir por su propio pie—, no sabe cuánto me alegro de verlo con vida. Me he asustado mucho.

—Ciertamente, Roger —lo tranquilizó, observando a la mujer que lo miraba blanca como una nube del mediodía en un soleado día de primavera—. Ahora será mejor que llevemos a mi tía a casa y llamemos al doctor.

Se dirigió hacia ella y la rodeó con su brazo derecho, mientras se dirigía a pie, seguido de un solícito y cojo Roger, hacia su casa, ante la mirada incrédula de los allí presentes, que se afanaban por ayudarlos y por intentar enderezar el vehículo y soltar los caballos.

—¿Hastings? —preguntó un incrédulo y sonriente Warwick, a quien Richard estuvo a punto de golpear en el baile de lady Dauderdale por sus atenciones con Marianne.

Richard apretó los labios, presa de la impotencia de verse en aquella situación ante aquel hombre. Por lo tanto, hizo lo único que podía hacer, una leve inclinación de cabeza, mientras pasaba a su lado junto con la mujer.

—Lady Marianne. —Warwick dirigió su saludo esta vez hacia ella en voz lo suficientemente alta como para que lo oyeran los allí presentes, atrayendo de esa forma la atención curiosa de dos caballeros que acababan de acudir a socorrer a los accidentados y que los observaron con los ojos abiertos como platos.

De un lado porque el afamado lord Estricto apareciera de esa guisa ante ellos, descalzo, sólo vestido con una camisa abierta y unos pantalones negros, y acompañado de lady Escándalo, que no presentaba mejor aspecto debido a su provocador atuendo, saliendo de un vehículo en plena madrugada en el camino que iba justo en dirección a la casa del conde.

—Caballeros, entenderán que, debido a nuestra penosa situación, no nos quedemos a mantener una agradable charla con ustedes.

Dicho esto, se marcharon de allí.

Marianne, muda.

Roger protegiendo la marcha de su señor y de la tía de éste.

Y Richard consciente de que él sería el protagonista del nuevo escándalo que se desataría a la mañana siguiente, si no antes.

¡Demonios!

\* \* \*

En cuanto llegaron a la mansión, la joven criada que tan poco le gustaba apareció ante la puerta para abrirles y mirarlos con cara de asombro. Enseguida se puso a llorar histérica y Roger tuvo que ir en busca del ama de llaves, la señora Mollins, para que la calmara y procediera a hacer todos los preparativos necesarios para atender al conde, puesto que Thomas seguía ausente.

Una vez dentro de la casa, Richard pareció suspirar aliviado.

La seguridad de su hogar le reportaba tranquilidad en cuanto a un nuevo intento de asesinarlos, un nuevo intento de matarla a ella.

—Aquí estarás a salvo —susurró.

Se dirigió a su dormitorio sin mirar a la mujer, necesitaba hallar un poco de paz en cuanto a todo lo ocurrido esa noche. Y cuando pensaba en todo quería decir *todo*. En su precipitada intromisión en la velada, en su impulsivo deseo de poseerla y hacerlo, en sacarla de allí a la fuerza, en el atentado, en el posible escándalo.

—¿Posible? —refunfuñó, mientras subía la escalera con cierta dificultad. Estaba agotado. ¿Y desde cuando aquella escalinata le parecía tan larga? Subió otro peldaño y sintió que le faltaba el aliento—. Nada de posible —se dijo—, mejor llamarlo «el nuevo escándalo».

—¿Richard? —Marianne estaba justo detrás de él. ¿Cómo era que no la había oído acercarse? Él, que era un hábil cazador.

Tornó su mirada hacia ella con cierta dificultad, la veía un poco borrosa.

—Richard —lo llamó la mujer, aterrorizada—, permíteme ayudarte, por favor.

El conde la miró extrañado.

«¿Ayudarme en qué?»

—¿Quieres acompañarme a mi dormitorio? —preguntó escandalizado.

Ni siquiera ella pensaría que él sería capaz de hacer algo así, meter a la viuda de su recientemente fallecido tío en su cama, en su propia casa. Aquello no sólo sería escandaloso, sería indigno de él.

—Me necesitas —dijo acercándose a él, obligándolo a apoyarse sobre ella en el instante que el hombre pareció sufrir un pequeño mareo.

Exactamente cuando sintió su pequeño cuerpo debajo del suyo supo que estaba perdido, su férrea voluntad pareció evaporarse como el agua hirviendo.

—Por supuesto que te necesito —le dijo con mirada febril.

Marianne ahogó un gemido ante aquellas palabras dichas en un momento en que él no estaba en sus plenas facultades, debido a la herida que tenía en el pecho y que parecía no haber notado siquiera a pesar de los intentos de ella por alertarlo.

—Señora Mollins —ordenó a la enorme mujer que miraba escandalizada la situación y el atuendo de ellos dos—, traiga toallas y caliente agua. Hay que limpiar la herida del conde y ver cuán profunda es. —Luego lo miró—. Llevo intentando decirte lo de tu herida desde que ha volcado el vehículo

En ese instante Richard se miró y vio la mancha roja que se hacía cada vez mayor en su impoluta camisa blanca. A continuación, la miró a ella y, al ver la preocupación en su adorable rostro, asintió y se dejó cuidar.

«Por lo que pudo ser», se convenció.

\* \* \*

Richard tenía en su poder aquello que Marianne había intentado apartar de él con tanta vehemencia. Una pequeña carpeta de piel que ocultaba un par de cartas con el sello real. Miró los documentos intentando descifrar el motivo por el que habían acabado en manos de la mujer. ¿Por qué tanto interés en aquella vieja correspondencia? Las ojeó un segundo y vio que iban dirigidas al marqués de Lothian, lord Kerr. Dudó si debía abrirlas y enterarse

de qué estaba ocurriendo para que Marianne anduviese metida en asuntos de palacio, aunque finalmente decidió que no debía. No era su correo, eran mensajes privados entre dos personas, ¿quién era él para apoderarse de los secretos de nadie? Ya no trabajada para Melbourne, ese tipo de cosas eran típicas de los agentes de éste, así que mejor que lo hicieran otros, no él.

Ahora bien, ¿por qué tanto interés de Marianne en esas cartas hasta el punto de robarlas y exponer su vida? Oyó un suave golpe en la puerta de su dormitorio y procedió a esconderlas en un cajón de la cómoda; a continuación, la animó a entrar y se colocó luego frente a la enorme puerta. Necesitaba respuestas.

—¿Estás mejor?

Marianne acababa de darse un baño y llevaba un enorme batín color borgoña que él solía utilizar para estar en su habitación mientras leía.

Estaba espectacular.

La observó con admiración. Lo hubiera dado todo por convertirla en su esposa, pero ella había elegido otro camino.

«No pienses en ello ahora.»

—Sólo ha sido un rasguño, tanto la señora Mollins como tú habéis armado un alboroto por nada.

Ella hizo un mohín, aunque no replicó.

—De nada —murmuró, esquivando su aguda mirada, azorada—. Sólo he venido a interesarme por tu salud antes de volver a casa. —En realidad era una excusa para volver a verlo.

Eso no le gustó a Richard.

¿Marcharse?

Ah, no, aún tenían algunas cosas que aclarar entre ellos.

—Quería enseñarte algo —le mostró la carpeta y esperó.

Marianne se apresuró a quitársela de las manos y él se lo permitió.

—¿Dónde...? —Lo miró desconcertada.

—Me la ha traído Roger hace un momento.

—Sabes que no es eso lo que iba a preguntarte.

Él la estudió con deliberada calma, mientras a ella se le demudaba el rostro ante la ausencia de lo que buscaba.

—Las cartas se encuentran a buen recaudo.

Empezó a abotonarse la camisa que su ayuda de cámara le había traído, después de que el ama de llaves suturase el enorme tajo que se había hecho a consecuencia del accidente y que había sido la causa de la escandalosa pérdida de sangre.

—Richard —ella se distrajo ante el mecánico movimiento de los dedos de él—, necesito que me las devuelvas. —Su voz apenas era audible.

—No son tuyas —se limitó a decir él, contemplándola abstraído.

—Lo eran hasta que las perdí.

Tenía que conseguir convencerlo de que le devolviese las cartas para poder dárselas a Melbourne y que acabara de una vez toda aquella pesadilla.

—¿De verdad vas a seguir con esto? Estoy un poco cansado de este juego, así que empieza, estoy ansioso por saber en qué andas metida para arriesgarte a robarle a Kerr en su propia casa unas cartas relacionadas con Su Majestad. ¿No te das cuenta de la gravedad de lo que has hecho? Podrían acusarte y nada ni nadie te salvaría.

Marianne alzó la vista hacia los ojos del hombre y lo miró cansada, asustada. Afligida. Se debatió entre contárselo todo o mentirle.

—Yo...

—Te escucho.

«No puedo.»

—Es que...

—Sabes que si andases metida en algún lío yo te ayudaría, ¿verdad?

Ante esas palabras dichas con tal sentimiento, ella no pudo más.

Se derrumbó.

Rompió a llorar.

Richard la observó sin saber qué hacer.

—Vamos, Mary —la animó a confiar en él y ella, cansada, acabó por contárselo todo. Absolutamente. Empezó por la visita de Melbourne, con las consecuencias que acarrearía no trabajar para él, y terminó con su entrada triunfal en la casa del marqués. —¿Por qué no acudiste a mí? —Richard la miraba con el corazón en un puño. Maldita fuera, en el primer mensaje que le envió a Howard, le preguntaba si había algo que debiera saber sobre la esposa

de su tío, y aquél le dijo que no.

Afortunadamente, los hilos que movió para colarse en la fiesta no tuvieron nada que ver con él.

¡¿Por todos los infiernos, qué había pasado con sus vidas?!

«Voy a matar a Melbourne.»

## CAPÍTULO XIII

«¿Por qué no acudiste a mí?»

Esa simple frase, dicha con tanta emoción, acabó por romperla, provocando que se deshiciera en un llanto desolador tras tantas semanas conteniéndolo. Derribando el muro que había erigido, el disfraz de mujer frívola que había adoptado en un intento de parecerse a la mujer que todos pensaban que era y así evitar aquel tipo de preguntas.

Richard la miraba medio furioso medio avergonzado, para a continuación, sin que Marianne tuviera fuerzas para oponerse, cogerla entre sus brazos y acunarla con ternura, a la vez que le daba dulces besos en el pelo, ahogando con sus caricias los sonoros sollozos que ella no podía evitar emitir y que fueron tomando cada vez más fuerza. Deseando, con su amor, borrar todo el dolor que Marianne había soportado, incrementado por él mismo en su cruzada de humillarla una vez y otra, a causa de su estúpido orgullo masculino al creerse rechazado.

—Tenías que haber confiado en mí —decía, más para sí mismo que para la mujer a la que protegía con su abrazo—. Sé que soy un miserable estirado y engreído, que piensa que todo el mundo tiene que conducirse como él cree que debe hacerlo. —Le dio un leve beso en la cabeza, cerrando los ojos—. Pero por Dios, Marianne, sabes que te protegería con mi vida, lo sabes. Así que no entiendo todo esto que nos está pasando, cuando deberíamos estar haciendo planes para el futuro. Para una vida juntos.

—Ya todo está perdido —señaló ella con la esperanza de que él la contradijese—, no soy digna de ser tu esposa ni de ser la esposa de nadie que

se precie —musitó con dolor.

No lo hizo. Richard no se lo discutió, no podía, se sentía superado por toda aquella situación y, en cierta forma, pensaba exactamente eso.

—No hables, por favor, no lo hagas. —El hombre no quería hablar de lo que quedaba por venir—. Por una vez no discutamos.

Marianne asintió.

—Ya no me quedan fuerzas para hacerlo —musitó, volviendo la vista hacia él, que la contemplaba con mirada vidriosa.

—Entonces, no te marches, quédate conmigo esta noche. Olvidemos por un día todo lo que ha pasado, olvidemos nuestras palabras hirientes, nuestras peleas, nuestras ofensas. No pensemos en el mañana —le suplicó—. Perdóname por el daño que te he hecho.

—Richard, por favor...

El hombre la incorporó delante de él, contemplándola con adoración.

—Permíteme amarte, por favor. —La adoró con la mirada—. Necesito limpiar con mis besos tus lágrimas, necesito hacerte el amor, Mary. No quiero poseerte, quiero amarte.

La mujer sintió cómo su voluntad la abandonaba en pos de las tiernas palabras, de los tiernos gestos, de tanta emoción.

—Te amo —confesó.

Y ésa fue su aceptación.

El conde no necesitó nada más, la colocó sobre el mullido colchón de la enorme cama con dosel y se recostó a su lado, apoyándose en un codo.

\* \* \*

La contempló con anhelo.

Posesivamente.

En sus ojos podía percibirse el deseo descarnado, la necesidad fulgente de poseerla. Sin embargo, contuvo el impulso de hacerla suya como su cuerpo le exigía, con fiereza, con pasión. Esa noche quería que Marianne sintiera la fuerza de ese sentimiento del que era preso, sin palabras, sólo con sus caricias, con sus besos, con todo su ser. Lentamente abrió la prenda

masculina que ella se había puesto después de asearse, un tejido que se adaptaba a su cuerpo curvilíneo de forma escandalosa, provocándole a Richard un ardor impúdico al fijarse en cada detalle de aquel cuerpo embriagador, hecho para seducir, hecho para el amor, la lujuria y el más fiero desenfreno. Se encogió al descubrirla en cueros bajo la tela y apenas pudo contenerse cuando la vio observarlo ansiosa, mientras se humedecía los labios, invitándolo a actuar. Sin poder esperar un segundo más, se inclinó sobre ella y la besó suavemente en el ombligo, sonriendo al sentir la deliciosa contracción involuntaria de la mujer. Comenzó de inmediato con su seducción y posó su lengua delicadamente justo en el vientre de ella, que intentó detenerlo, azorada, al darse cuenta lo que se proponía hacer.

—No, querida mía, no te voy a permitir ponerme límites —susurró contra su entrepierna, hacia donde se había deslizado despacio, saboreando aquella inmaculada piel a su paso.

A continuación, la obligó a abrir las piernas para colocarse bien entre ellas y tener fácil acceso al centro femenino. Marianne accedió impaciente, intrigada. Cuando el hombre le dio el primer lametazo pegó un brinco; de no ser porque él la tenía firmemente sujeta por las caderas hubiera saltado ante el contacto. Richard no se detuvo ahí, sino que continuó con aquella dulce locura, provocándole sensaciones que ella jamás creyó experimentar. Escalofríos, sí, muchos escalofríos, pero debido a las sensaciones que la recreación del hombre en su sexo le provocaban. A pesar de que había estado casada, sus experiencias con su marido se limitaban a tumbarse de espaldas y que éste se desahogara sobre ella. Nunca lo deseó, nunca lo amó, por eso aquello le estaba resultando celestial, mágico y arrollador.

Era..., aquello era... delicioso.

Gimió y sintió la sonrisa del hombre entre sus pliegues al oírla.

¡Dios santo, qué maravilla!

—Ven —lo llamó—, necesito sentirte. —Su voz era un reclamo.

—Lo harás, Mary, te aseguro que lo harás.

Richard se incorporó lo suficiente como para quitarse la camisa, que apenas se había abrochado instantes antes, y continuó con sus prendas inferiores. Ella lo observaba embriagada.

—Eres perfecto —lo alabó.

La mirada de Richard se oscureció ante el escrutinio de la mujer, inflamado como estaba, duro como una roca.

—Si pudiera describirse la perfección con el tacto —se inclinó de nuevo sobre ella colocándose encima, aunque aguantando su peso en los codos, observándola como un hombre famélico una hogaza de pan—, en estos momentos sería un encumbrado poeta. —Le acarició un pezón con los dedos y la oyó gemir de nuevo—. Cada línea, cada perfecta circunferencia —le dio un lametazo—, me faltarían horas en el día para acabar la obra de tu cuerpo. Toda tú eres poesía.

Marianne suspiró hipnotizada por lo que le hacía, por lo que le decía. Lo necesitaba ya, no podía esperar. El anhelo de tenerlo dentro de ella era imperioso, dolía. Lo aprisionó con las piernas, lo envolvió en ellas, pillándolo desprevenido. Richard aspiró su aroma y la miró con lujuria, le cogió los brazos, colocándoselos por encima de la cabeza, observando las múltiples sensaciones que desprendía el rostro de la mujer.

—Eres mía, siempre serás mía. Nunca olvides eso.

Entró en ella y, al hacerlo, ambos se miraron a los ojos. Se hicieron mil declaraciones de amor, no hacían falta promesas de futuro, sólo ellos dos. Sólo ese momento, ese lugar. Marianne se movió, incitándolo a hacer lo mismo, y él recogió el guante. Entraba y salía del cuerpo de la mujer que tenía entre los brazos con deliberada lentitud, enloqueciéndola, haciéndola gritar de puro gozo. Impregnándose de ella, de su olor, de su ser. Cuando aceleró las embestidas en busca de la satisfacción de ambos, Marianne lo acompañó hasta que finalmente Richard se derrumbó sobre ella, derramando su simiente en su interior. Había sido maravilloso, pensó, ése era su refugio.

—Te amo. —Marianne volvió a confesar su amor; no pudo contener las palabras, no quería. ¡Amaba a ese hombre, por todos los cielos! ¿Quién mejor que él para saberlo?

—Duérmete —le ordenó Richard en tono meloso, mientras se recostaba junto a ella y la atraía hacia su cuerpo, ignorando aquella declaración de forma deliberada.

No pudo decirle que él también la amaba, que su devoción rayaba en la

locura; no se había atrevido a hacerlo porque no estaba seguro de lo que podría ofrecerle, de si habría futuro para ellos.

—Richard...

—Aprovechemos el momento, no pensemos en nada más.

La abrazó y cerró los ojos, necesitaba asimilarlo todo. La terrible explicación del comportamiento de ella, su desconfianza hacia él al no pedirle ayuda antes de lanzarse de cabeza al oprobio social, lo que les depararía el futuro si... Todo—. Mañana —murmuró.

Marianne calló.

No lo contradijo.

No le exigió nada, eso sí, entendió que no habría un futuro aceptable para ella junto a ese hombre.

«Y, sin él, moriré.»

Tendría que marcharse de allí cuanto antes.

\* \* \*

Marianne estaba intranquila, no podía conciliar el sueño.

Richard no le había dicho que la amaba.

No lo había hecho a pesar de que ella sí se lo había confesado, dos veces, y eso le dolió. Tampoco le había asegurado que tendrían un futuro, se había limitado a decirle que no pensarán en el mañana. ¿Qué podía significar eso sino que él ya había descartado la idea de tener una vida junto a ella?

Tragó saliva para contener un nuevo llanto.

Lo único que le quedaba por hacer, la única salida honrosa, era desaparecer, pero ¿adónde iría? Ya no tenía en su poder nada con lo que negociar con Melbourne, Richard también le había arrebatado eso. Tendría que ser independiente por sus propios medios. Era inteligente, algo se le ocurriría, sólo necesitaba una oportunidad. Cerrando los ojos, se acurrucó contra el pecho del hombre que yacía desnudo a su lado, con respiración pausada, saciado.

«No me importa, puedo ser libre por mí misma, y lo seré.»

## CAPÍTULO XIV

Lo contempló despacio, admirando cada rasgo masculino que completaba aquel armónico y fiero rostro que dormía plácidamente. Richard tenía los rasgos más perfectos que Marianne hubiera visto jamás y era el único hombre capaz de hacerla inflamarse de deseo simplemente con una mirada fugaz. Así que, cuando la devoraba de aquella forma descarnada, como venía haciendo en las últimas horas, la fiebre se apoderaba de ella de una forma que no sabía contener. Estudió con detenimiento cada línea, cada perfecta imperfección, aprendiéndose de memoria aquella imagen varonil que la subyugaba. Que la enardecía y que la hacía enmudecer con su sola presencia. No podía continuar con ese juego malsano. Sus volátiles y pasionales encuentros tendrían que tener fin algún día.

—Debo marcharme —susurró, y se inclinó hacia él para darle un leve beso en los labios, con amor, con adoración.

«¡Dios mío cuánto lo amo!»

En ese instante el hombre se movió, gimiendo, tal vez debido a la molestia que le producía la herida. Quizá por sentir su abnegada caricia. Afortunadamente, la herida no era grave. En cuanto la señora Mollins le suturó el enorme tajo y detuvo la hemorragia, y tuvo que hacerlo la pobre mujer entre sollozos y resoplidos, puesto que él no quiso llamar al doctor para no avivar más la rumorología que seguramente ya habría dado comienzo desde el instante en que sufrieron el ataque, el color volvió a su rostro.

«¡Qué hombre tan testarudo has resultado ser!», pensó con una leve sonrisa.

Con mucho cuidado, se levantó del enorme lecho del conde y se dirigió a las habitaciones que Becky solía ocupar en la casa señorial cuando aún vivía con Richard; tenía la esperanza de que aún quedaran algunos de sus vestidos en el armario, de no ser así tendría que volver a enfrentar la mirada reprobadora del ama de llaves al pasearse a plena luz del día con el batín del señor. Haciendo un pequeño mohín ante las curiosidades del destino al pensar que esa misma mujer la había adorado y mirado con admiración cuando su esposo vivía, decidió ir cuanto antes por la prenda.

Ya había tomado su decisión, sólo le quedaba recuperar su aspecto respetable para salir de inmediato de allí y desaparecer para siempre.

Sí, sería lo mejor.

Lo mejor para todos.

Lo mejor para Richard.

Lo mejor para ella.

Él nunca podría ser feliz con alguien que había enlodado su reputación de aquella forma de manera consciente. Él nunca comprendería que todo lo hizo para protegerlos, a ellos, para protegerlo a él. Su tozudez no le permitiría ver la verdad. Si se hubiera llegado a descubrir que Rodolfo era un traidor, todos habrían caído en desgracia, sobre todo Richard, quedando relegado al ostracismo. Incluso podría habersele privado de su patrimonio, de su título, y eso ella nunca se lo hubiera perdonado. No lo habría hecho porque el culpable de toda aquella situación era su finado esposo, su maldito esposo, que incluso desde la tumba les tenía que hacer la vida imposible. Incluso muerto había conseguido separarlos. No, ella no podía permitir que Richard lo perdiera todo por culpa de su marido, sobre todo si estaba en su mano evitarlo.

Y él parecía no querer verlo, estaba empeñado en culparla por no haber requerido su ayuda cuando Melbourne fue a visitarla con aquella propuesta escandalosa.

Y no había negado que era imposible enmendar su relación.

«No hay futuro para nosotros y él lo sabe, por eso calló anoche. Por eso no quiso hablar más del asunto.»

Ambos sabían que no había una salida respetable para ellos. Y Marianne

tenía una cosa clara: no iba a quedarse allí como la amante del conde de Hastings. Nunca. Tal vez su reputación estuviese hecha añicos, pero ella seguía siendo la misma. No iba a permanecer impávida mientras era vilipendiada, marginada.

No lo haría.

Y no había solución posible.

Richard necesitaba la seguridad de su impoluto apellido, un apellido por el que había luchado con toda su alma para que volviera a brillar con dignidad, un apellido que lo significaba todo para él. Que era él mismo. ¿Acaso iba a abandonarlo todo por seguir a una mujer marcada por el escándalo? Una mujer a la que no podría convertir en su esposa, pues eso sería una misión suicida. «¿Esposa? Ni siquiera ha mencionado tal cosa.»

Y no lo haría. Su amor no llegaría tan lejos.

«Ni siquiera me ha dicho que me ama tanto que lo daría todo por mí, simplemente me reprocha que haya actuado como lo hice.»

—Después de todo, soy lady Escándalo —murmuró.

Al salir del dormitorio, envuelta en el batín del conde, se dio de bruces con aquella joven criada que se había puesto a llorar histérica cuando los vio aparecer la noche anterior.

—Lady Marianne —la llamó sin levantar los ojos del suelo—, ¿se encuentra usted bien? ¿No le hicieron daño anoche?

La preocupación de la joven la enterneció.

—Estoy perfectamente. —Le sonrió ajustándose bien su indecente atuendo teniendo en cuenta de dónde salía y la hora que era, casi el mediodía—. Muchas gracias por tu preocupación.

«Me muero de la mortificación, todos saben ya que he pasado la noche en su cama.»

—Me alegra mucho saber que se encuentra bien. —Alzó la mirada hacia ella—. De verdad que me habría disgustado si le hubiera ocurrido algo malo.

Esa actitud a Marianne le extrañó un poco, teniendo en cuenta que hasta esa noche nunca había visto a aquella jovencita.

—En realidad quien necesita cuidados es lord Hastings —señaló dulcemente—, por lo que le encomiendo que, por favor, esté pendiente de

cualquier cosa que precise. Teniendo en cuenta que Thomas no se encuentra en la casa, necesita a alguien que aplaque su mal humor cuando yo.... —calló de repente.

La criada pareció ponerse un poco tensa ante su encargo, pero inmediatamente recuperó la compostura.

—Descuide, lady Marianne —asintió con seriedad—, estaremos atentos a su recuperación.

No sabía por qué, pero algo en la forma en que la chica dijo aquello no le gustó. «Estoy volviéndome loca. Toda esta situación me está trastornando.»

Asintió con la cabeza para despedir a la muchacha y se encaminó a la antigua habitación de su sobrina en busca de algo más apropiado que ponerse y poder marcharse de allí.

\* \* \*

Si alguien se lo hubiera dicho no se lo habría creído.

Incluso tuvo el impulso de pellizcarse para asegurarse de que aquello no era ninguna pesadilla. Marianne acababa de cruzar la puerta de la calle y se disponía a marcharse sin ser vista, cuando la persona que menos podía esperar que apareciera por allí se materializó ante ella, toda esplendor, gracia y belleza, y con aquel aire de falsa inocencia que la caracterizaba, lo cual la convertía en una persona tremendamente peligrosa. Observó boquiabierta cómo se detenía en cuanto estuvo segura de quién era su presa: ella. Entrecerró los ojos al darse cuenta de que se dirigía hacia allí con aquel desparpajo y arrogancia tan propios de la nobleza, y esperó el huracán que se le venía encima.

—¡Marianne! —la saludó Clare, la futura condesa de Strafford, con exagerada euforia incluso para ella, que era la reina del drama.

Ante la viuda se presentó la viva imagen del candor, por suerte para Marianne conocía a la dama lo suficiente como para no caer en sus redes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin rodeos y sin poder comprender su inoportuna aparición.

Aquello era ilógico.

¿Clare en casa de Hastings sin que Becky estuviera presente o a punto de llegar?

Si Richard la descubría allí la sacaba a patadas, textualmente.

Ninguno de los dos soportaba al otro.

—Tu pregunta resulta un poco grosera, ¿desde cuándo eres tan directa?

—Clare hizo un mohín.

Marianne no supo si ofenderse o echarse a reír.

—¿Desde que me resulta extraño tu comportamiento?

—Mi conducta es de lo más habitual —fingió inocencia—, he venido a visitar a Rebeca —se explicó—. Julian me ha comentado algo de que ella vendría hoy a ver a Hastings. A pesar de que ese hermano suyo es un patán insoportable, lo adora, y acude a visitarlo siempre que viene a la ciudad con Aberry, incluso antes de entrevistarse conmigo.

En la belleza rubia había incredulidad ante el comportamiento de su otra amiga para con su hermano.

—Es comprensible, es su única familia y se quieren mucho.

—Jum, jum. —La miró la mujer de pelo platino—. ¿Y tú? Me resulta insólito verte aquí después de todos los desaires que te ha dedicado tu sobrino, por no decir nada más ofensivo, y más increíble resulta verte escabullirte de esta forma.

Marianne abrió los ojos como platos. Desde luego que no se andaba por las ramas.

«Sí, aunque tiene parte de razón, cualquiera pensaría lo mismo, pero ella al menos lo dice.»

—Clare, ¿no crees que tu impertinencia raya en la mala educación? —la amonestó, intentando evitar responder a la pregunta, aunque la otra no pareció sentirse afectada por verse reprendida.

—Depende del punto de vista —dijo con toda naturalidad.

Marianne la miró escandalizada.

—Pues eso sí que no lo entiendo.

—Si le haces preguntas indiscretas a una amiga que te importa mucho, no es descortés —sentenció—: es un deber moral.

—Esa amiga agradece tu preocupación, pero te aconseja que no

interfieras en sus asuntos.

Esperaba que con esa réplica la otra cediera en su empeño.

—No pretendía inmiscuirme —se excusó contrita—, sólo sentía curiosidad.

A Marianne no la engañaba con su falso pesar, estaba segura de que pretendía enterarse de todo para luego contárselo a Rebeca o, incluso, algo más. ¿Y cómo iba ella a mirar a la cara a su querida sobrina y amiga cuando descubriera que mantenía una relación carnal con su hermano?

«Me moriría de vergüenza.»

—Entonces —Marianne tenía mucha prisa, había decidido irse inmediatamente de la casa para no tener que volver a enfrentarse a Richard o sus reclamaciones. «Ni a sus besos»—, será mejor que me marche.

—Estupendo.

Al ser consciente de que Clare no pensaba moverse de allí, se angustió.

—¿Vas a entrar? —preguntó asustada. Nadie estaba enterado del ataque que habían sufrido la noche anterior y Richard no quería que se supiera para no avivar más los rumores.

—A eso he venido.

—Pero Rebeca no está aquí.

—No me importa, la esperaré. No creo que Hastings se encuentre en casa a esta hora. Es muy tarde para holgazanear, y alguien tan aburrido como él no pierde el tiempo durmiendo si puede ir al Parlamento a sermonear al resto.

En realidad Clare sabía que el conde estaba en la casa, puesto que ya había interrogado concienzudamente al cochero de éste y a un lacayo antes de dirigirse a la puerta principal, y su visita se debía más a que quería investigar un poco sobre el escándalo con el que su doncella la había despertado esa mañana que a otra cosa. Aunque cierto era que la excusa de visitar a Rebeca siempre le venía bien.

—Clare —intentó hacerle entender Marianne sin tener que dar muchos detalles—, es mejor que vengas en otro momento.

—No veo por qué. Pienso que éste es un momento excelente, no tengo nada mejor que hacer —le sonrió cándida.

También quería sondear a la servidumbre del interior de la casa. Ella

sabía cómo sonsacar la información de forma que ni se dieran cuenta de que se la estaban proporcionando.

—Por favor, no es buena idea, créeme.

Marianne estaba cada vez más nerviosa, necesitaba salir de allí con urgencia y la otra se lo estaba complicando, puesto que no estaba dispuesta a dejar vagar a Clare a sus anchas por la casa sin que Thomas estuviera para controlarla; el viejo mayordomo era de armas tomar y de los pocos capaces de frenar a esa muchachita.

La susodicha la observó con astucia durante un breve lapso de tiempo.

—De acuerdo —aceptó cambiando de estrategia—, me marcharé si dejas que te acompañe. Iré contigo a dondequiera que vayas.

—No puedes —murmuró temerosa.

Había decidido desaparecer y no decirle a nadie hacia donde se dirigía.

Clare la miró, esta vez sin ninguna máscara que desdibujase su aguda inteligencia.

—Estoy convencida de que tu extraña actitud de hoy se debe al escándalo que el repelente de Hastings y tú protagonizasteis anoche. —No le permitió interrumpirla—. Aunque para mí es totalmente incomprensible qué es lo que ves en él, acepto que lo ames.

—Clare...

«Así que lo acepta», pensó irónica.

Marianne intentó convencerla de que estaba equivocada, aunque la otra ni siquiera la escuchó, y no detuvo su discurso.

—También acepto que nunca habría esperado de él que actuara como se dice que lo hizo anoche, raptándote de una fiesta y trayéndote consigo a esta casa escasos de ropa. De no haber sido por vuestro desafortunado accidente, nadie habría sabido jamás cómo se las gasta el conde. Aunque debo reconocer que estoy gratamente sorprendida, su mojigatería me sacaba de mis casillas.

—¿Todo eso se dice de nosotros? —Marianne apenas podía respirar. Lo único que había llamado su atención de todo lo que la otra le estaba relatando era lo del escándalo.

Ahora sí que Richard la odiaría para siempre.

Un escándalo.

Un gran escándalo.

Un escándalo descomunal con ellos dos como protagonistas.

«Pensaré que soy el ser más perverso que jamás haya conocido por colocarlo en esta situación.»

Clare alzó las cejas en un gesto cómico.

—En realidad, eso y algo más.

No era cierto, pero Marianne no iba a ir preguntando por ahí qué era lo que se decía de ellos.

—Tengo que irme inmediatamente, por favor, discúlpame. —Estaba aterrorizada de tener que enfrentarse a Richard cuando éste se enterase del nuevo chisme.

Clare se preocupó un poco al verla en tal estado de conmoción, por lo que decidió que debía prestarle auxilio sin más, después de todo, se convenció, eran amigas y ella era una buena persona. Y pronto iba a ser madre, ya le faltaban pocos meses, de ahí su buena disposición a ayudar a los demás de forma desinteresada.

—Marianne, creo que seguiré tu buen juicio. Rebeca quizá no esté aquí, así que será mejor que regrese cuando esté segura de que se encuentra en la casa. —La otra la miró agradecida, puesto que ambas sabían, aunque ninguna lo dijese, que lo que no quería Marianne era que Clare entrara en la mansión—. Ahora, si me lo permites, y creo que lo harás, pondré a tu disposición mi cochero y mi medio de transporte. Percibo que tienes prisa por marcharte.

—No tienes que hacerlo, iba a alquilar un carruaje. —Le miró el abultado vientre—. Tú lo necesitas más que yo.

«No se va a dar por vencida fácilmente.»

—Lo sé —la tranquilizó con una angelical sonrisa—, pero quiero hacerlo. En realidad, necesito redimirme por las cosas hirientes que haya podido decirte. A veces actúo sin pensar y no soy consciente de mis palabras hasta que éstas han salido de mis labios. Por supuesto, luego me arrepiento.

En ese instante, la joven criada que por lo visto aparecía de cualquier parte, asomó la cabeza por la puerta.

—Señoras —parecía sorprendida al verlas allí, e incluso intrigada—,

¿necesitan algo?

Marianne se sintió aún más incómoda por que la muchacha la viera allí, así que miró a Clare con agradecimiento y aceptó su oferta. De inmediato se dirigió al vehículo de ésta y le transmitió al cochero la orden de su señora de que la llevara a donde necesitase.

El hombre, acostumbrado a los dispares de su patrona, ni rechistó, asintió con la cabeza de forma amable y se dirigió a la casa de la viuda a recoger unas pertenencias para luego tomar otro camino.

Uno del que luego tendría que informar en cuanto regresara a casa de lady Penfried.

## CAPÍTULO XV

Richard no estaba completamente dormido cuando Marianne salió de la habitación esa mañana, sin embargo hizo como que lo estaba. Aún no se encontraba preparado para hacer frente a todo lo que vendría, ni siquiera sabía si quería hacerlo. Por ello dejó que saliera del dormitorio con la intención de tener unos minutos para pensar sin que ella lo distrajera. Estaba seguro de que la amaba, eso seguro. ¿De que la deseaba? Sin duda. Entonces, ¿qué le estaba sucediendo? Que era un estúpido.

Al cabo de un buen rato, cuando se levantó, se aseó y arregló, bajó a tomar un refrigerio, temeroso de encontrarla aunque buscándola por cada esquina. Le extrañó no verla por ninguna parte, no es que hubiera tomado aún ninguna decisión con respecto a ellos, pero necesitaba verla. Saber que estaba bien. Que estaba segura cerca de él.

Se dirigió a su despacho y le encargó a la señora Mollins que buscase a Marianne para pedirle que fuera a su encuentro. Había llegado el momento de mantener la conversación que iba postergando, improvisaría.

Al cabo de más de media hora apareció la buena mujer con la noticia de que Marianne se había marchado hacía ya bastante.

¿Cómo que se había marchado?

Richard montó en cólera y decidió que tenía que desquitarse con alguien. Tenía en mente a la persona perfecta y merecedora de su encono, el causante de toda aquella desastrosa situación.

Sir Howard Melbourne se encontraba en White's bebiendo una copa de jerez mientras leía el periódico de la mañana, cuando un furioso Hastings apareció ante él y le dio un fuerte puñetazo en la cara que lo lanzó de espaldas, consiguiendo tirar incluso la silla que estaba ocupando.

—¡Que narices...!

Inmediatamente, y antes de que el agredido pudiera incorporarse, el conde volvió a la carga y le asestó otro golpe que le impidió levantarse.

Cuando iba a propinarle un nuevo sopapo, Richard sintió que era sujetado por otros dos caballeros que lo apremiaban a calmarse, mientras el personal de servicio del exclusivo club masculino ayudaba a Melbourne a incorporarse.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre, Hastings? —inquirió éste palpándose la mejilla dolorida.

—Me vas a decir ahora mismo qué significa esto. —Le mostró los documentos que Marianne había robado de la casa de Kerr e inmediatamente el rostro de Melbourne se descompuso.

—¿Qué haces tú con eso?

—Error. —El conde lo miró con desprecio—. La pregunta es: ¿por qué la enviaste a ella?

En vista de que se estaban congregando más personas de las deseadas ante la violenta escena, espectadores ávidos de noticias que después propagarían en las salas de baile a las que acudían, ante un más que interesado y hastiado público, Melbourne decidió que sería mejor fingir que el altercado no era más que un malentendido e invitó al conde a seguirlo a un apartado.

Si se llegara a descubrir que tenía espías entre sus pares en misiones nada honestas y que utilizaba cualquier método del que pudiera valerse para reclutarlos, su carrera política estaría acabada y todos esos años de esfuerzo para llegar algún día a convertirse en ministro habrían sido en vano.

Así que sería mejor dejar pasar el ataque sufrido por ese imprevisible Hastings e intentar que aquella reyerta no pasara a mayores y que lo que la motivó no fuera de conocimiento público.

—Señor Mackelly —Melbourne se dirigió a una de las personas que trabajaban allí, que estaba recogiendo en ese momento el desastre ocasionado por el conde—, ¿podrían llevarnos una botella de whisky a mi reservado habitual? Lord Hastings y yo necesitamos mantener una breve conversación en privado.

El hombre, de pelo ralo y mirada sorprendida, asintió y se marchó inmediatamente a cumplir el requerimiento del caballero. Acto seguido, Melbourne le hizo un gesto a Richard para que lo precediera y lo condujo a una pequeña habitación amueblada con dos enormes sillones orejeros sobre una enorme alfombra Aubusson y una pequeña chimenea, acompañados de una mesilla de roble.

Richard dudó un segundo antes de iniciar el camino hasta el lugar, pero una vez decidió hacerlo, lo hizo de forma rápida y felina. No iba a permitir que Howard, para quien había trabajado durante al menos diez años, lo envolviera con su palabrería y acabara manipulándolo. En cuanto estuvieron dentro de la habitación, apareció el camarero con la bebida y un par de vasos, los dejó sobre la mesilla, sirvió y se marchó.

Cuando estuvieron solos, Melbourne dirigió su azul y astuta mirada hacia Richard, que no se inmutó un segundo, sino que cruzó los brazos esperando respuestas.

—No tengo mucho tiempo —espetó el conde con encono y sin tomar asiento. No iba a permitirse relajarse ante aquella sanguijuela.

—¿Puedo saber cómo es que tienes tú esos documentos?

—Me sorprendes, creía que estabas al tanto de todo.

Melbourne se puso serio.

—Eso pensaba yo también.

—El cómo han llegado hasta mí no te incumbe. Lo cierto es que los tengo, que no son tuyos y que has convertido a una mujer decente en... en...

El agredido lo miró con una sonrisa irónica.

—Supongo que tu enfado viene motivado por la conducta de lady Marianne.

Richard tuvo que contenerse para no golpearlo de nuevo.

—Exactamente por ella —escupió—. ¿Cómo has podido hacerle esto?

—No me creerías si te dijera que no tenía elección.

—Creo que es la única verdad que vas a decirme hoy.

Melbourne suspiró.

—Necesitaba con urgencia esas cartas y ella cumplía el perfil a la perfección —le explicó con la mayor naturalidad del mundo, mientras tomaba un sorbo de uno de los vasos de whisky que había llenado el señor Mackelly—. Una dama vinculada a una buena familia, hermosa y viuda, joven y con un marido que podría haber sido acusado de traición... Era perfecta para el papel.

—Tú y yo sabemos que la has engañado y enredado en tus estúpidos juegos políticos. Nunca habrías hecho tal cosa, acusar a mi tío supondría atentar contra mi familia. Y me debes bastantes favores como para atreverte a tanto.

El otro se encogió de hombros.

—Fue decisión suya. Podría haberse negado, podría haber acudido a ti.

Richard sintió el aguijón del veneno de esas palabras clavarse en su piel, porque eso era exactamente lo que él le había recriminado a Marianne.

—La utilizaste de forma ruin, a una dama inocente.

—Vamos, Hastings, no he hecho otra cosa que lo que hago siempre. Si estás tan molesto conmigo es porque la mujer te interesa —bebió otro sorbo—, y mucho, por lo que puedo percibir por tu estado de exaltación. Nunca lo hubiera imaginado —murmuró incrédulo.

Richard se acercó a él y dio un fuerte golpe en la mesilla que provocó que tanto la botella como todo lo que había sobre la bandeja se esparciera por el suelo, sobre la cara alfombra.

—No sé qué pretendes conseguir, pero tu jueguito se acabó. Yo tengo estas cartas y se las voy a hacer llegar a su legítimo dueño.

—¿Cómo sabes que son de Kerr? —Hizo la pregunta en un tono duro, demasiado quizá.

—No lo sé ni me importa, pero en cuanto salimos de la mansión de Lohtian alguien intentó matarnos, así que no voy a poner en riesgo la seguridad de ella. Si es lo que quiere el marqués, lo tendrá.

La mirada de Melbourne se volvió cada vez más hostil.

—No puedes hacer eso, tú también trabajas para mí. —Estaba realmente molesto—. Te ordeno que me entregues las cartas.

Richard se acercó y se inclinó un poco con el fin de intimidarlo, teniendo en cuenta que era mucho más alto que el otro hombre.

—Después de esto, creo que nunca volveré a hacerlo. No vuelvas a acercarte a mi familia.

Se dio media vuelta en dirección a la salida.

—No lo hacías por mí, sino por tu país, recuérdalo.

Richard se detuvo un segundo, aunque sin volverse.

—Mi país ya me debe unas cuantas.

Y salió de la habitación sin mirar atrás, dejando a un Melbourne tras de sí con mirada especuladora.

Tendría que pensar un plan alternativo para conseguir que el conde atendiera a razones.

## CAPÍTULO XVI

Richard se encontraba en su despacho, mirando por la ventana que daba al jardín trasero; normalmente solía sentarse a trabajar en dicho lugar, con la agradable visión de su hermana ocupando el níveo banco de mármol que allí había. Al menos lo hacía cuando ella aún vivía en la casa condal, y él se deleitaba contemplándola. Verdaderamente lo disfrutaba. Por desgracia, recordó con tristeza, desde su casamiento ya no podía gozar de dicha compañía como lo hacía antes, puesto que su nueva condición de mujer casada, y futura madre, ocupaba la mayor parte del tiempo de ella.

Se recreó en el espectáculo que en ese momento ofrecía Rebeca sentada en el banco, leyendo feliz un libro, consciente sólo de sí misma y de su deseado embarazo, llena de alegría. Estaba hermosa, más bella que nunca, con el rostro bañado por el sol de media tarde, era un claro indicio de cuanto amor desinteresado podía prodigarse a una persona. Sonrió plenamente. En realidad la adoraba, y adoraría igual a su futuro sobrino o sobrina, lo mismo que habría adorado a Marianne y a cualquier hijo que hubieran podido tener si los acontecimientos se hubieran desarrollado de forma distinta.

Él amaba a su hermana, daría la vida por ella, la bala que tenía incrustada en el brazo y que nunca pudieron sacarle así lo demostraba; por ende, también querría con la misma fiereza a cualquier hija o hijo que ella pudiera tener y no quería quedar relegado a un segundo plano en aquella relación. Necesitaba formar parte de ese sentimiento que la embargaba, de esa dicha de tener una vida dentro de ella, necesitaba sentir que su propia vida no se había ido al infierno en los últimos días, que nunca perdería a esa persona que

parecía abarcarlo todo con su alegría.

Así que, dejando de lado la revisión del correo que tenía pendiente, decidió reunirse con Rebeca.

—Ahora mismo —murmuró.

\* \* \*

—¡Richard! —lo llamó Becky desde el jardín en cuanto lo vio asomar la cabeza por allí—. Vamos, ven a sentarte a mi lado. Mi nuevo estado me cansa mucho, me han dicho que es lo normal en el primer trimestre, me tiene completamente agotada.

Él se acercó fingiendo hacerlo sin muchas ganas, cuando en realidad había ido precisamente a eso: a participar de esa felicidad. Inmediatamente, su hermana lo obligó a sentarse en el banco, mirándolo risueña, dejándole ver la ilusión en su hermoso rostro.

«Si Marianne no lo hubiese estropeado todo.»

—¿Sabes una cosa? —dijo Richard—. Me alegro de que finalmente no te casaras con ese infame de Melbourne.

Necesitaba decir aquello, sobre todo después de descubrir lo manipulador y frío que podía ser el hombre que eligió como prometido de su hermana.

Ella lo miró sin comprender.

—Estaba convencida de que nunca me perdonarías que hubiera estropeado mi compromiso de la forma en que lo hice. Estaba segura de que lo preferías a él a cualquier otro —confesó, evitando mirarlo a los ojos.

Richard soltó un resoplido.

—Fue lo más inteligente que pudiste hacer.

Aún estaba furioso con Howard, entendía su postura egoísta, pero deseaba haberle hecho mucho más daño del que estaba seguro de que le había hecho.

—Me alegra oírlo, y Aberry también se pondrá muy contento de saberlo —le agradeció Rebeca sonriendo.

Richard la miró con cara de espanto.

¿Aberry?

Maldición, se había olvidado de él.

—Preferiría que no lo supiera. Me gusta pensar que se siente en deuda conmigo por seducir a mi hermana delante de mis narices.

—No seas malvado, Richard, sabes perfectamente cómo sucedió todo.

Por supuesto que lo sabía, aunque hubiera preferido permanecer en la ignorancia respecto a ese tema.

—Desgraciadamente lo sé. —Hizo una mueca mientras acariciaba la cabeza de Rebeca.

La historia de cómo ella conoció al marqués y todo lo que sucedió después, con secuestro incluido, era algo de lo que evitaban hablar si no era estrictamente necesario. Sobre todo, no hablaban de la paliza que Richard le dio a su cuñado al creer que se había aprovechado de su hermana y que la había mancillado.

—Y también sabes que soy inmensamente feliz. —Rebeca pareció rememorar algún recuerdo en el que participaba su marido—. Por nada del mundo cambiaría un instante de todo lo que sucedió.

—Becky —dijo él mirándola a los ojos con una ternura que la hacía quererlo más si era posible. En verdad Richard se merecía ser feliz—, te confieso que estoy más que contento con tu elección al verte tan dichosa. Incluso teniendo que soportar ver a ese pavo real que tienes por esposo deambular por mi casa como si tal cosa. Lo más importante para mí es tu felicidad.

Una sombra de tristeza, que no pasó desapercibida para la mujer, cruzó la mirada del conde.

«Y para mí lo es la tuya», quiso decirle, pero se contuvo a tiempo. Con Richard no se debía dar rienda suelta a los sentimentalismos, porque era una persona tremendamente reservada. Si no, ¿cómo había podido soportar ver a la mujer que amaba casada con su propio tío? Le daba mucha pena ver sufrir a su hermano sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Tan bueno, tan apuesto, tan correcto y entregado a los demás, ¿por qué no podía tener fortuna en el amor?

«Porque tiene que convertirse en un mal hombre, como yo me convertí en una mala mujer.»

—Richard... —dudó sobre cómo preguntarle lo que la estaba angustiando —, ¿qué ha ocurrido entre tú y Marianne? —¿Podía ser más directa? Estaba segura de que no.

El hombre evitó mirarla.

—¿A qué te refieres? —Richard pensó que si tal vez lo negaba todo quizá todo se olvidara. «Lo malo es que es el tema de moda»—. Iluso —murmuró por lo bajo.

—Bueno, se dice... —«Ay madre, a ver cómo se lo pregunto»—, dicen, dicen que...

—Rebeca —la amonestó duramente—, ¿de verdad tenemos que mantener esta conversación? —No se sentía precisamente inclinado a tratar esos temas con su hermana pequeña.

La mujer se colocó bien los lentes sobre el puente de la nariz y pareció meditar antes de responder. No iba a retroceder.

—Es necesario que lo hagamos.

Richard soltó una maldición, pero no se apartó ni hizo ademán de marcharse.

—Está bien. —Decidió que cuanto antes acabaran, mucho mejor para todos. Al fin y al cabo, le tendría que hacer frente de un modo u otro—. Te escucho. ¿Qué dicen las buenas gentes de mí? ¿Que soy un sinvergüenza? ¿Un canalla? ¿Un crápula?

Ella lo miró un poco avergonzada. Desde luego no parecía tener ni idea de lo que todos murmuraban.

—En realidad hablan de... ella.

Richard dirigió su mirada veloz hacia su hermana. ¿De qué estaba hablando? ¿Cómo que hablaban de ella, de Marianne? Se indignó. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

—¿Y?

—Se dice que os pillaron en una situación bastante comprometida en casa de lord Kerr, que Marianne parece haber perdido toda dignidad, degradándose por relacionarse con según qué personas, aunque yo no entiendo muy bien a qué fue a esa casa, puesto que sus fiestas son altamente secretas. No me explico cómo consiguió la invitación ni cómo pudo saber

cuándo se celebraría la fiesta. —Becky parecía divagar—. Ni tampoco por qué acudió, teniendo en cuenta que el marqués se caracteriza por ser un maleducado y un libertino. Entrado en años, pero libertino después de todo.

Richard apretó los dientes.

Por supuesto, en esa sociedad en la que vivían, toda la culpa y la deshonra recaía siempre sobre las mujeres, incluso si éstas eran ultrajadas u obligadas a hacer cosas que no querían. Sí, ésa era la maravillosa sociedad en la que se movía y de la que necesitaba la aprobación para que no recayera sobre su hermana ni sobre él el estigma que había conseguido borrar con tanto esfuerzo.

Intentó controlar la furia que empezaba a sentir.

—Interesante —masculló. ¿Qué más podía decir?

—Dicen que ella estaba casi desnuda y que tú no pudiste resistirte a sus encantos. En realidad, culpan a Marianne de tu caída en desgracia.

—¿He caído en desgracia? —preguntó, fascinado por el nuevo giro que parecía estar dando su vida. Y todavía más atractiva le resultaba la idea de que parecía no importarle, cosa extraña en él.

La mujer asintió.

—Ya no te llaman lord Estricto, ahora te llaman lord Caído.

Richard no pudo evitar soltar una estruendosa carcajada.

—¿Te parece gracioso? —Rebeca estaba realmente asombrada.

Para su hermano, que no se relacionara su nombre con ningún escándalo era algo de vital importancia. Richard no se permitía el más mínimo desliz sólo por no tener que oír su apellido asociado a alguna crítica.

—Digamos que me resulta revelador. —La miró intrigado—. ¿Y todo eso se dice de nosotros porque alguien ha comentado que nos vio en dichas circunstancias?

—También porque alguien vio salir a Marianne de esta casa a la mañana siguiente del *incidente*, muy temprano.

Eso sí que no le hizo ninguna gracia, puesto que la mujer se había marchado sin despedirse de él ni darle la opción de aclararse o tomar una decisión respecto a su futuro.

—Ya veo.

En realidad no veía nada.

—Richard —Rebeca volvió a la carga—, sabes que nunca me inmiscuiría en tus asuntos.

—Lo sé —murmuró.

—Sin embargo —tragó saliva—, me veo en la obligación de hacerte ver, quiero decir, de señalarte, que tu comportamiento en las últimas semanas me ha hecho comprender que algo te está trastornando. —La mirada ingenua de Becky lo conmovía.

Él la miró alzando una ceja, irónico.

«No me digas.»

—No creo haber cambiado tanto, simplemente he tenido que lidiar con algunos sucesos inesperados.

«Concretamente con la repentina conducta de Marianne.»

—Sé que es por ella —soltó de repente Rebeca mientras se volvía a colocar bien los anteojos—, no es necesario que lo niegues.

—Hummmmm. —No iba a decir nada más que eso.

—Sabes que la quiero mucho, para mí es como una hermana.

—Becky...

—No —lo detuvo—, déjame terminar.

—No quiero que te hagas falsas ilusiones.

«Soy yo el que no quiere hacérselas en realidad.»

—Sólo quería que supieras que, decidas lo que decidas, yo estaré siempre a tu lado para apoyarte. Aunque preferiría verte feliz y ser rechazado por nuestro entorno, a verte infeliz y recibiendo cientos de invitaciones y palmaditas en la espalda por haber hecho lo que se esperaba de ti. Piensa que todas esas personas que alaban tu buen juicio no vuelven contigo a casa cada noche ni aguantan tus malas caras o tus días de euforia. No son nada.

El conde no dijo nada, sólo se quedó mirando sus brazos vacíos.

«Vacíos», se repitió.

Solos.

Como lo estaría el resto de su vida.

—Todo es mucho más complicado de lo que piensas.

—Eres mi hermano y te amo —le acarició el rostro—, y por eso quiero

verte querido, feliz. Quiero verte formar una familia, como yo he hecho. No quiero que te quedes solo ni que te conviertas en un hombre amargado y triste. Lucha por tu felicidad y al cuerno el resto del mundo. Si la quieres no la dejes escapar, si no la quieres lo suficiente como para luchar por ella y enfrentar los rumores y las habladurías, busca otra persona y sé feliz.

Se volvió de nuevo para mirarla, incrédulo y sorprendido por estar recibiendo ese sermón de su pequeña Becky. ¿Cuándo había madurado tanto que él no se había percatado de su evolución? En ese instante, Rebeca se acercó y le dio un sonoro beso en la mejilla para reconfortarlo. Al momento se incorporó y, al hacerlo, una nota carmesí cayó al suelo. Richard se inclinó para coger el papel con el objetivo de devolvérselo, sin embargo, al hacerlo algo llamó su atención. Algo en lo que no había reparado hasta ese momento.

¿Qué le resultaba familiar de aquel escrito?

—¡Ay! Qué torpe soy —murmuró Rebeca—. Es la invitación de Clare para que acuda mañana a su casa a tomar el té, seguramente querrá ponerme al corriente de algo. —Sonrió—. En realidad parece más una orden que otra cosa, pero ya sabemos cómo es, tiene que organizarnos la vida a todos para estar contenta.

Al momento se marchó hacia el interior de la casa y lo dejó allí, solo, mirando sin ver nada, haciéndose mil preguntas.

¿Organizar la vida de todos?

¿Podría ser?

No sería capaz.

—Por supuesto que lo es —murmuró furioso, incorporándose de un salto—. Lo que no me explico es cómo no se me ha ocurrido antes.

\* \* \*

Richard entró en tromba en su despacho en busca de lo que sabía que guardaba en el primer cajón de su escritorio: el anónimo. Si lo que estaba pensando en ese instante era cierto, no habría lugar en el mundo ni persona que pudiera ponerse por delante entre él y esa malcriada y manipuladora esposa de su amigo.

—La mataré, sí, eso es lo que haré —masculló—. Maldita entrometida. No podía quedarse al margen de nuestras vidas. ¡Oh, no! Tenía que interferir. Encontró lo que buscaba en cuanto abrió el cajón.

—Ajá, aquí está.

Se detuvo un instante a ojear el anónimo y la certeza lo enfureció aún más. Era la misma letra elegante y redondeada que tanto le llamó la atención cuando recibió la nota. Así que decidió salir disparado de su casa en dirección a la de su amigo Penfried. Lo sentía por él, de verdad que lo sentía, pero enviar iba a ser lo mejor que le ocurriría en la vida.

—Con el tiempo se dará cuenta de que es lo más conveniente para él.

«Maldita mujer.»

En el instante en que volvía a dejar el anónimo en el mismo sitio donde estaba, la señora Mollins requirió su atención.

—Lord Hastings, necesito decirle algo.

La mujer regordeta lo miró contrariada desde la puerta de la habitación.

—Tiene cinco minutos —le concedió él sin muchos miramientos—, necesito salir de inmediato a atender un asunto urgente.

Ella le dirigió una mirada apesadumbrada, puesto que parecía que lo que tenía que decir requeriría más tiempo.

—Verá —se frotó las manos un poco nerviosa—, es que me pareció que lady Penfried no es de su agrado, y como ha estado haciendo preguntas indiscretas...

Richard la miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Lady Penfried ha dicho?

La mujer pareció asustarse ante el interés del conde, sobre todo temió haberse sobrepasado al irle con chismes sobre una dama, más aún cuando la misma era la esposa de uno de los amigos de su señor.

—En realidad, no sé si habré malinterpretado la situación.

—No lo creo —la animó sentándose de nuevo—, adelante, la escucho.

Y el ama de llaves procedió a relatarle cómo la dama en cuestión había estado haciendo preguntas al servicio sobre las visitas de la viuda del honorable Rodolfo, tío del señor y recientemente fallecido, así como de la enfermedad que aquejaba al pobre Thomas, el mayordomo, con lo cual la

intención del conde de cometer un asesinato iba haciéndose más fuerte con cada palabra que la pobre señora Mollins pronunciaba.

## CAPÍTULO XVII

Lady Clare Penfried se encontraba en la habitación que estaba preparando para la llegada de su bebé cuando apareció Marie, su doncella francesa, con cara de espanto, seguida por un exaltado Hastings. La pobre muchacha la miraba pidiéndole disculpas con los ojos por no haber podido detener al conde, que entró en la mansión a voz en grito exigiendo verla y acorralando a la servidumbre bajo amenaza de golpearlos violentamente si no lo conducían hasta la habitación donde se encontraba la futura condesa.

En cuanto la localizó se dirigió hacia ella.

—Necesito que me expliques algunas cosas. —En su voz se podía percibir la rabia que sentía.

La muy ladina ni se inmutó cuando lo vio. Se limitó a mirarlo alzando una perfectamente delineada ceja rubia y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a Marie para que se retirase. «Por fin», se dijo la mujer, ya era hora de que ese estirado apareciera por su casa.

—Lady Clare —objetó la doncella al ver que su señora no despedía al hombre.

—Retírate, Marie —le ordenó sin darle importancia— y pídele a la señora Potts que nos mande el té, por favor. Creo que lord Hastings necesita calmarse un poco. —Al decir esto último lo miró haciendo una mueca.

—¿Quiere que llame al señor? —preguntó esperanzada la muchacha, temerosa de cualquier acción del imprevisible conde.

—No será...

—Sí —la interrumpió un airado Richard—, será interesante ver la cara

que pone Penfried cuando descubra que conoces las fiestas de Lothian.

Clare fingió toser. Luego lo miró incrédula e indignada. ¿Pretendía perjudicarla ante su esposo? Estúpido hombre. Y ella que hacía todo lo posible por ayudarlo a dejar atrás ese disfraz de buenas formas que llevaba puesto desde que podía recordar.

—¿Estás jugando sucio, Hastings? —le preguntó cuando la doncella se hubo marchado corriendo en busca del ama de llaves para llevarle el encargo del té, así como su opinión de que sería prudente comunicarle al señor que aquel noble loco estaba amenazando a su esposa.

Clare lo miró desafiante.

—Lo que estoy es intentando averiguar el motivo de que andes metiendo las narices en mis asuntos y en mi casa. —Afortunadamente para todos, la furia inicial que había sentido cuando descubrió que tanto la letra de la invitación del primer baile de Marianne desde que enviudó, como la del anónimo, así como la de la tarjeta que se le cayó a Rebeca en su casa, eran de la misma persona—. Así que —la miró con dureza— no me moveré de aquí ni permitiré que salgas de esta habitación hasta que me digas por qué demonios me enviaste ese maldito anónimo y por qué andas interrogando a mis criados.

Clare lo miró mientras se colocaba un mechón, tan rubio que parecía blanco, detrás de la oreja. Era la perfecta imagen de la inocencia y la honestidad, con aquellos enormes ojos verde esmeralda observándolo directamente, como si no tuviera nada que temer. Sin un ápice de maldad.

«Conmigo no funcionan sus trucos», se dijo el hombre. Por todos era conocido el talento de la dama para manipular las situaciones, así como los sentimientos de los demás, en su favor.

—En realidad no voy a negar lo del aviso —reconoció sin inmutarse.

—No lo niegas. —Su descaró lo pilló desprevenido.

La mujer hizo un gracioso mohín.

—Ciertamente, no.

—¿Estás diciendo que estás al tanto de las bacanales de Kerr? —Él no creía que su amigo estuviera al tanto de que aquella afición de su esposa, de saberlo hubiera corrido la sangre. ¿Le estaría mintiendo para proteger a otra

persona?—. ¿Lo sabe Penfried?

La curiosidad iluminó los ojos de la mujer, por lo que Richard presumió que en realidad no sabía exactamente a lo que se acudía a aquellas fiestas. ¿O tal vez sí y estaba jugando con él?

—¿Quieres decir que lo que se hace en esas fiestas secretas es... es...?

Al parecer no.

—Exactamente, señora mía. Son orgías, personas que se unen a otras íntimamente sin saber la identidad de su pareja por una noche. Personas de dudosa moral. ¿Me estás diciendo que no lo sabías? —Aquello sí que resultaba inverosímil. ¿La entrometida de la amiga de su hermana desconociendo algo? Si no fuera porque el tema lo afectaba directamente, hasta le podría resultar gracioso—. Entonces, ¿por qué el anónimo? —la interrogó, empezando a perder la paciencia.

—A esa fiesta es a la que invitaron a Marianne —dijo más para sí que para su imprevisto visitante, como si estuviera asimilando la información proporcionada por Richard—. Vaya, nunca...

En ese instante, una espigada mujer entró en la habitación acompañada por la doncella que minutos antes fue despedida por la dama, echándole a Richard una dura mirada por su comportamiento.

—Milady —se dirigió a la dueña de la casa—, ¿necesita que le sirva el té?

La otra pareció darse cuenta en ese instante de la presencia de la mujer.

—¿Qué? —La miró—. Ah, sí, nuestro té. No se preocupe, señora Potts, yo me encargaré de servirlo. Puede marcharse.

—¿Está segura de que no necesita nada más? —El ama de llaves parecía reticente a salir de allí.

Por lo visto no se fiaba de él, pensó Richard con una siniestra sonrisa que no le llegó a los ojos. Mejor así, a ver si terminaban de marcharse de una vez por todas y él podía seguir con su búsqueda de información. Empezaba a impacientarse por la exagerada lentitud de la señora Potts en entender que debía irse de allí cuanto antes, por lo que en dos zancadas se colocó justo delante de la ventana de la estancia y empezó a mirar hacia la calle. Impaciente.

—Muy segura —la tranquilizó Clare con una sonrisa—. Aunque, Marie —llamó la atención de la joven—, creo que necesitaré mi vestido celeste para la cena, prepáralo por favor.

—Por supuesto, lady Clare. —Y se apresuró a obedecer saliendo intranquila de la estancia seguida del ama de llaves, que le lanzaba miradas de desconfianza a Richard durante su marcha.

—¿Puedes crees que piensan que vas a hacerme daño? Menuda tontería —expresó Clare en voz alta mientras servía el té de inmediato, como si lo que acabara de decir no tuviera ninguna importancia—. Bueno, por dónde íbamos. —Hizo la pregunta sin mirarlo—. ¡Ah, sí! Estabas reconociendo que sin mi inestimable ayuda nunca hubieras sabido de la invitación que recibió tu tía para esa... —esta vez sí que lo miró encantada con la noticia— ¿has dicho orgía? ¿No me dirás que donde os han pillado ha sido en esa casa? Bueno, en realidad no importa. Es el último gran escándalo. Hay varias versiones, aunque nadie sabe cuál es la correcta. La verdad es que pienso que pasaran años antes de que se olviden de vosotros. —Lo miró intrigada, mientras se mordía el labio—. ¿En serio ibais tan escasos de ropa cuando os descubrieron?

Richard apretó la mandíbula y se volvió a mirarla.

—No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad?

—No entiendo por qué debería hacerlo. —Lo dijo para molestarlo, aunque aceptó que estaba disfrutando con aquello—. Pero la verdad es que simplemente sentía curiosidad. En realidad, mucha curiosidad.

Richard se pasó una mano por el espeso y despeinado cabello en un gesto de impaciencia.

—Sospecho que me obligarás a saciar tu curiosidad, ¿no es cierto?

Ella fingió molestarse por dicha afirmación.

—Supones demasiado, aunque no creas que no se me ha pasado por la cabeza, después de todos tus desplantes. —Richard no discutió eso. Todos sabían que pensaba que era una mala influencia para su hermana y que incluso le prohibió que acudiera a su casa en busca de Becky—. Sin embargo, pese a lo que tú creas, soy una excelente persona —le sonrió angelicalmente mientras se acariciaba su abultado vientre—, así que considero oportuno

decirte donde se encuentra escondida Marianne.

«¿¡Qué!?» Ante esas palabras Richard enmudeció.

¿Cómo qué donde se escondía Marianne? ¡Un momento! ¿Qué estaba pasando allí? ¿Acaso Marianne había desaparecido? ¿Se había marchado sin hablar con él? ¡Por todos los infiernos! Esas mujeres iban a acabar con su paz mental. ¿Y por qué él no lo sabía?

«Porque no me he preocupado de ir a buscarla a su casa, donde pensaba que estaría esperando a que yo tomara una decisión.

»Soy un maldito imbécil.»

—¿Estás jugando conmigo? —explotó.

La mujer le ofreció una taza de té, que él rechazó sin miramientos.

—¿Tal vez prefieres algo más fuerte? —preguntó entrecerrando los ojos—. Porque Julian tiene un excelente whisky escondido en su despacho. Él piensa que no lo sé, pero es evidente que sé absolutamente todo lo referente a mi hogar.

—Lo que necesito es que contestes a mis preguntas.

«¿Está haciéndolo adrede? Me está sacando de mis casillas deliberadamente.»

Pues se le estaba dando demasiado bien.

La mujer procedió a endulzarse el té con dos terrones de azúcar, mientras tomaba asiento en un sillón estilo Luis XIV de tonos pastel delicadamente.

—No quiero tu maldito whisky —explotó él.

Clare sonrió por encima de la taza.

—Es de Julian.

—Me importa un pimiento de quien sea. —Se acercó a ella y se inclinó mirándola a los ojos—. Ahora me vas a decir por qué enviaste el anónimo, interrogaste a mis criados y cómo es que conoces el paradero de Marianne.

—De acuerdo.

Eso lo pilló desprevenido, aunque se recuperó rápidamente.

—Estoy esperando.

—Me estoy tomando mi té, en cuanto termine te daré la información que buscas.

—Me resulta totalmente incomprensible cómo te soporta Penfried —

murmuró sin poder contenerse.

—Ese comentario es ofensivo —le reprochó Clare, mientras colocaba la taza de porcelana, tomándose su tiempo, en la bandeja de plata.

El conde se cruzó de brazos y esperó con los labios apretados.

—Te mandé el anónimo, como ya te he dicho, porque siempre he pensado que Marianne y tú estáis hechos el uno para el otro, además de que es evidente que estáis enamorados.

—¿Por eso la has ayudado a destruirse socialmente?

—No he hecho tal cosa, simplemente organicé su vuelta a la vida social; es cierto que no está bien visto que no guarde, al menos, un prudencial tiempo de duelo. Sin embargo, el *honorable* Rodolfo no se merecía ninguna consideración por parte de nadie después de todo lo que hizo; en cuanto me di cuenta de que Marianne se estaba extraviando demasiado me preocupé, por eso te envié el anónimo, porque he oído cosas sobre las fiestas del marqués —lo miró intrigada—, aunque nunca imaginé hasta dónde podían llegar.

—¿Cómo descubriste la invitación? —le preguntó, preocupado porque esa mujer también acudiera a dichos encuentros. Después de todo era la esposa de Penfried y la amiga de su hermana, y, ¡diantres!, la conocía desde hacía tanto tiempo que no podía evitar sentirse temeroso por ella también, a pesar de que no la soportara.

—Se le cayó a Marianne cuando estuve de visita en su casa. —Se encogió de hombros como si fuera lo más natural del mundo—. La cogí, la leí y la dejé en lo alto de un aparador. Si piensas que la robe —lo miró altanera—, no es así.

—¿Y lo de interrogar a mi servicio?

«Esta mujer no tiene límites, no puedo creer que Melbourne no la haya reclutado ya.»

—Eso es una corazonada que tengo.

Richard resopló.

—¿Y la puedes compartir conmigo?

—Aún no, pero lo haré más adelante.

—Estupendo —aceptó descruzando los brazos—. Pues no vuelvas a perseguir a mis criados. Y ahora, dime, ¿cómo es que sabes dónde está

Marianne?

—Lo sé porque soy una buena persona y una buena amiga, a pesar de lo que tú creas, y también porque le presté mi carruaje y mi cochero para que la llevase donde ella quisiera.

Lo miró triunfal y él no supo si echarse a reír o llorar.

Ahí estaba la famosa dama metomentodo. Posiblemente lo hizo para saber hacia dónde se dirigía Marianne y atormentarlo con dicha información.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —Clare seguía sin ponérselo fácil.

Richard comenzó a resoplar.

—¡Dime dónde demonios está, porque necesito hablar con ella!

—Te lo voy a decir —consintió—, pero antes tienes que prometerme hacer una cosa por mí.

—¿De nuevo un chantaje? —No se lo podía creer, volvía a las andadas; ya le hizo lo mismo cuando desapareció Rebeca—. No sé de qué me sorprendo.

Clare se indignó. Estaba harta de que la considerasen una chantajista, cuando lo único que hacía era arreglarles la vida a todos ellos.

—Sólo te lo diré —decidió que le convenía ignorarlo— si cuando llega el momento en que necesite que apoyes una idea mía frente a los demás... lo haces. Sobre todo, necesito que convenzas a Julian. Al fin y al cabo te considera un hombre de buen juicio, no me explico por qué, pero así es.

Richard entrecerró los ojos. ¿Qué podría querer esa loca de él?

—¿Qué idea? —Sabía que no tenía escapatoria, pero lo aterrorizaba que lo inmiscuyera en sus maquinaciones.

Clare fue al grano, no iba a dar detalles de su proyecto hasta que llegase el momento de hacerlo. Así se ahorrraba tener que empezar a batallar desde ese instante.

—No tienes de qué preocuparte, no es nada tan deshonoroso como acudir a una de las fiestas secretas del marqués y ser descubierto en una embarazosa situación con tu tía política.

«La mato y me va a dar igual su estado.»

—No tienes límites.

—¿Aceptas? —lo ignoró.

Necesitaba la ayuda de Hastings si quería que su proyecto tuviera futuro, puesto que su esposo se podía volver demasiado intransigente dependiendo de en qué situaciones.

Richard la observó durante unos interminables segundos antes de asumir que si quería encontrar a Marianne cuanto antes tenía que ceder al chantaje de esa arpía.

—Acepto.

—Excelente —sonrió Clare, consciente de que había ganado—, verás, Marianne se encuentra en Crawley.

\* \* \*

Richard salió como un relámpago de casa de Penfried.

Había ido caminando, más bien corriendo en busca de esa malcriada, puesto que sus casas no estaban tan alejadas la una de la otra y no quiso esperar a que le preparasen el carruaje, además de que estaba decidido a que su cochero se tomara al menos unos días de descanso. El pobre Roger bastante tenía con aguantar sus impulsivos actos de los últimos días como para andar herido por todo Londres por los problemas de él con las mujeres.

—Disculpe. —Chocó contra alguien en su carrera por volver a casa, coger su caballo y salir raudo y veloz hacia Crawley.

—Vaya, pero si es lord Hastings.

Debido al tono de burla de la persona a la que había arrollado en su loca carrera, Richard se detuvo un momento para ver de quién se trataba. Se encontraba en tal estado de excitación que estaba seguro de saltar a la mínima provocación.

—Kerr —se asombró en cuanto reconoció al otro.

El hombre hizo un leve saludo con la cabeza, mientras le dirigía su peculiar mirada.

—Espero que su premura no esté relacionada con organizar un nuevo escándalo que saque a la luz otra velada estrictamente privada y de escasa, hasta ese momento, trascendencia pública. —Era un reproche, sin duda.

—En realidad quería hablar con usted.

Hastings estaba seguro de que los hombres de Lothian eran quienes los habían atacado y quería terminar con un nuevo intento de asesinato de inmediato. En realidad no podía culparlo, puesto que habían entrado en su casa y le habían robado algo personal.

—Interesante —murmuró el hombre entrado en años, observando impertérrito al conde.

—Necesito devolverle algo. —Se metió la mano dentro de la levita y sacó las cartas.

El marqués no entendió qué pretendía hacer, así que alzó las cejas, interrogante.

—¿Se supone que debo estarle agradecido por...? —Miró a Richard con interés, aunque sin saber a qué venía todo aquello.

Normalmente admiraba a los hombres que actuaban según sus deseos, aunque al conde no le tenía tomada la medida.

—En realidad estoy haciéndole un favor. —Su expresión era neutra—. Esto es lo que provocó que intentara asesinarnos la noche de su fiesta. —Le ofreció aquellos papeles viejos—. Ahí los tiene, se los reintegro, ahora ya puede dejar de perseguirnos. Ordene a sus matones que nos dejen en paz.

Richard conocía demasiado bien de dónde procedía la fortuna del noble como para no sospechar que su ataque se debió a que había descubierto lo del robo. En sus días al servicio de Melbourne había tenido que entrar alguna que otra vez en ese oscuro mundo.

Kerr lo miró sorprendido. ¿De qué estaba hablando Hastings? ¿De qué robo hablaba? ¿Y de qué ataque? Miró primero las cartas y luego a Richard, sin comprender, hasta que se percató de qué eran esas cartas, o más bien de quiénes eran. Entonces montó en cólera.

—Estimado Hastings —le espetó furioso—, si yo me hubiera enterado de que habían atentado contra mi hospitalidad robándome en mi propia casa, en mi propio dormitorio —su cara estaba roja de furia—, créame que usted no estaría vivo en este momento. Mucho menos la encantadora mujer con la que se relaciona íntimamente.

A Richard le molestó escuchar cómo se refería a Marianne, sobre todo

con ese deje de desprecio. A pesar de ello se contuvo. Si ese hombre, vinculado con la peor escoria del país, no había intentado asesinarlos, ¿qué estaba pasando? Desde luego, el marqués parecía bastante sorprendido cuando le enseñó aquellas cartas, y dudaba que fuese de farol, puesto que su fama lo precedía y no era un hombre dado a esconderse cuando quería arruinar o machacar a alguien. ¿Entonces?

—Puesto que le he devuelto su posesión —le advirtió con dureza—, espero que acepte nuestras más sinceras disculpas y admita que se ha tratado de un terrible error. Le agradecería que olvidara lo ocurrido.

Inmediatamente, se marchó de allí, dejando a un enfadado Kerr tras de sí.

—Maldita sea —murmuró Richard—, ¿quién podría querer vernos muertos? Y, lo más incomprensible, ¿por qué motivo?

«Tengo que encontrarla cuanto antes.»

Aún no podía creerse que Marianne se hubiera marchado así sin más, como quien no deja atrás nada de valor.

Pues lo había dejado a él.

## CAPÍTULO XVIII

—¿Estás segura?

—Completamente. Yo misma vi cómo se subía al carruaje de lady Penfried.

—Lady Penfried, lady Clare Stanton —murmuró—. ¿Cuándo dejará esa jovencita de entrometerse en asuntos ajenos? Todo lo que tiene de bella lo tiene de curiosa.

—¿La conoce usted? A mí me pareció una dama encantadora, y no quisiera que nadie más que el conde sufriera por lo que le ocurrió a mi hermana.

El hombre la miró astutamente. Tenía que reconocer que haber reclutado a aquella pobre inocente y crédula para llevar a cabo sus planes había sido todo un acierto. Nadie reparaba en ella, y desempeñaba muy bien su papel. Si supiera que quien mató a la estúpida de su hermana fue él mismo... Una siniestra sonrisa se dibujó en su envejecido rostro. Envejecido debido a las penurias que estaba pasando por culpa de ese malnacido de Hastings.

—La dama no es un objetivo.

—Tampoco me dijo que lo sería lady Marianne. Aunque nunca la había visto hasta ayer, no me parece el tipo de mujer de la que todos hablan tan mal, incluido usted mismo.

—Eso no es de tu incumbencia. Buscas venganza y yo te la voy a proporcionar —estalló—. Es lo único de lo que debes preocuparte.

La muchacha lo miró desconfiada.

—Yo sólo quería dañar al conde, no a personas inocentes.

—Si no hubieras sido tan torpe, él estaría muerto en estos momentos.

Frances estaba harta de ese hombre, mucho. Le repugnaba tratar con él; era un ser malvado, celoso y egoísta, sin embargo, tenía que seguir sus órdenes para poder ver cumplida la misión que se había marcado: matar al conde de Hastings.

—No fue mi culpa que Thomas decidiera probar el té que había preparado para él; al menos pude reaccionar a tiempo y le di un manotazo consiguiendo que la taza y toda la bandeja se estrellasen contra el suelo, partiéndose en mil pedazos, por lo que no hay evidencias. —La joven tenía muchos remordimientos por haber provocado tal malestar en el anciano que la había acogido con mirada amable—. Afortunadamente sólo ha sufrido un leve envenenamiento.

Aquel criminal la contempló con hastío, mientras se tomaba su whisky en aquella sucia habitación de hotel, en aquel inmundo barrio de la enorme ciudad.

—No, pero yo me he visto obligado a retenerlo hasta que todo esto termine.

Frances supo que iba a hacer algo más que retener al hombre en cuanto hubieran dado cumplimiento a su cometido, por eso ella había ideado un plan alternativo.

—Entonces, será mejor que nos pongamos en marcha. El conde ha salido esta tarde en busca de su esposa.

Rodolfo la miró con rabia. Odiaba que le recordasen que su sobrino y su mujer eran amantes después de todo lo que él hizo por separarlos.

—Averigüemos entonces dónde se encuentra esa zorra —sentenció, mientras cogía su arma y se dirigía hacia la mansión de Penfried.

## CAPÍTULO XIX

—¿Qué demonios ha pasado?

Julian estaba que se subía por las paredes. Se sirvió un coñac y se lo tomó de un trago. Su mujer iba a acabar con su paz mental y con la de todos los que la rodeaban, puede que hasta con sus vidas.

—Han atacado a Raymond.

—Eso ya me lo has dicho. —La señaló controlando la furia que lo embargaba—. Ahora vas a decirme —golpeó la mesa al colocar el vaso bruscamente sobre ella— por qué alguien iba a golpear a mi cochero hasta destrozarle las costillas sólo para saber adónde había llevado a la viuda de Rodolfo Saxonhurst.

Clare se colocó detrás del mullido sillón que solía ocupar en las escasas horas en las que bordaba, temiendo que en cualquier momento Julian comenzara a lanzar objetos. Ella sabía que nunca le haría daño, mucho menos llevando a su progenie en su vientre, aunque también sabía que cuando se enfadaba arrojaba todo lo que hubiera a su alcance.

—Julian —intentó aplacarlo desde la distancia—, te prometo que no lo sé.

—¡Ah, querida esposa, sí que lo sabes!

—No, créeme, por favor —le suplicó con los ojos húmedos, aunque ambos sabían que era una treta—. Yo sólo le pedí a Raymond que llevase a Marianne al lugar que ella le indicara, porque quería desaparecer.

—¿Y debo creerte?

—Por supuesto —se indignó, olvidando su pena—. Soy tu esposa, nunca

te mentiría. —Julian la miró alzando la ceja izquierda—. De no ser estrictamente necesario —se corrigió—. Y aun así tampoco lo haría, sólo no te informaría de todo.

—Claaaare.

Era una advertencia y ella lo sabía.

—Vamos, Julian, sabes que esos dos llevan años enamorados. Tú mismo lo has reconocido en alguna ocasión, y yo sólo quería colaborar en su reconciliación.

—¡Te he advertido de mil formas diferentes que no te entrometas en la vida de nadie, sobre todo en la de mis amigos!

—Y no lo he hecho.

—¿Ah, no?

—¡No! —Se plantó ante él con los brazos cruzados, mientras el hombre la miraba desconfiado.

La amaba con locura, sin embargo, ese sentimiento no le nublabla la razón y era consciente de lo que era capaz su esposa en su afán por arreglar la vida de los demás según su criterio.

—Pues, entonces, explícale a tu obtuso marido qué está ocurriendo aquí.

Clare lo miró, inteligente.

—Lo que deberías preguntarte es por qué alguien golpearía salvajemente a otra persona sólo para saber el paradero de una mujer. ¿No te parece extraño?

Si pensó que tenía razón, no iba a decírselo. Ya estaba demasiado pagada de sí misma.

—Por lo visto a ti sí que te lo parece.

Ella asintió.

—He estado averiguando...

—No sé de qué me sorprende, no podías dejar en paz al pobre Hastings como tampoco lo hiciste con Aberry.

—Aberry está felizmente casado gracias a mí. Y si ese estirado de Hastings no fuera tan... tan...

—No lo digas —refunfuñó Julian. Odiaba que les pusiera adjetivos ofensivos a sus amigos.

—Si me dejas explicarte, te diré que Hastings y Marianne no tuvieron un accidente, los atacaron. Y que Thomas tampoco está enfermo con gripe, sino que fue envenenado y ha estado retenido contra su voluntad.

—¿De qué hablas?!

—El propio Thomas lo puede testificar, ve e interrógalo si quieres; ha aparecido esta tarde en nuestra casa, maniatado y con una capucha en la cabeza. El pobrecito no deja de pedir perdón por meter a esa chica a trabajar en casa de su señor.

Penfried se asustó ante lo que su mujer le relataba, porque si bien era cierto que se había ganado el apodo de metomentodo entre los miembros de su familia, también lo era el hecho de que no solía mentir, a menudo, se corrigió. Y, en el caso de que lo hiciera, ni siquiera ella podría inventar algo así.

Suspiró.

—¿Me estás queriendo decir que...?

—Pues que alguien intenta matar al hermano de Becky, y de ahí ese interés por saber el paradero de Marianne, porque...

Clare se calló de pronto y Julian frunció el cejo.

—Dímelo, Clare.

—Prométeme que no te enfadarás.

Él contó hasta cinco.

«Uno, dos, tres, cuatro y cinco.»

—Prometido —accedió, tomando asiento de nuevo en el sillón que había justo frente a él, para a continuación mirar a los ojos a su esposa, retándola a desobedecerlo.

—Le hice jurar a Raymond que no le diría a nadie el lugar al que había llevado a Marianne, pensando en Hastings, por si descubría que yo la había ayudado a marcharse. Hoy al mediodía ha venido a verme y —se encogió de hombros— he tenido que decírselo al ver lo afectado que estaba con la desaparición de ella. Así que supongo que ya estará en Crawley, en la propiedad que posee allí; es el lugar al que Marianne ha ido a refugiarse.

No le dijo que en realidad había sido ella la que había sacado a colación el tema del paradero.

—¿Crawley?

Si no recordaba mal, allí era donde se encontraba aquella agente que trabajaba para Melbourne y que participó en el secuestro de Rebeca.

—Exacto. Marianne decidió ocultarse allí hasta que decidiera qué iba a hacer con su futuro.

—Y tú has enviado allí a Richard.

—Ha ido él solito, y pienso que ya iba siendo hora de que hiciera algo fuera de lo moralmente aceptable, para variar.

El hombre decidió ignorar ese último comentario.

—¿Así que crees que el ataque sufrido por Raymond tiene que ver con Hastings?

—Estoy convencida de ello.

—¿Alguna vez permitirás que yo me ocupe de asuntos tan delicados? Podrías haberme informado de tus sospechas desde el primer momento.

Ella lo miró con inocencia.

—Podría, pero lo estoy haciendo ahora.

—Porque te he obligado a ello —explotó Julian.

Se levantó de un salto, la agarró con fuerza de los brazos levantándola hasta su altura, la besó con furia y luego la soltó.

A continuación, se marchó de la estancia vociferando que no permitieran que su esposa saliera de allí hasta su regreso.

## CAPÍTULO XX

—Nunca hubiera esperado encontrarte aquí.

La mujer morena observaba a la otra, de edad similar a la suya, mientras ésta preparaba el té. Ambas se encontraban en la cocina de la pequeña residencia que la familia Saxonhurst poseía en Crawley. Una a la que nadie solía ir debido a que, por su pequeño tamaño en comparación con sus otras propiedades, no podía albergar a todos los sirvientes a los que estaban acostumbrados los Hastings cuando se trasladaban, puesto que, entre doncellas, ayudas de cámara y personal de servicio, superaban el número de habitaciones disponibles de dicho lugar.

Precisamente Marianne había elegido ese sitio para esconderse de Richard y poner en orden sus ideas, por la escasa atención que siempre supo que se le dedicaba a la finca.

La casa se componía de dos plantas, aparte del piso inferior, entre las cuales se encontraban repartidas ocho habitaciones, tres en la primera planta, amplias, pero no a lo que estaba acostumbrada en Londres, y cinco en el segundo, más pequeñas y destinadas al personal de servicio. En la planta baja estaba situada una pequeña cocina que daba a un enorme jardín trasero, un amplio vestíbulo desde donde se accedía a los pisos superiores por la elegante escalera, un pequeño salón y una singular biblioteca compuesta en su mayoría por novelas en todos los idiomas imaginables. Al parecer, por lo que había sabido en sus escasos años de matrimonio, la madre de su esposo era una apasionada de dicho género literario, e incluso escribió algunos poemas, publicados bajo un pseudónimo masculino.

—Yo tampoco verla a usted, lady Marianne —sonrió la mujer de pelo trigueño.

Violet vertió el agua caliente en la tetera y luego se dispuso a servir dos tazas, una para su inesperada visitante y otra para ella. Hacía días que se sentía lo bastante recuperada como para emprender su camino, sin embargo, estaba a la espera de la visita de Melbourne por si tenía alguna indicación que hacerle, y de tener noticias de su hermana Frances. No sabía nada de ella desde que le dio la carta a Melbourne.

—Creo que será mejor que dejemos los formalismos, puedes llamarme Marianne. Después de todo lo que me has contado —la miró alzando los ojos al cielo—, creo que estamos en el mismo bando. Ambas hemos sido utilizadas como peones por Melbourne.

—En realidad usted no tuvo elección.

—¿Acaso tú la tuviste?

La mujer se encogió de hombros mientras seguía con su tarea.

—Era una forma de escapar de la pobreza y proveer de un futuro a mi hermana. De no haberlo hecho, quién sabe dónde estaríamos ahora.

No lo dijo, pero no hizo falta, dos jóvenes pobres sin nadie que velara por ellas estarían a merced de cualquier persona sin escrúpulos.

—En realidad, Hastings cree que sí la tuvo.

—El conde es un hombre de férreos principios. Le debió de suponer un esfuerzo sobrehumano dejar a un lado su actitud de hombre formal y acudir a esa fiesta de lord Kerr para ir a buscarla.

Marianne no pudo evitar sonreír.

—No creo que lo hiciera por mí, aún tengo mis sospechas sobre su personalidad oculta. Si lo hubieras visto estas últimas semanas, también dudarías de que estuviéramos hablando de la misma persona.

Violet alzó su violácea mirada hacia ella en un gesto cómico.

—Estoy segura de que sí lo hacemos, y de que lo hizo por usted. —Ella conocía la identidad de varios agentes del ministerio y lord Hastings era uno de ellos. Así que algún indicio de su temeraria personalidad tenía.

—No estoy segura de nada. No me ha dicho que me ama ni ha luchado por retenerme a su lado. Él simplemente me reprocha que haya destrozado

sus ilusiones, nuestro futuro. Me culpa de todo y me considera indigna, aunque no lo diga.

«Eso es lo que más me ha dolido.

»Su silencio.

»Me ha destrozado.»

—La dignidad está muy valorada hoy en día. Una persona debe ser fiel a sí misma, no esperar la aprobación de los demás.

—Para alguien como Hastings es lo más importante, créeme. Jamás aceptará convertirme en algo más que su amante. —Le dolió decir eso en voz alta—. Y yo no podría soportarlo.

En ese momento, la antigua criada de Marianne le clavó aquella mirada inteligente y a ella le pareció que había visto antes esos ojos enormes y de ese color tan inusual. Pero ¿dónde? ¿Y cómo no se había dado cuenta antes de la belleza de la joven, teniendo en cuenta que se hizo pasar por sirvienta en su casa durante casi un año en misión para el ministerio?

—Pues no se lo permita —le dijo Violet con dureza—. Usted es una buena persona, antepuso el bienestar de los demás al suyo propio. No permita que nadie la humille ni le diga lo contrario.

—Sé que soy una persona íntegra a pesar de lo que todos piensan de mí —aceptó—. Sé que Richard no cree que sea una mala mujer, pero sí que he destrozado mi reputación y que eso no tiene remedio. —Bebió un sorbo de té con tristeza—. Por eso estoy aquí, decidiendo qué voy a hacer con mi vida.

Violet la miró con admiración y ella volvió a tener la sensación de haberla visto antes en otro lugar, y no precisamente vestida de criada.

—Verá, Marianne, le voy a contar una cosa. Una persona muy querida para mí fue utilizada por alguien con ínfulas de grandeza, hasta que finalmente la dejó abandonada con una hija a su cargo, y sola. Y todo porque no cumplía ciertas expectativas. —Le cogió la mano—. Se recuperó de dicho abandono y siguió su camino. Somos mujeres, somos fuertes y valientes y lo demostramos cada día al desenvolvernos con astucia en un mundo dominado por hombres.

Marianne percibió la rabia y el dolor que emanaban de aquellas palabras, y sintió pena por la mujer. Y se sintió estúpida por considerarse el ser más

desdichado del mundo, cuando había otras de su mismo género que vivían verdaderos infiernos.

—Te han hecho daño, ¿verdad? —le preguntó preocupada.

Violet desvió la mirada.

—Como a la mayoría de nosotras: plebeyas o aristócratas, ricas o pobres, debemos aprender a sobrevivir. ¿Acaso a usted no la obligaron a casarse con su esposo sin tener en cuenta sus deseos?

—Lo hicieron, y culpé al hombre que amo por no haber luchado por mí —confesó—. Hasta ahora no he comprendido que era yo quien tenía que haberlo hecho, haberme rebelado.

—Así es.

Marianne percibió un gran pesar en la cara de la otra mujer, por lo que se levantó y corrió a darle un abrazo a esa persona que de la noche a la mañana se había convertido en una confidente muy saludable. Encontrársela allí, descubrir aspectos de su vida, el motivo de su estadía y hablar con total libertad sobre lo que la atormentaba, le estaba sirviendo de bálsamo para el alma. Se sentía libre por primera vez en mucho tiempo.

—No me puedo creer que hasta ahora no me haya detenido a conocerte.

—No es que los de su clase se entretengan conociendo los problemas o formas de ser del servicio —ironizó la otra, sonriente.

—Debo sentirme avergonzada por eso, lo sé.

Violet rio con ganas.

—Preocúpese simplemente de cómo evitar que lord Hastings la encuentre, si eso es lo que quiere. Créame que su amante era conocido por ser una persona muy tenaz cuando decidía ir a por algo, de ahí que Melbourne se fijara en él.

Marianne la miró indignada.

«Mi amante.»

—No importa si me encuentra, no caeré en sus redes de nuevo, no quiero sufrir.

Violet desvió la vista y esbozó una lenta sonrisa.

«Por supuesto.»

\* \* \*

Descabalgó impaciente. Necesitaba encontrarla ya.

Cuando Clare le dijo que había desaparecido sintió un frío helado, lacerante, cernirse sobre él. Afortunadamente, aunque jamás lo reconocería ante nadie, aquella entrometida tuvo el tino suficiente como para preocuparse por Marianne hasta el punto de estar al tanto de su paradero.

—Si yo no fuera tan idiota, ella no se habría marchado —murmuró enfadado.

«Si ella hubiera confiado un poco en mí, tampoco se habría marchado.»

Se repitió una y otra vez, desde su encuentro con Kerr al salir de la casa de Penfried, que Marianne no estaba en peligro. Y, a pesar de ello, su instinto le decía que no era así. No sabía por qué, pero una sensación extraña no le permitía bajar la guardia. Precisaba encontrarla, asegurarse de que se encontraba bien. Que tenía lo que necesitaba.

Debía hablar con ella y decirle lo que sentía y que su cobardía no le permitió afrontar la noche en que intentaron matarlos. Marianne esperaba una respuesta que no llegó. Lo percibió en sus palabras, en su mirada de decepción cuando no fue capaz de darle lo que esperaba.

Esta vez no sería así.

Hablaría.

¡Demonios si lo haría!

Iba a hablar y no dejaría de hacerlo hasta que se quedara sin voz o ella lo silenciara con sus besos o con su rechazo. Su conversación con Rebeca había sido determinante; su hermana tenía razón, debía ser feliz, luchar por su bienestar y no ser un infeliz por seguir los dictados de una sociedad hipócrita.

\* \* \*

La encontró.

Ni siquiera tuvo que entrar en la casa.

Richard se había dirigido directamente a la parte trasera porque sabía que por allí había un pequeño establo y un enorme jardín que daba acceso a la

cocina. Menos mal que lo hizo, porque allí estaba ella, tarareando una canción.

«Por lo visto, el único desquiciado con lo que está ocurriendo soy yo.»

Se acercó con sigilo al lugar en el que Marianne se encontraba arrodillada, arreglando unas plantas.

—Marianne —la llamó.

Ella pareció no notar su presencia, porque ni se inmutó, así que Richard volvió a decir su nombre, sin atreverse a acercársele por miedo a su rechazo. Algo en la actitud de la mujer le decía que no era bien recibido.

«Vas a escucharme, maldita sea.»

—Mary —susurró cada vez más molesto por su indiferencia—. No voy a dejar de hablarte sólo porque finjas que no me estás oyendo —dijo furioso—. He comprendido que me gusta hablar, y mucho. Me gusta decir cosas inconvenientes, así que voy a seguir haciéndolo hasta que decidas que soy digno de ser oído por ti.

Marianne no se dio la vuelta, continuó con lo que estaba haciendo. Retirando las malas hierbas del hermoso jardín que Violet cuidaba con tanto esmero.

Maldito fuera. ¿Cómo demonios la había encontrado tan pronto? Apenas había podido prepararse para esa reunión. Hubiera deseado tener más tiempo para poder asimilar su rechazo, que no le diera el suficiente valor como para luchar por su felicidad.

«Lo que ocurre es que soy una cobarde para decirle lo que pienso de su título, de su buen nombre.»

—Dignidad —susurró sin emoción alguna, furiosa consigo misma, furiosa con todo y con todos, pero sobre todo con él por haberla obligado a escucharle—, interesante adjetivo.

¿Por qué había tenido que responder a su provocación?

¿Hasta cuándo, por Dios?

Sabía que cualquier encuentro entre ellos sólo podía acabar de una manera: enfrentados, como había ocurrido tantas veces, con lo cual acabarían diciéndose cosas horribles; o en la cama, como había sucedido últimamente. Y eso era lo que acabaría por matarla. No obstante, cualquiera de las dos

opciones supondría un desgaste emocional para ella. Sí, lo sería.

Se volvió hacia donde se encontraba su inoportuno visitante, pero no se levantó, siguió arrodillada en la tierra, arreglando las plantas. Tal vez así se marchara, después de todo, si hacía como si no estuviera... En realidad, la indiferencia era un arma mucho más poderosa que la cólera para hacer daño. Y de eso Richard sabía en demasía, así que no le costaría trabajo entender su actitud.

—Ha adquirido un nuevo significado para mí —susurró el conde desde toda su altura, sin dejar de observarla como la pantera que decían que era.

«¡Demonios!», maldijo.

Deseaba agacharse, tomarla en sus brazos y salir corriendo con ella sin un destino; sólo ansiaba poder tocarla, abrazarla, besarla... devorarla nuevamente, obligándola a suplicar por sus caricias.

¡Por todo lo más sagrado, cuánto la amaba!

¡Y por todos los infiernos, que cabezota era aquella mujer!

«Y qué imbécil he sido, porque hasta este momento en que la veo totalmente indiferente a mí, no me doy cuenta de que no puedo perderla.»

—Piensa bien tus palabras antes de decirlas —le advirtió Marianne sin mirarlo aún—. Puede que seas el honorable conde de Hastings, pero esta mujer ha decidido, yo he decidido que, a pesar de lo que tú creas, sí soy digna, mucho. He decidido que no me va a importar lo que tú pienses de mí, lo que el resto piensa de mí. ¿Lady Escándalo? Puede que lo sea, pero también soy una mujer honesta. Íntegra. No soy la descarada que todo el mundo piensa.

El la miró, sorprendido de oírla pronunciar ese apodo que le habían puesto por su culpa aun sin pretenderlo. Y dolido, no por él sino por ella, porque no se merecía tal apelativo.

—Marianne... —Su tono era de advertencia, porque no quería que siguiera por ese camino.

La mujer soltó la pequeña pala con la que se estaba ayudando.

¡Basta ya!

Ya estaba cansada. Cansada de todo y de todos.

De Melbourne con sus chantajes, de Richard con sus reproches y su falta

de valor para luchar por ella, de los hombres con sus propuestas indecentes, de las mujeres con sus comentarios malintencionados... de la sociedad en general. De tener que agachar la cabeza por algo que no había podido evitar.

¿Y para qué había ido a buscarla?

Si en vez de llamarla con precaución desde la distancia hubiera ido directo hacia ella, la hubiera abrazado, besado... ¡Aaaaarrggggg! No debo pensar eso o volveré a caer en sus brazos.

«Maldito Richard.»

—Piensa, ¿quién es el hipócrita que me llama de esa forma? —Esta vez sí que se levantó y se colocó justo enfrente de él, rezumando indignación—. ¿Acaso esas amistades a las que tanto estimas? ¿Esos correctísimos conocidos o amigos que mientras me insultaban a mis espaldas intentaban convencerme para que accediera a meterme en su cama? —Richard vio el dolor reflejado en sus ambarinos ojos y fue él quien sintió el aguijonazo, porque ella tenía razón—. ¿Y yo soy la descarriada? ¿La descarada? ¿La amoral? Puede que haya perdido el honor que según el resto no he sabido cuidar, que no he sabido valorar, pero lo que no he perdido es mi dignidad. Sí, Richard —no pudo contener toda la frustración que sentía—, soy una persona digna: lo soy. Y no pienso permitir ninguna nueva falta de respeto por parte de nadie. Se acabaron las ofensas, incluidas las tuyas.

Richard sintió una opresión en el pecho al contemplar el dolor reflejado en aquellos hermosos ojos castaños. ¿Tanto daño le había hecho?

«Por supuesto que sí.»

—Si me hubieras permitido acabar de hablar, maldita mujer —protestó impotente—, podrías haberte ahorrado todo esto. No quiero que te humilles. No quiero nada de eso. Por supuesto que eres digna, mucho más de lo que yo podré serlo jamás. Has sido capaz de sacrificarte por todos nosotros, has actuado con la valentía y el honor exigible a cualquier hombre. No te ha importado que todos pensarán que ibas a perderte por el camino por salvarnos a todos. Y lo has hecho en silencio, soportando mis desprecios, mis insultos, mis bajezas.

—No quiero seguir escuchándote.

Estaba a punto de echarse a llorar.

—Pues lo vas a hacer. Hablaré sin parar hasta que termine de decir todo lo que llevo dentro. —Ya una vez guardó silencio y no iba a volver a hacerlo, necesitaba aquello, por él, por ella—. En este tiempo he aprendido que el honor no es lo que otros piensen de ti, ni lo que tú mismo crees que es lo que deben pensar de ti. He sido un necio y por eso te perdí hace cinco años y no pienso volver a perderte ahora.

Aquellas palabras habían sido un golpe certero a su corazón, más que cualquier insulto, más que cualquier otra cosa. La herían en lo más profundo de su alma, ya no por la disculpa que entrañaban, sino porque, a pesar de haber sido dichas, no significaban nada, puesto que no había un futuro para ellos.

—Te ruego que no remuevas el pasado. —Lo miró con tristeza—. Tú no tuviste la culpa de lo que pasó. Fui una tonta que se colocó en una situación desastrosa por ingenua y no tuvo el coraje suficiente para luchar por lo que quería.

«Esta conversación no nos va a llevar a ningún sitio.»

—Por supuesto que la tuve. No sólo tú tenías que luchar, yo tenía que hacerlo junto a ti. Mi tío te colocó en una situación comprometida para obligarte a casarte con él y conseguir tu cuantiosa dote y, ya de paso, provocarme el mayor dolor que yo haya sido capaz de soportar. ¡Te amo, maldita sea!

Marianne lo miró enmudecida cuando soltó eso.

Por fin lo había dicho.

«Lo ha dicho.»

Siempre había sabido lo que él sentía por ella, pero dudaba de la intensidad de ese sentimiento. Siempre creyó que Richard la amaba, pero no tanto como para desafiarlos a todos y fugarse juntos.

—No, por favor... —No quería oírle. No quería. Se tapó los oídos y él le bajó los brazos con fuerza, obligándola a escucharlo.

No lo haría, hacerlo supondría su perdición, porque acabaría accediendo a lo que había prometido no ser, su amante.

—Vas a escucharme, es hora de que te hable de mis sentimientos. —Fijó su mirada grisácea en la de ella—. Estaba enamorado de ti como un loco, y se

lo dije a Rodolfo. Él sabía que la noche en que ocurrió todo iba a hablar contigo, quería proponerte matrimonio antes de hablar con tu abuelo, no quería que te obligaran a aceptarme. —Le sostuvo la cabeza para que no apartara los ojos de él—. ¿Y qué hizo? Actuó de forma vil y miserable, como lo que era.

La mujer lo miraba angustiada.

—Para... —suplicó entre sollozos, intentando soltarse.

—Y fui tan tonto como para creer que el honor me exigía apartarme y que él te hiciera su esposa —escupió las palabras con rabia contenida—, suya. —La miró con intensidad—. Y hasta ahora no me he dado cuenta de que estos cinco años de calvario imaginándote en sus brazos no han merecido la pena. En aquel momento no luché por ti, no lo hice y no sabes cuánto me he arrepentido y he sufrido por ello al ver que, a pesar de mi sacrificio, eras desdichada. Pues no, Marianne, ahora no pienso apartarme. Ahora no voy a perderte por una idea equivocada del honor. Eso sí que sería deshonroso hacerlo.

Ella consiguió que la soltara.

—No puedes venir aquí y decirme estas cosas, estás destrozándome.

—Tú me despedazarás a mí sí me rechazas, quiero que estemos juntos, para siempre. ¿No lo entiendes?

Colocó una de sus aristocráticas manos en la delicada mejilla bañada en lágrimas, la tomó por la cintura y la acercó a él en un rápido movimiento, provocando que Marianne contuviera la respiración. A pesar de haber estado ya en sus brazos no podía dejar de desearlo con fervor, con ansia, con desesperación. Cada vez que la rozaba se sobresaltaba y cuando la tocaba así se sentía desfallecer

Lo amaba tanto.

—No podemos —volvió a negar—. No voy a ser tu amante.

—¿Acaso no me estás escuchando? ¡Maldita sea!

«Mujer cabezota.»

—Es que no lo comprendes, no me comprendes.

¿Cómo le hacía entender que no había un «nosotros» entre ellos dos?

El hombre la apretó con fiereza contra su cuerpo.

—No te he dicho que quiero que seas mi amante —escupió.

—Otra cosa sería un escándalo aún mayor del que ya hemos protagonizado. Debes buscar una esposa joven, inocente, sin mácula. Debes casarte y formar una familia, concebir tu heredero. Hacer tu vida sin mí.

Richard se enfureció y dejó que aflorara su mal carácter. Sorprendiéndola.

—Escúchame bien —le ordenó—: No quiero comprenderte, sólo quiero amarte y que me dejes hacerlo. ¿Es tan descabellado? —En los ojos de Richard había determinación—. La conducta de mi padre fue escandalosa toda su vida, así que me he cansado de intentar evitar lo que llevo en la sangre. ¿Escándalo dices? Me importa un completo rábano.

—No eres él, estar en boca de todos acabaría contigo. Te conozco.

—Perderte sí que lo hará. —La miró con rabia al ver que no podía convencerla—. Te juro, Marianne, que o aceptas ser mi esposa y te casas conmigo en menos de cuarenta y ocho horas, o ahora mismo te secuestro y te obligo a hacerlo —la amenazó.

Ella lo miró asombrada.

¿Richard la estaba amenazando para que se casara con él?

Si no fuera ella la afectada, podría resultarle hasta cómico.

—¿Serías capaz de obligarme a casarme contigo? —preguntó escandalizada.

El silencio de él era más que elocuente.

—Ponme a prueba, porque he descubierto que me gusta comportarme de forma indecente. Y haré lo que haga falta para atarte a mí para siempre.

¿Ante esas palabras qué podía decir una mujer completamente enamorada? Si se negaba sería una hipócrita, si no lo hacía, parecería una tonta mujer derretida ante una declaración de amor y una propuesta de matrimonio.

«Prefiero ser la tonta.»

No dijo nada, sólo lo miró y él supo que había ganado.

Así que ya no se contuvo más, la alzó, la besó y fue con ella en brazos hasta el interior de la pequeña casa solariega, mientras Marianne lo miraba embelesada, con el rostro surcado de lágrimas.

Justo en el momento en que cruzaban el umbral, alguien los llamó,

apuntándolo a él con una escopeta de caza.

—Alto ahí, lord Hastings. —Era Violet. ¿Cómo había podido olvidarse de ella? ¡Demonios!—. No voy a permitir que intimide a Marianne.

Richard la miró con cara de muy pocos amigos.

—¿Qué hace usted todavía aquí?

Ella lo miró incrédula.

—¿Se olvida de que me ofreció su hospitalidad?

Richard gruñó.

—Pues baje esa arma si no quiere que la eche a patadas.

—Richard, por favor —lo amonestó Marianne—. Violet es una buena amiga, sólo trata de protegerme.

—¿De mí? —le preguntó indignado y ella lo besó apasionadamente para borrarle esa expresión ceñuda del rostro.

Violet los observaba sonriente, al parecer su compañera de casa estaba encantada con las atenciones del conde.

—Muy bien, los dejaré solos unas horas. —Bajó el arma—. Será mejor que vaya dando un paseo al pueblo.

—Excelente idea —la animó Marianne.

Antes de que pudiera terminar de decir eso último, la mujer ya había desaparecido.

—Por mí puede perderse hasta mañana —murmuró Richard, dándose media vuelta y comenzando a subir la escalera con ella en brazos.

## CAPÍTULO XXI

A Frances le resultaba cada vez más difícil soportar a ese hombre taimado.

Ella sólo quería vengar la muerte de su hermana, por lo que su único objetivo era matar al conde, no estaba dispuesta a dañar a nadie más. Había convencido a Rodolfo de que con la dosis de veneno que le había dado a Thomas éste no se despertaría. En un principio no estuvo de acuerdo, ya que su intención desde el primer momento fue asesinarlo de un disparo. Ese malvado también odiaba al mayordomo de Hastings por la lealtad inquebrantable que manifestaba hacia su señor. Afortunadamente, ella lo convenció, después de todo, ¿qué más le daba envenenarlo que dispararle si el resultado iba a ser el mismo? Por lo visto a ese delincuente le importaba muy poco, mientras el hombre mayor muriera. Sin embargo, lo que había hecho era darle suficiente láudano como para drogar al anciano y que cayera inconsciente. Rodolfo no tenía por qué saber que lo había desobedecido. En cuanto se le pasaran los efectos de la droga, Thomas se despertaría, eso sí, con una resaca nada envidiable. También le había dado todo lo que tenía al dueño del miserable hotel donde se alojaba su cómplice y donde mantenían retenido al hombre, con la indicación de que dejara a su prisionero en casa de lady Penfried en cuanto ellos hubieran partido hacia Crawley. Había dejado un mensajero para que le diera la señal al hombre de que ya podía soltar al prisionero en el sitio indicado en cuanto ellos se pusieran en marcha. Su decisión de dejarlo en casa de esa dama no era sino con el objetivo de disponer de tiempo suficiente para ir a por Hastings antes de que el otro descubriera lo que le había ocurrido realmente al mayordomo y alertara a las

autoridades interrumpiendo su viaje.

Esbozó una indescriptible sonrisa al pensar que había burlado los planes de su compañero, si podía calificar a ese bellaco como tal, en cuanto al destino del hombre. Y también estaba lo del asalto al otro pobre muchacho. No le había agradado tener que participar en aquello, aunque tuvo que hacerlo para descubrir el paradero de lady Marianne, puesto que sería el camino que tomaría su objetivo.

—No entiendo por qué ha tenido que golpear de esa forma al cochero de lady Clare.

Rodolfo la miró con burla.

—Necesitaba asegurarme de que no sabía nada más, los criados sólo temen el poder de los golpes.

Frances se mordió la lengua y contuvo el deseo de dispararle con el arma que llevaba entre las ropas. Le había dicho a ese depravado que la portaba por si se complicaba el asunto y se veía necesitado de auxilio.

No era cierto.

Ella no era ninguna estúpida, su hermana la había aleccionado bien, y no acababa de fiarse de ese hombre, así que había tomado sus propias precauciones. ¿Quién podía asegurarle que no la mataría una vez hubieran cumplido su objetivo? Nadie. Así que era más conveniente ser precavida.

—El chico nos dijo lo que sabía desde el primer momento, confesó que llevó a su esposa a Crawley.

La mirada del hombre se oscureció. Ocurría cada vez que nombraba a la mujer.

«La compadezco por haber estado unida tantos años a este infame.»

—Tú límitate a hacer tu parte del trabajo, que es vigilar a mi sobrino, el cómo consiga yo la información no es asunto tuyo.

Frances entrecerró los ojos.

—Lo es cuando ataca sin motivo a personas inocentes y me involucra a mí en ello.

—Ya me lo agradecerás cuando veas el cuerpo sin vida del hombre que mató a tu hermana de una paliza.

Ella contuvo el llanto ante ese recordatorio.

Él muy ruin sabía exactamente qué decir para herirla.

\* \* \*

Ya casi habían llegado al lugar donde se suponía que Hastings había ido en busca de lady Marianne. Salieron tras él en cuanto Frances lo vio regresar a la casa, dirigirse al establo a por su caballo y marcharse. Aún nadie conocía sus planes, porque habían dejado al cochero de los Prensfield maniatado en las caballerizas de la enorme mansión de éstos, por lo que para cuando lo descubrieran, ellos ya estarían lejos. Además, se habían ocultado los rostros para que el joven no los identificara.

«Actuamos como verdaderos criminales.»

—Estoy deseando perderlo de vista —murmuró la joven.

Rodolfo oyó ese último comentario, pero lo ignoró.

—Hemos llegado —le dijo, mientras se apeaba del landó que había robado de casa de Richard y la ayudaba a hacer lo mismo—. Será mejor que dejemos el vehículo oculto y entremos por el jardín que da a la cocina. No creo que haya nadie ahí, luego los buscaremos y...

—Mataremos sólo al conde —le advirtió la joven.

Rodolfo no dijo nada, se limitó a dirigirle una mirada siniestra.

Y asentir.

\* \* \*

Un disparo lo detuvo.

Y el grito de terror de Marianne lo conmocionó.

Le había dado la espalda a esa desquiciada y se había dirigido con la mujer que amaba hacia lo que suponía que serían sus aposentos en aquella pequeña casa, convencido de que no sería capaz de abrir fuego. Tornó sus ojos hacia la mujer que amaba, aterrorizado al pensar que podría haber resultado herida, pero cuando vio que ella miraba a alguien con pavor por encima de su hombro, supo que algo la había atemorizado y dudaba de que dicho miedo tuviera que ver con aquella loca de Violet.

Justo en el instante en que soltaba a Marianne y la depositaba en el suelo para volverse a ver de quién se trataba, una voz conocida dijo:

—Vaya, vaya, mi querido sobrino, ¿no resulta extraño encontrarnos en estas perturbadoras circunstancias?

No podía ser. Ni hablar. Aquello tenía que ser una pesadilla.

Rodolfo, pero ¿cómo?

Richard se volvió rápidamente y el hombre le volvió a disparar, ante la mirada petrificada de Marianne y de Frances.

Erró el tiro, aunque Richard supuso que lo había hecho adrede, aquello era una advertencia.

—Querida esposa —la saludó, apuntándola con el arma, ante la desazón de ella.

—Rodolfo. —La voz de la mujer era un grito ahogado.

No porque su marido estuviese vivo, que ya de por sí resultaba increíble, sino por lo que ello implicaba: que seguía casada con él. Aquello era una pesadilla.

No era viuda.

¡Dios santo!

Sintió que las piernas le temblaban, porque ya una vez Rodolfo intentó asesinar a Richard, ¿que sería capaz de hacer al haberlos encontrado juntos? Siempre había sido consciente del odio visceral que sentía por su sobrino.

«Nos va a matar.»

—Tío... —A Richard apenas le salían las palabras.

—¿Acaso no estás feliz de verme respirando? —Era un cínico y ambos lo sabían.

—Por supuesto que sí, aunque no me explico tamaño milagro.

El hombre mayor, que siempre había gozado de buen porte y un rostro atractivo, lo miró con rabia por su sarcasmo.

—Digamos que no sufrí ningún ataque al corazón, simplemente fingí hacerlo comprando algunos bolsillos. ¿De verdad pensasteis que estaba tan grave en ese hospital? —Su sonrisa fue siniestra—. En cuanto me metieron en el ataúd, cambiaron un féretro por otro sin que nadie se percatara de ello. —Se encogió de hombros—. Demasiado fácil para alguien como yo.

—¿Por qué has fingido tu muerte?

Richard sólo estaba ganando tiempo mientras decidía qué hacer, puesto que no sólo era su vida la que corría peligro. Marianne también estaba expuesta. Y ahora entendía algunas cosas, por lo visto el ataque que sufrieron tenía un autor muy diferente del que había imaginado en un principio. Se fijó en la joven que lo acompañaba y la reconoció. Rodolfo se dio cuenta hacia donde se dirigía la mirada de su sobrino y sonrió.

—Digamos que no era de mi agrado acabar en prisión o en la horca.

—Rodolfo, por favor, baja el arma. —Su esposa estaba muy asustada y él le disparó de nuevo a Richard, hiriéndolo en el brazo. Tenía decidido meterle bastantes balas en el cuerpo.

Marianne emitió un agudo grito de terror y corrió a socorrer a su amante, pero el otro se lo impidió.

—Ni se te ocurra ayudarlo, zorra, o el siguiente te lo meteré entre las piernas como castigo por tu adulterio. Tal vez así consiga convertirte en una mujer decente. Ni siquiera has esperado un tiempo antes de lanzarte a sus brazos.

—No la insultes —lo amenazó Richard, taponándose la herida con la mano, intentando que dejara de brotar la sangre. Tenía que pensar, y rápido, puesto que estaba seguro de que la locura de su tío acabaría por matarlos a los dos.

—Acércate, Frances. —Rodolfo llamó a su compañera para que se adelantara, pero ella no lo hizo, en realidad tenía ganas de vomitar.

Sí que había querido vengar a su hermana, y castigar al hombre que la había dejado sola en el mundo, lo quería con todo su ser, odiaba al conde más de lo que podía expresarse con palabras, sin embargo, toda aquella situación le producía arcadas. No le gustaba que Rodolfo se divirtiera quitando una vida, por mucho que Hastings se lo mereciera. «No estoy hecha para esto, no soy Violet. Ella era la valiente, la audaz.»

—Como ves, he encontrado una aliada dispuesta a acabar contigo. ¿Recuerdas a aquella joven a la que asesinaste a golpes durante el secuestro de tu hermana?

Ante esa acusación, Marianne profirió un grito de protesta. ¿Cómo podía

ser tan malvado?

Richard no había matado a Violet.

—Sabes que eso no es cierto —se defendió Richard con los dientes apretados.

—¿De verdad? Porque yo estaba allí —dijo para que Frances lo oyera—, primero la golpeaste hasta matarla y luego viniste a por mí.

—No lo escuches —le suplicó Marianne a la joven cuando vio el dolor reflejado en la mirada de ésta y cómo sacaba un arma y apuntaba con ella a Richard.

En el instante en que Frances se disponía a dispararle ante la mirada impotente de Marianne, la complacida de Rodolfo y la incrédula del conde, este último se abalanzó sobre Rodolfo en el momento en que Violet entraba corriendo desde la puerta principal.

Y todo se volvió un caos.

Rodolfo se volvió a dispararle a Violet ante la mirada sorprendida de Frances, que cambió su objetivo de Richard a él, disparándole en la muñeca, consiguiendo que soltara, con un aullido de dolor, el arma que sostenía, no sin antes apretar el gatillo. A la vez, Violet le había disparado a Rodolfo en la cabeza, haciendo que éste se desplomara y muriera en el acto, dejando sesos desparramados por todo el vestíbulo.

Frances observó sin habla cómo su hermana caía al suelo apretándose la cintura; el tiro del otro le había dado de lleno, por lo que ella soltó la pistola y corrió a ayudarla, mientras Marianne hacía lo propio con Richard.

—Violet —susurró la joven con lágrimas en los ojos—, estás viva.

La otra la miró indulgente.

—Por el momento parece que sí. —Le tocó la mejilla a su hermana pequeña—. Y por el amor de Dios, Frances, ¿qué hacías con ese enfermo?

La chica bajó los ojos, avergonzada.

—Intentaba vengar tu muerte, iba a matar a lord Hastings.

—Hastings es quien ha dado refugio a tu hermana y la ha ayudado todo este tiempo; fue Rodolfo quien intentó matarla —le aclaró la ahora sí viuda, enfadada.

Frances se avergonzó aún más, pero no replicó ni se excusó.

—Ya nos explicarás cómo has acabado de cómplice de mi tío —intervino Richard duramente, mientras se ponía de pie con la ayuda de su futura esposa. En su intento de detener a Rodolfo se había lanzado hacia él y había chocado fuertemente contra el suelo cuando éste viró para dispararle a Violet —. Por lo pronto, será mejor que busquemos un doctor, la herida de Violet parece grave. También habrá que dar parte a las autoridades.

Julian Penfried, futuro conde de Strafford, apareció de la nada con una pistola en cada mano. Venía sudoroso y agitado debido a la infernal carrera a la que había sometido a su caballo para llegar hasta allí.

—Al parecer llego tarde —masculló, preocupado al ver el cuadro sangriento que se presentaba ante él.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido lo que iba a suceder?

Richard no entendía aquella aparición, aunque la agradecía.

Julian lo miró alzando las cejas y guardando las armas.

—Clare —fue lo único que dijo y todos asintieron, como si ese nombre fuera explicación suficiente.

«Por supuesto.»

\* \* \*

Estaban en la habitación más grande que aquella modesta residencia ofrecía: Richard tumbado en la cama, descansando de su herida; Marianne, echada junto a él, velando por su sueño. Frances les había explicado la forma en que había conocido a Rodolfo al haberse puesto éste en contacto con ella para informarla del asesinato de su hermana, que hasta ese momento desconocía. Y le creyó, porque Violet siempre la tuvo al tanto de su verdadero oficio al servicio de Melbourne y de su último trabajo en casa de Rodolfo Sanxohurst. Fue entonces cuando decidieron aliarse para destruir a Richard. También confesó lo del ataque la noche del baile que organizó lady Clare, el de la fiesta de lord Kerr, el envenenamiento y secuestro de Thomas y el asalto al cochero de Julian.

De no haber sido porque Violet y Marianne intercedieron por ella, en aquel momento estaría detenida a la espera de juicio, puesto que los dos

caballeros la consideraron una joven tremendamente peligrosa para la edad que tenía, y defendieron hasta la saciedad que merecía un castigo. A pesar de ello se impuso la lógica de las mujeres, que consiguieron una especie de indulto para la muchacha.

—Richard —lo llamó Marianne en un murmullo.

El hombre abrió los ojos, en realidad no estaba dormido.

—Dime, amor. —Apretó la mano que la mujer tenía posada sobre su pecho desnudo.

—He pensado —lo miró azorada—, que me gustaría quedarme aquí una temporada, lejos de todo el alboroto de Londres. Al menos hasta que pase un tiempo y todo este nuevo escándalo de la vuelta a la vida de Rodolfo y que intentara matarte cuando nos sorprendió juntos —ése era el nuevo rumor que corría por todo el país— se haya aplacado un poco.

En realidad quería decir hasta que otro nuevo escándalo eclipsara el protagonizado por ellos.

Richard gruñó.

—Ya habíamos decidido hacer frente a los escándalos.

—Es cierto, pero estamos tan en paz aquí, alejados de todos. —Lo miró esperanzada—. He hablado con Frances y Violet y han aceptado quedarse con nosotros unos meses, hasta que ella se reponga del todo de su herida. Frances se hará cargo de la casa, y podemos traer a Thomas.

—Recuerda que tenemos que casarnos; ya te informé de que pienso hacerlo en cuanto me levante de esta cama. Con o sin tu consentimiento.

Ahí fue cuando Marianne se armó de valor.

—Y nos casaremos, pero no con tanta premura.

—¿Qué quieres decir?

¿Se estaba enfadando?

—Pues que estamos tan tranquilos aquí que me gustaría seguir así un tiempo, luego nos casaremos. —Se mordió el labio, pícara—. Después de todo, ¿qué más pueden decir de nosotros?

El hombre la miró largamente hasta que al final se dio por vencido. Sí, en eso tenía razón, ¿Qué más podían decir?

—Venga aquí, lady Escándalo —la subió encima de él, sonriente—, que

creo que se tiene bien merecido ese apodo.

Marianne lo miró provocativa.

—No voy a discutir que desde que me he convertido en una mujer escandalosa mi vida se ha vuelto mucho más excitante.

Se inclinó para besar a Richard y luego se colocó bien hasta que lo tuvo dentro de ella. Inmediatamente comenzó a hacerle el amor de forma desvergonzada.

—Señora mía, el escándalo no ha hecho más que comenzar.

## CAPÍTULO XXII

—¡Richard!

Estaba encantada de verlo, cómo podría no estarlo si lo añoraba cada vez que partía hacia Londres y ella se quedaba en la casa, echándolo de menos. Así que corrió a sus brazos como si le fuera la vida en ello, deseando que la envolviera en su cuerpo, la tomara con su boca y la poseyera como sólo él sabía hacerlo.

El hombre aceptó esa ferviente bienvenida y no desaprovechó la oportunidad que la mujer le brindaba. ¿Cuántos días había estado fuera de su nido de amor? Tres, cuatro... «Demasiados.»

Siempre eran demasiados.

—Te he echado de menos —murmuró contra su boca.

—¿De verdad?

Marianne le había rodeado el cuello con sus esbeltos brazos, acercándolo a ella, obligándolo a inclinarse para besarla.

—Sabes que no puedo permanecer apartado de ti mucho tiempo. Me enloqueces, me embriagas y me enardezco sólo con recordar tus labios, tus ojos, que me devoran, tu sensual piel. Toda tú.

Ella tembló, como le ocurría cada vez que le decía esas cosas, mientras la miraba con aquella tormentosa mirada gris, con los ojos nublados debido al deseo. Había aprendido a reconocer cada señal que Richard le enviaba sin palabras, sólo con sus ojos, sus labios y su cuerpo.

—Mi honorable caballero, ¿qué pensarán todos ante su descarado comportamiento? —bromeó encantada.

—Que deseo con desesperación a mi mujer, que la amo con locura, como sólo los verdaderos amantes pueden hacerlo.

—Tu mujer —repitió encantada, mientras rozaba su pequeña y respingona nariz contra la cuadrada barbilla masculina—, me gusta cómo suena.

Richard la observó con inflamado deseo.

—Sonaría mucho mejor mi esposa.

Llevaban meses viviendo en Crawley como un matrimonio, aunque no estaban casados. Habían decidido que, puesto que todos hablaban de ellos dos, y que la mayor parte de lo que se decía era cierto, mejor seguir dando motivos para que no se olvidasen de la pareja más escandalosa de la Temporada. Después de todo, Richard parecía disfrutar con esa nueva faceta suya. Por lo visto, ser considerado un crápula había conseguido el efecto contrario al esperado: las nobles matronas con hijas casaderas habían decidido que sería una buena obra rescatar al conde caído en desgracia por culpa de una perversa mujer, casándolo con una jovencita decente y de buena cuna que lo devolviera al redil. Así que en todo Londres se había abierto la veda y había una lucha encarnizada entre las matronas por conseguir la atención del caballero, por lo que Richard se había vuelto un partido muy cotizado.

Si supieran lo que él disfrutaba con esa nueva versión de sí mismo, huirían espantadas.

—Por supuesto —asintió ella—. ¿No dudarás de mi intención de obligarte a casarte conmigo?

—Entonces —la miró admirado; nunca se acostumbraría a tanta belleza, a tanta perfección—, eso quiere decir que mi querida dama por fin ha accedido, al fin da su consentimiento.

La mujer lo miró coqueta.

—Creo que ya es hora de que demos respetabilidad a nuestra unión —lo besó con ternura—, por nuestra próxima familia. Además, creo que nuestros seres queridos andan un poco preocupados por si nos aficionamos a ser una pareja amoral.

—No puedo estar más de acuerdo, señora mía. Aunque creo que

desposarla por los motivos equivocados no sería caballeroso por mi parte.

Ella sonrió, jamás hubiera podido estar más segura del amor de Richard.

—Ciertamente, yo sólo aceptaría casarme con un hombre al que amara hasta la locura.

En cuanto dijo eso, él la apretó contra sí con fiereza.

—Este hombre, y digo el hombre, no el título ni la imagen de él, sólo yo —Richard la apartó un segundo—, te ama tanto que está destrozado por no tenerte cada segundo a su lado, para observarte, adorarte, venerarte. Para presumir de esposa.

—Y yo creo que sólo tú podrías hacerme la mujer más feliz del mundo al darme un hijo.

Él pareció quedarse sin palabras ante aquello.

¿Sería cierto? Ambos creían que ella no era fértil debido a que nunca concibió durante su matrimonio. Entonces... ¡un hijo!

Gruñó.

Cuando esa entrometida de Clare le mandó aquella nota esa misma mañana pensó que se trataba de otro de sus ardides, por eso desechó la idea de que pudiera ser cierto.

—Marianne, ¿me estás queriendo decir...? —La voluptuosa boca de ella se ensanchó en una amplia sonrisa mientras asentía—. ¡Por todos los cielos! —La alzó y empezó a dar vueltas por todo el salón, carcajeándose—. ¡Un hijo!

—¡O una hija!

—¡Prefiero una chica! —Se detuvo en seco y la depositó de nuevo en el suelo—. ¡Aunque creo que acabará con mi paz mental si sale a su madre!

Ella le dio un pequeño golpe en el brazo.

—No seas idiota.

—Lo que soy es el hombre más afortunado del mundo.

—Y yo la mujer más feliz. Nunca lo creí posible.

—Ahora tendremos que convertirnos en personas respetables.

—Bueno —ella hizo un mohín—, eso no será tan fácil. Aunque Clare puede ayudarnos, tiene mucha influencia, y seguro que mi abuelo perdona mi conducta si me caso con un conde al que tiene en gran estima.

Él la miró un poco avergonzado.

—Esa metomentodo me ha mandado una nota esta mañana y, prácticamente, me ha ordenado que te convierta en una dama decente por nuestro hijo.

Ella se quedó muda, nadie sabía de su embarazo excepto su doctor y el ama de llaves.

—No puede saberlo; yo apenas lo he sabido hace unos días.

—Pues lo sabe —refunfuñó—, no me preguntes cómo, pero lo sabe.

Marianne sonrió.

—En realidad, todo lo hace por vernos felices —intentó excusarla—. No puede evitar ser como es. Y seguro que nos echa de menos. —Se encogió de hombros—. Estoy segura de que intenta poner fin a nuestro retiro de todo y de todos.

Él alzó las cejas con fastidio.

—A mí me encanta tenerte para mí. Aunque debo reconocer que todo sería más fácil si no nos hubieran desterrado de la sociedad. No es justo que te juzguen sólo a ti de forma tan cruel por lo que hemos hecho los dos, mientras que a mí...

—Es el sino de las mujeres de nuestro tiempo.

—Pues lucharemos para cambiar eso. El mundo acabará cambiando —sentenció.

Lo abrazó como sólo una mujer que ama y desea con desenfreno a un hombre podría hacerlo.

—Nunca imaginé ser merecedora de tanta dicha, con oprobio y todo. —Lo miró ardorosa.

Richard se apartó, le hizo una reverencia y le besó la mano.

—Entonces, bella dama, déjeme intentar conseguir que su felicidad supere cualquier límite posible.

Y dicho esto, la alzó en brazos y se dirigió con ella al aposento que ambos compartían desde el día en que él llegó a Crawley con la intención de recuperarla y cuidarla para no perderla nunca.

Jamás.

## EPÍLOGO

Lady Clare Penfried, actual condesa de Strafford, miró satisfecha a las personas congregadas en el salón de su casa de campo. Era el cumpleaños de su esposo y había enviado invitaciones sólo para sus hermanas junto con sus respectivas familias, y a los mejores amigos de Julian, que casualmente estaban emparentados por matrimonio con dos mujeres a las que ella adoraba. Así que allí estaban todos.

Era la hora del té y el ambiente era relajado y risueño. Totalmente doméstico. Feliz. Tomando su taza, la endulzó con un nuevo terrón de azúcar, mientras vigilaba de reojo a sus pequeños. Le gustaba el té muy dulce.

Su hermana Anne había salido a dar un paseo con el primo Chris, su esposo, y Sarah y ese sinvergüenza reformado que tenía por marido habían dado una nada creíble excusa para ir a revolcarse en alguno de los rincones de la enorme mansión que llevaba aparejada el título de su esposo, que había adoptado hacía ya algunos años, después de que su suegro falleciera repentinamente durante un ataque de risa, provocado, cómo no, por ella misma. Hizo un mohín pensando que no había mejor forma de abandonar este mundo que exactamente ésa, riéndose. Así que ésa había sido la nueva sensación de su familia, contar en cuantos salones de té la invitaban cómo había matado al viejo conde de un ataque de risa.

Observó a su querida amiga Becky y a Aberry, el escurridizo marqués que era su esposo, y les dedicó una brillante sonrisa. Luego dirigió su mirada hacia Hastings y alzó la barbilla, triunfal, mientras le hacía un guiño que sabía que molestaba a éste y encantaba a su esposa, Marianne.

—Veo que estás muy satisfecha —le susurró Julian al oído, provocando el ya conocido cosquilleo en ella.

—Lo cierto es que lo estoy —asintió Clare sin mirarlo mientras bebía un poco de su bebida.

—Al final, debo reconocer que tus maquinaciones no han salido mal después de todo.

Éste tomó asiento a su lado, mirando complacido la felicidad reflejada en los rostros de sus amigos.

Clare lo miró escandalizada.

—Mis *consejos* —puntualizó— no han servido más que para hacer dichosas a las personas que me importan.

—¿Incluido Hastings? —le preguntó sorprendido, tornando su mirada hacia ella.

Clare guardó silencio unos segundos antes de responder, a continuación volvió la mirada hacia su marido y entrecerró los ojos. ¿Trataba de irritarla?

—Incluido el odioso Hastings.

En ese instante, Aberry se acercó a ellos e intervino en su conversación.

—El odioso creo que va a ponerte en un pedestal —señaló, mientras contemplaba la dicha reflejada en el rostro de su cuñado y amigo al tomar por la cintura a su esposa, a la vez que depositaba un ligero beso en la nuca de ésta, consiguiendo que ella lo mirase escandalizada.

—No será para tanto —dijo Julian quitándole importancia.

—¿Qué no será para tanto? —Esta vez fue Rebeca quien acudió a unirse al grupo e intervenir en aquel debate, al tiempo que cogía una de las pastas que había junto a la bandeja del té.

—Mi esposa cree que sus habilidades para interferir en la vida de los demás le han venido bien hasta a tu hermano.

Rebeca la miró haciendo un mohín.

—Está muy pagada de sí misma, quiere abrir un consultorio.

Clare hubiera golpeado a Becky por soltar la noticia de aquella forma sin que ella hubiera preparado el terreno. La miró enfadada y la otra le sacó la lengua, aún le tenía guardado que engañase a Richard.

Julian reaccionó como su esposa ya esperaba que lo hiciera ante dicha

noticia.

—¿Un consultorio?! ¡Por encima de mi cadáver! —tronó.

Clare lo miró sin amedrentarse, estaba acostumbrada a lidiar con su mal genio.

—Pensaba comentarlo contigo más tarde —intentó apaciguarlo—. He elaborado el proyecto empresarial de lo que supondrá mi negocio. Incluso Hastings me ha aconsejado cómo llevarlo a cabo.

—¿Estás segura? —preguntó Aberry sorprendido—. No es que quiera desilusionarte, pero ¿Hastings apoyándote en algo? Insólito.

—No llego a comprender por qué te resulta tan chocante.

—A mí también me resulta difícil creerlo —apuntó su esposo entre dientes.

—Puedes preguntarle.

Julian miró a Richard, que se acercó a regañadientes, intuyendo lo que se le venía encima.

—¿Podrías sacar a mi esposa de su error? La muy ingenua está convencida de que apoyas esa locura suya de abrir un consultorio para embaucar a la gente.

Hastings se aclaró la garganta antes de responder.

—Creo que es una excelente idea, confío plenamente en el proyecto. —Richard tuvo que aguantarse las ganas de echarse a reír al ver los rostros incrédulos y asombrados de todos los presentes y el gesto triunfal de la instigadora de todo aquello.

«Manipuladora.»

—¿Estás burlándote de mí? —explotó Penfried—. Porque no consigo entender la chanza. Y tú, cambia esa expresión de suficiencia. Aún no he dado mi consentimiento. ¿Piensas que voy a permitir que vayas por ahí metiéndote en la vida de los demás con el beneplácito de todos?

—Será un trabajo —le informó ella—. He decidido utilizar mis habilidades en beneficio de la comunidad.

Rebeca la miró asombrada. ¿Trabajar? ¿Clare? Pues sí que estaba empeñada en llevar a cabo aquel plan.

—Vamos, Julian, reconoce que tu mujer tiene agallas. Va a hacer lo que

más le gusta y encima cobrará por ello. Negocio redondo —quiso poner su granito de arena el cuñado de Richard y mortificar con ello a su amigo.

—En realidad, Penfried, tú te dedicas a los negocios. Así que no veo la diferencia de que tu esposa también lo haga.

Éste contempló a Richard largo rato, conteniendo el puñetazo que estaba a punto de propinarle en toda su aristocrática cara.

—¿Me vas a convencer de que tú ves correcto que mi condesa trabaje a cambio de un salario?

Por supuesto, Penfried había querido decir que, conociendo el estricto código que Richard aplicaba a lo que era adecuado o no, dudaba mucho que considerase honorable que su noble esposa hiciera aquello.

«Soy un consumado embustero.»

—Lo encuentro encantador, además, trabajará para sí misma, será su propia patrona, no es lo mismo.

Rebeca y Aberry se miraron haciendo muecas, incrédulos, Marianne hacía lo propio en dirección a Hastings, intentando comprender qué estaba haciendo, y Julian, apretó los dientes, se tranquilizó y fue por una copa.

—Tu marido me va a matar.

Clare miró a Richard sonriente, encogiéndose de hombros.

—No llegará a tanto.

\* \* \*

Más tarde, cuando nadie los observaba, Hastings se acercó a la anfitriona de aquel encuentro.

—Muy bien, mi estimada dama —le dijo con una sonrisa que no llegó a sus ojos—, espero que mi deuda con usted quede saldada con esto.

—Oh, créeme Hastings, lo está —asintió encantada.

—Tu marido aún está decidiendo si internarme o golpearme por apoyar esta absurda idea.

—No hará nada de eso.

Él la miró enarcando las cejas.

«Esta mujer es un peligro para la paz mental de todo aquel al que marque

como un objetivo.»

—Entonces, no creo que haya que decir nada más. Estamos en paz. —  
Richard le hizo una leve inclinación de cabeza.

—Un momento, caballero —lo detuvo cuando vio que se retiraba sin más.  
Clare aún no había acabado con él.

—¿Sí? —preguntó Richard, temiendo cualquier cosa que se le hubiera  
ocurrido.

—Creo que aún no me has dado las gracias. Y ya va siendo hora de que lo  
hagas.

Él apretó los labios.

¡Demonios!

Sabía que llegaría el día en que lo obligaría a humillarse y pedirle una  
disculpa.

—Creo que he hecho lo que me has pedido —murmuró entre dientes.

—Cierto, pero espero una rectificación en lo referente a lo que has  
opinado de mí todos estos años.

—Realmente, me sorprende tu capacidad de enredar las cosas —  
masculló.

—No veo por qué.

—Prácticamente me has obligado a secundar tu estúpida idea de abrir una  
consulta para que cuanto tonto haya por ahí acuda a ti y te dé permiso para  
que pongas su vida patas arriba.

Richard pensó que debería haber cerrado la boca cuando la vio abrir los  
ojos desmesuradamente, presa de la indignación.

—Vas a conseguir que me arrepienta de haberte ayudado —bufó la  
mujer.

—¿De verdad lo has hecho por mí? —le preguntó incrédulo—. Si me has  
forzado a ayudarte en tu plan, ha sido a cambio de utilizar tus influencias para  
que Marianne sea aceptada nuevamente en nuestro círculo.

—Lo hubiera hecho de todas formas, esto sólo ha sido una compensación.

—Más bien un chantaje.

—Puedes llamarlo como quieras.

—¿De qué chantaje habláis? —preguntó Marianne, que se había acercado

hasta ellos con su pequeñín recién nacido en brazos.

—Hastings se niega a agradecerme lo que hice por vosotros —soltó la otra y se quedó más ancha que larga.

Richard, en ese instante, recordó uno de los motivos por los que nunca la había soportado. Era una manipuladora nata.

Marianne sonrió ante aquel desacuerdo entre los dos, algo habitual en sus asiduas reuniones.

—Eso no puede ser cierto —intervino fingiendo sorpresa—, Richard te adora. No deja de repetir que te debemos nuestra felicidad.

En ese instante su marido la hubiera estrangulado. ¿Cómo que le debían su felicidad?

—¿Ves cómo no era tan difícil reconocer que tengo un don para arreglar los problemas de los demás? —señaló Clare con aire de suficiencia, mientras se alejaba de ellos elegantemente.

Richard volvió la mirada hacia su esposa entrecerrando los ojos.

—Supongo que eres consciente de que voy a castigarte por esto.

Ella lo miró sonriendo, mientras acunaba a su bebé, el bebé de ambos, al que habían llamado James. Un nombre que no tenía nada que ver con nadie de su familia, un nombre nuevo para un futuro sin los lastres del pasado.

—Adoro tus castigos —susurró humedeciéndose los labios.

—Y yo te adoro a ti, Mary, mi Mary.

Marianne colocó la mejilla en la mano con la que Richard había empezado a acariciarle el rostro.

—Ha merecido la pena, ¿verdad? —preguntó, temerosa de la respuesta. Después de todo, habían provocado uno de los mayores escándalos de la Temporada, uno que sería difícil olvidar en más de una década.

—Mi querida dama —la miró con un amor tan profundo que la hizo suspirar al darse cuenta de que ella era la receptora de un sentimiento tan intenso—, somos una pareja estrictamente escandalosa.

Y ambos rompieron a reír.

Felices.

Unidos.

Para siempre.

«He escrito este libro únicamente para mi propio placer, y he experimentado el mayor placer al escribirlo».

Oscar Wilde.

25/06/1890.

Réplica al director de la *Saint James's Gazette*, por una crítica hecha a *El retrato de Dorian Grey*.

# BIOGRAFÍA



Lucinda Gray es el seudónimo que utiliza Sonia, una tarifeña de treinta y dos años afincada en Algeciras. Licenciada en Derecho por la Universidad de Cádiz, ejerce como abogada y se ha especializado en la rama de derecho administrativo de Disciplina Urbanística. Trabaja como Asesora Jurídica para un ayuntamiento, sin embargo, su gran vocación es escribir historias de amor.

En 2007 se animó a participar en el Concurso Internacional de Novela Romántica Villa de Seseña con su primera novela, *Lady Ana con amor*, y en 2008 ganó el Primer Premio de relato por el Día de la Mujer celebrado por el Grupo Socialista tarifeño. En el año 2009 participó en el Premio Fernando Lara, de Editorial Planeta, y en 2010, en el Premio Planeta y en el Concurso

de Narrativa de la Junta de Andalucía para jóvenes.

Ha colaborado como jurado en el Concurso de Cartas de Amor, organizado por el Ayuntamiento de Tarifa en los años 2007 y 2008, y ha sido jurado del Concurso de Carnaval de dicha ciudad en la modalidad de comparsas en el año 2007, siendo presidenta del mismo en 2008.

En las Navidades de 2011 organizó la donación de novelas de corte romántico a la biblioteca municipal del Excmo. Ayuntamiento de Tarifa por parte de escritoras españolas pertenecientes a la desaparecida ADARDE, y en el mes de mayo de 2012 fue la organizadora del Primer Encuentro de Novela Romántica de Tarifa, dedicado a Jane Austen, a los que han seguido un segundo y un tercero, con excelente acogida entre los lectores y con la participación de escritoras del género romántico internacionalmente conocidas.

Actualmente, sus novelas publicadas son: *Lady Ana con amor* (2010), *Secreto: marido* (2011), *Dulce arpía* (2012), con el que ganó el I Certamen literario ciudad de Tarifa, *Mi señor de Tafalla* (2012), *Sempre libera* (2013), *Descubriendo el amor* (2013), *Inconfesable* (2014), *Mándame al infierno, pero bésame* (2015), comedia romántica seleccionada en el certamen que Editorial Multiverso organizó en 2014, y que posteriormente se editó en Zafiro en formato digital, *Cor unum. Un solo corazón* (2016) y *Me lo dices o me lo cuentas* (2017).

Colaboró durante más de un año con el periódico comarcal *La Verdad*, escribiendo artículos de opinión. Uno de los más polémicos fue *Ábrete de piernas*.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en [lucindagray.blogspot.com/](http://lucindagray.blogspot.com/)

*Estrictamente escandaloso*

Lucinda Gray

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Ysbrand Cosijn / Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lucinda Gray, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18746-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

